



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
CHAPINGO

DEPARTAMENTO DE SOCIOLOGÍA
RURAL

PROGRAMA DE DOCTORADO EN CIENCIAS EN
CIENCIAS AGRARIAS

CONVENCIONES Y RACIONALIDADES EN LAS REDES AGROALIMENTARIAS ALTERNATIVAS

ANÁLISIS COMPARATIVO DE TRES CASOS EN
MÉXICO Y CANADÁ

TESIS DE GRADO

Que como requisito parcial
para obtener el grado de:

DOCTOR EN CIENCIAS EN CIENCIAS AGRARIAS

Presenta:

César Jerónimo Hernández Morales



DIRECCION GENERAL ACADEMICA
DEPTO. DE SERVICIOS ESCOLARES
OFICINA DE EXAMENES PROFESIONALES

Bajo la supervisión de: Marie-Christine Renard, PhD.

Chapingo, Estado de México, Diciembre de 2018

**CONVENCIONES Y RACIONALIDADES EN LAS REDES
AGROALIMENTARIAS ALTERNATIVAS:
ANÁLISIS COMPARATIVO DE TRES CASOS EN MÉXICO Y CANADÁ**

Tesis realizada por César Jerónimo Hernández Morales bajo la supervisión del comité asesor indicado, aprobada por el mismo y aceptada como requisito parcial para obtener el grado de:

DOCTOR EN CIENCIAS EN CIENCIAS AGRARIAS

DIRECTORA :



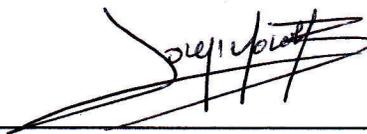
Dra. Marie-Christine Renard Hubert

ASESORA:



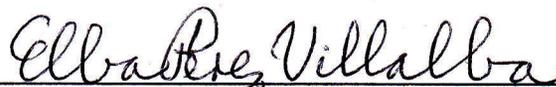
Dra. Rita Schwentesius Rindermann

ASESOR:



Dr. Jorge Morett Sánchez

LECTORA EXTERNA:



Dra. Elba Pérez Villalba

CONTENIDO

ÍNDICE DE CUADROS	vii
ÍNDICE DE FIGURAS	viii
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES	ix
ÍNDICE DE MAPAS	ix
DEDICATORIAS	x
AGRADECIMIENTOS	xi
DATOS BIOGRÁFICOS	xii
RESUMEN GENERAL	xiii
ABSTRACT	xiv
INTRODUCCIÓN GENERAL	1
CAPÍTULO 1. Modernidad y Naturaleza: los orígenes del Sistema Agroalimentario Global	7
Introducción	8
Modernidad y Naturaleza	10
Regímenes culturales de apropiación de la naturaleza	14
La apropiación de la naturaleza en el sistema agroalimentario	18
Etapa actual: la globalización del sistema agroalimentario	22
Hacia una racionalidad agrícola alternativa	27
Agroecología y construcción de alternativas	29
Territorio y diferencia: aportes desde la ecología política	34
CAPÍTULO 2. Los Movimientos Agroalimentarios Alternativos y la Teoría de las Convenciones	42
Introducción	43
Movimientos Agroalimentarios Alternativos (MAAs)	45
El giro hacia la Calidad	49

El consumo agroalimentario alternativo.....	52
Habitus y consumo alternativo.....	56
Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA).....	59
Mercados alternativos y circuitos cortos.....	60
El marco de la Teoría de las Convenciones.....	66
Orígenes del enfoque de Convenciones.....	66
Convenciones y construcción de sentido.....	68
La Teoría de las Convenciones en los estudios agroalimentarios.....	71
Estrategia metodológica del enfoque de Convenciones.....	77
CAPÍTULO 3. El Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh), Universidad Autónoma Chapingo, Estado de México, México.....	83
Introducción.....	84
Reconstrucción contextual del espacio crítico.....	85
Panorama de la producción orgánica en México.....	86
Región oriente del Estado de México.....	89
Actores y procesos relevantes en la conformación del TOCh.....	91
Los productores-vendedores del TOCh.....	93
Proceso de certificación e incorporación de nuevos productores.....	96
Los consumidores del TOCh.....	99
Las Convenciones en el Tianguis Orgánico Chapingo.....	102
Reflexiones finales sobre el Tianguis Orgánico Chapingo.....	112
CAPÍTULO 4. Colectivo Zacahuitzco, Ciudad de México.....	115
Introducción.....	116
Reconstrucción contextual del espacio crítico: la alteridad agroalimentaria en la Ciudad de México.....	119
Mercados y Tianguis alternativos en la Ciudad de México: el abandono del consumo popular.....	121
Economía social y solidaria: las estrategias del consumo popular.....	123

Actores y procesos relevantes en la conformación del Colectivo Zacahuitzco	126
Características de los productores y consumidores	126
Las experiencias de Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC)	130
Las Convenciones en el Colectivo Zacahuitzco	135
Reflexiones finales sobre el Colectivo Zacahuitzco	140
CAPÍTULO 5. <i>Farmers´ Markets</i> : los mercados de productores en la Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá.....	142
Introducción.....	143
Reconstrucción contextual del espacio crítico	146
Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá	147
Canales de distribución agroalimentaria en Metro Vancouver.....	151
Actores y procesos relevantes en la conformación de los <i>Farmers´ Markets</i>	152
Los productores-vendedores de los <i>Farmers´ Markets</i>	154
Características de los consumidores vancouveritas	156
Las Convenciones en los <i>Farmers´ Markets</i>	160
Reflexiones finales sobre los <i>Farmers´ Markets</i>	165
CAPÍTULO 6. Estudio comparativo de tres Redes Agroalimentarias Alternativas: Tianguis Orgánico Chapingo, Colectivo Zacahuitzco y <i>Farmers´ Markets</i>	168
Introducción.....	169
El proceso de construcción de la alteridad agroalimentaria en las Redes Agroalimentarias Alternativas	170
Análisis comparativo de las tres RAA desde la teoría de las Convenciones	173
Coincidencia y disidencias: la renovación de los sentidos éticos	182
Análisis comparativo del proceso de construcción de racionalidades alternativas en las RAA	183

Análisis comparativo de las RAA desde la Ecología Política.....	190
Principales retos de las RAA	195
EPÍLOGO.....	198
Conclusiones generales	199
Líneas de investigación abiertas	202
LITERATURA CITADA	205

ÍNDICE DE CUADROS

Cuadro 1. Seis convenciones según Boltanski y Thévenot	73
Cuadro 2. Marcas y productores certificados como orgánicos en el Tianguis Orgánico Chapingo	94
Cuadro 3. Productos a la venta en el Tianguis Orgánico Chapingo.....	94
Cuadro 4. Consumo agroalimentario de los asistentes al Tianguis Orgánico Chapingo	100
Cuadro 5. Distribución de productos consumidos cada vez que los consumidores asisten al Tianguis Orgánico Chapingo	101
Cuadro 6. Mercados alternativos de la Ciudad de México.....	122
Cuadro 7. Niveles en el proceso de conversión agroecológica según S. Gliessman.....	131
Cuadro 8. Localidades que componen el área de Metro Vancouver	149
Cuadro 9. Mercados de productores de la Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá	153
Cuadro 10. Productos a la venta en Farmers Markets de Vancouver, Canadá	155
Cuadro 11. Perfil general de los consumidores de los Farmers´ Markets.....	157
Cuadro 12. Identificación del proceso de construcción de la alteridad agroalimentaria por nivel de independencia del SAG	171
Cuadro 13. Funcionamiento de las Convenciones en los tres casos de estudio	175
Cuadro 14. Inconsistencias de las Convenciones en los tres casos de estudio	178
Cuadro 15. Matriz de racionalidades de las tres Redes Agroalimentarias Alternativas	185
Cuadro 16. Despliegue de la crítica: las Redes Agroalimentarias Alternativas desde la Ecología Política.....	192

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Frecuencia de asistencia a las instalaciones del Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2017.....	101
Figura 2. Panorama General de las Convenciones en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018.....	104
Figura 3. Sentidos que componen la Convención Cívica en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018.....	105
Figura 4. Composición de la Convención Cívica según tipos de consumo en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018.....	106
Figura 5. Sentidos que componen la Convención Doméstica en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018.....	107
Figura 6. Inconsistencias en las Convenciones del Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018.....	110
Figura 7. Participación por roles de los miembros del Colectivo Zacahuitzco. Elaboración propia con información de Covantes, 2017.....	127
Figura 8. Frecuencia de asistencia a los Farmers´ Markets. Elaboración propia, 2017-2018.....	159
Figura 9. Panorama General de las Convenciones de los Farmers´ Markets. Elaboración propia, 2018.....	161
Figura 10. Debilidades en las Convenciones de los Farmers´ Markets. Elaboración propia, 2018.....	163

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Ilustración 1. Tianguis Orgánico Chapingo	92
Ilustración 2. Instalaciones del Centro de Distribución y Abasto de Alimentos Mawí, para el Buen Vivir	125
Ilustración 3. Productos en exhibición en el “Mawí, para el Buen Vivir”	129
Ilustración 4. Mercado de productores en Vancouver, Canadá.	156

ÍNDICE DE MAPAS

Mapa 1. Zona Oriente del Estado de México	90
Mapa 2. Zona Metropolitana del Valle de México	120
Mapa 3. Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá.....	148

DEDICATORIAS

A mis tres amores: Jerónimo, Emiliano y Diana

Junto a ellos, dedico esta tesis también al resto de mi extraordinaria familia, porque a pesar de la adversidad siempre me impulsaron a seguir adelante. Sin ese gran armazón este trabajo no hubiera podido realizarse.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a la comunidad de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), ahora me considero parte de esta gran institución. Especialmente agradezco al Departamento de Sociología Rural (DESOR), al personal académico, administrativo y a toda la comunidad estudiantil.

A la Dra. Marie-Christine Renard le extiendo mis más sinceros agradecimientos por su trabajo en la dirección de este trabajo. Gracias a su conocimiento sobre la realidad agroalimentaria contemporánea y a su atenta revisión, esta tesis logró tomar forma a pesar de que nuestros puntos de vista parecían a veces contradictorios. Sobre todo, agradezco su comprensión en el plano personal, gracias a su apoyo este trabajo logró fraguarse aun cuando los obstáculos surgían uno tras otro, y cada vez uno más grande que el anterior.

De igual manera, agradezco al resto del Comité Asesor: a la Dra. Rita Schwentesius Rindermann por sus recomendaciones y su constante llamado a no extraviarme en las abstracciones teóricas, al Dr. Jorge Morett Sánchez por su comprensión personal y su valiosa colaboración para la revisión del trabajo. A la Dra. Elba Pérez Villalba por aceptar revisar esta tesis una vez terminada.

Mi agradecimiento a todas aquellas personas que contribuyeron en alguna medida en la realización de esta investigación, a los miembros de las redes y a quienes desinteresadamente me brindaron unos minutos de su tiempo. En el mismo sentido, agradezco todo el apoyo de mi colega y amigo Alfredo Olguín.

Por último agradezco al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por la beca recibida para la realización de mis estudios doctorales.

DATOS BIOGRÁFICOS

Datos personales

Nombre: César Jerónimo Hernández Morales
Fecha de Nacimiento: 11 de febrero de 1982
Lugar de nacimiento: Ciudad de México, México
Profesión: Sociólogo

Desarrollo académico

Bachillerato: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), Campus Estado de México.
Licenciatura: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)
Maestría: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales e Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)

Desarrollo profesional

Asistente de investigación: Consultoría y Servicios en Tecnologías Eficientes S. A. de C. V. (CYSTE)
Consultor: Coordinación General de Apoyo al Hidalguense en el Estado y el Extranjero, Secretaría de Desarrollo Social (SEDESOS), Gobierno del Estado de Hidalgo
Consultor: Fundación Ven Conmigo, A. C.

RESUMEN GENERAL

(Convenciones y Racionalidades en las Redes Agroalimentarias Alternativas. Análisis comparativo de tres casos en México y Canadá)¹

La presente investigación doctoral es un análisis comparativo de tres redes agroalimentarias que funcionan al margen del sistema agroalimentario hegemónico hoy organizado a nivel global: el Tianguis Orgánico Chapingo en el municipio de Texcoco de Mora, Estado de México; el Colectivo Zacahuitzco activo en la Ciudad de México, y; los mercados de productores de la zona metropolitana de Vancouver, Canadá. Los datos empíricos se analizan a partir de dos enfoques: la teoría de las Convenciones y la perspectiva de las racionalidades alternativas. La primera perspectiva resalta la diversidad de sentidos entre los actores, al tiempo que la organización práctica de las colectividades. El segundo enfoque establece una mirada crítica sobre dichas redes, considerando la construcción onto-epistemológica de la naturaleza en el actual modelo civilizatorio para indagar sobre las formas en que dichas redes representan un modelo diferente.

La consideración de estos casos en términos comparativos, avanza en la conceptualización y el diseño teórico del fenómeno. El trabajo propone un concepto integrador sobre el fenómeno de la diferenciación social en el campo agroalimentario que denomina “alteridad agroalimentaria”. Las conclusiones son mixtas: estas redes han logrado reestablecer las relaciones entre productores y consumidores basados en nuevos sentidos y valores, empero se han configurado como estrategias de sobrevivencia, por lo que sus posibilidades para construir nuevos sistemas agroalimentarios son en realidad muy limitadas.

Palabras clave: Redes agroalimentarias alternativas, Teoría de las Convenciones, Racionalidades, Sistemas agroalimentarios

¹ Tesis de Doctorado en Ciencias en Ciencias Agrarias, Programa de Doctorado en Ciencias en Ciencias Agrarias, Departamento de Sociología Rural, Universidad Autónoma Chapingo
Autor: César Jerónimo Hernández Morales
Director de Tesis: Dra. Marie-Christine Renard

ABSTRACT

(Conventions and Rationalities in Agri-Food Networks. A Comparative Analysis of Three Cases in Mexico and Canada)²

This doctoral dissertation is a comparative analysis amongst three different Agri-Food Networks, which operate outside the hegemonic agri-food system organized at a global level: The Organic Farmers' Market of Chapingo, located in the municipality of Texcoco de Mora, in México; the grassroots organization Zacahuitzco in Mexico City, and; Farmers' Markets in the Vancouver Metropolitan Area, Canada. The empirical evidence is analyzed from two perspectives: the Conventions Theory and the approach of the Alternative Rationalities. The first perspective highlights the diversity of meanings among the different actors, as well as the practical organization of collectivities. The second approach establishes a critical view of these networks, considering the onto-epistemological construction of nature in the current civilization model to inquire about the ways in which these networks represent a different model.

Considering these cases from a comparative perspective, this analysis builds on the conceptualization and the theoretical design on this matter. The research puts forward an integrating concept on the issue of social differentiation in the agri-food field: "Agri-food Alterity". The conclusions are contradictory, as these networks have managed to reestablish relationships between producers and consumers, based on new meanings and values, however, they have been established as survival strategies, and therefore, their possibilities to enact new agri-food systems are in fact very limited.

Key words: Alternative Agri-Food Networks, Conventions Theory, Rationalities, Agri-food Systems

² PhD Thesis, Program of Agrarian Sciences, Faculty of Rural Sociology, Universidad Autónoma Chapingo.

Author: César Jerónimo Hernández Morales
Advisor: PhD. Marie-Christine Renard

INTRODUCCIÓN GENERAL

Los cambios sociales y políticos que acompañaron a la reestructuración del sistema económico a nivel global, devinieron en el surgimiento de nuevos modelos de dominación conocidos genéricamente como políticas neoliberales. Sin embargo, la reestructuración del capitalismo hacia una fase de organización global para la recomposición de las tasas de ganancia en un contexto de crisis crónica de acumulación, vino acompañado del surgimiento de modelos de lucha y resistencia con contenidos ideológicos y formas de organización marcadamente diferentes a los movimientos sociales descritos por la teoría de las clases sociales de inspiración marxista. Esta reorganización de las formas anti-sistémicas frente a un sistema capitalista en rediseño, se ha resistido a las clasificaciones omniabarcantes. Estas manifestaciones se expresan en ámbitos que van desde los nuevos planteamientos sobre el conocimiento, pasando por los ensayos de reapropiación de la naturaleza y la economía, hasta los aspectos más íntimos como la alimentación y la sexualidad; a todas estas expresiones sociales se les ha venido llamando genéricamente como “las alternativas”.

Esta investigación trata sobre una de las alternativas contemporáneas, las redes agroalimentarias que frente a las formas hegemónicas de producción, distribución y consumo de alimentos, se articulan en un sistema agroalimentario organizado globalmente. Dichas redes han comenzado a plantear otras formas de relación entre la sociedad y la naturaleza a través de la transformación de la base metabólica sintetizada en el binomio agricultura-alimentación. La emergencia de las nuevas redes agroalimentarias emerge de lo que esta investigación define como la “alteridad agroalimentaria”, una síntesis entre la renovación de lo(s) sentido(s) ético(s), los imaginarios de lo “otro” y la crítica a los excesos del sistema agroalimentario contemporáneo.

Las manifestaciones prácticas de la forma de alteridad que trata esta investigación son muchas y sus sentidos muy variados –prácticas productivas basadas en los principios agroecológicos, estilos alternativos de alimentación, defensa del bienestar animal, sólo por mencionar las de mayor reconocimiento social–. Durante los últimos años, los estudios académicos han comenzado a interesarse en el fenómeno, aunque todavía no existe una definición general de lo que este trabajo define como “alteridad agroalimentaria”. Citar aquí algunos trabajos no ayudaría a ilustrar la variedad de enfoques y propuestas analíticas de los estudios agroalimentarios en la actualidad. La noción de alteridad agroalimentaria es sólo una propuesta para intentar pensar en este fenómeno desde una perspectiva que rebase los enfoques empíricos del fenómeno.

La investigación que ahora se presenta, profundiza en una parte específica del complejo fenómeno de la alteridad agroalimentaria, la más representativa cuantitativamente –aunque quizá no en términos cualitativos– considerando que las redes agroalimentarias que funcionan al margen del sistema hegemónico de producción, distribución y consumo de los alimentos hoy globalizado, son una de las formas más tangibles empíricamente de alteridad en el campo agroalimentario, la cual, por supuesto rebasa los ámbitos del intercambio meramente comercial.

Esta investigación doctoral aborda tres casos de Redes Agroalimentarias Alternativas al sistema agroalimentario hegemónico: el Tianguis Orgánico Chapingo en el municipio de Texcoco de Mora, Estado de México; el Colectivo Zacahuitzco activo en la Ciudad de México, y; los mercados de productores (*Farmers' Markets*) de la zona metropolitana de Vancouver, Canadá. El abordaje analítico se emprende principalmente desde el enfoque de la teoría de las Convenciones que parte de los trabajos de L. Boltanski y Thévenot (1991), una perspectiva que permite resaltar la diversidad de sentidos entre los actores, al mismo tiempo que la organización práctica de las colectividades. La consideración de estos casos en términos comparativos, pretende avanzar en la tarea de conceptualización y en la construcción teórica del fenómeno, un

ejercicio que más allá de encasillar o simplificar la riqueza existente, busca contribuir en la construcción de una reflexión más sistemática y con mayores contenidos conceptuales sobre las formas agroalimentarias de diferenciación –o alternativas– frente a la tendencia homogeneizante del sistema agroalimentario contemporáneo.

Un enfoque teórico complementario proviene del análisis de las racionalidades alternativas tal como lo entiende la Ecología política latinoamericana, una propuesta que ha venido construyéndose a partir de análisis críticos sobre la construcción onto-epistemológica de la naturaleza en el actual modelo civilizatorio. A partir de este enfoque, es posible complementar el estudio comparativo sobre la alteridad de las nuevas redes agroalimentarias, analizado con mayor detalle sus posibilidades efectivas tanto de construcción de un nuevo tipo de antagonismo, como sus propuestas respecto a una racionalidad agrícola alternativa.

El trabajo se divide en seis capítulos agrupados en tres partes. La primera parte se compone de dos capítulos, el primero exponen las raíces epistemológicas y los regímenes culturales que dan origen a la composición del sistema agroalimentario desde la modernidad hasta su fase actual globalizada. Es un recorrido que presenta, en un sentido crítico, los ejes principales de la relación sociedad-naturaleza-agricultura, explotando al mismo tiempo los orígenes de la alteridad agroalimentaria. El segundo capítulo es la fundamentación teórica y el edificio conceptual sobre el que se apoya la investigación para abordar el análisis de las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) consideradas.

La segunda parte se compone de tres capítulos donde se analizan cada uno de los casos de estudio. Así, el tercer capítulo está dedicado al “Tianguis Orgánico Chapingo”, un mercado exclusivamente orgánico en una área peri-urbana al Oriente del Estado de México, donde académicos y estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo han sido los promotores principales de este tradicional espacio de la alteridad agroalimentaria. El cuarto capítulo aborda el caso del “Colectivo Zacahuitzco”, una red alternativa inserta en una colonia de

clase media urbana al sur de la Ciudad de México, donde encabezan el proyecto tanto actores con perfiles académicos como miembros del contexto urbano-popular. El quinto capítulo está dedicado al análisis de los mercados de productores (*"Farmers' Markets"*) en la zona metropolitana de Vancouver, Canadá, una red con características de cadena corta, con importante tradición entre la población vancouverita. Como puede verse, esta investigación es un esfuerzo por contar con una mayor diversidad de casos presentes en diferentes contextos pero, de manera alguna, pretende ser un estudio comparativo entre dos países.

La Tercera parte de la investigación es al mismo tiempo el sexto y último capítulo, en él se desarrolla el estudio comparativo a partir de los datos obtenidos en la segunda parte de la investigación, a la luz de los elementos teóricos expuestos en la primera parte, específicamente sobre los contenidos de la alteridad agroalimentaria, sus formas de coordinación, sus límites y posibilidades en la construcción de otros sistemas agroalimentarios. El objetivo del análisis comparativo es identificar los puntos tanto de encuentro como de diferencia entre cada uno de los casos estudiados, específicamente se busca reconocer su capacidad para construir nuevos sistemas agroalimentarios. Para concluir se presentan algunas reflexiones complementarias sobre la investigación en su conjunto, a fin de abrir nuevos cuestionamientos y proponer posibles ejes para el emprendimiento de nuevas investigaciones sobre la materia.

Cabe resaltar desde ahora que a pesar de los avances que dichas redes han logrado, en los últimos años ha predominado la lógica instrumental de corte mercantil, lo que como estrategia de sobrevivencia de los pequeños y medianos productores que participan en estas redes ha sido benéfico. Sin embargo, al mismo tiempo el predominio comercial ha debilitado los sentidos que originalmente impulsaron el emprendimiento de estas experiencias agroalimentarias.

A pesar de ello, el potencial que tienen las redes agroalimentarias alternativas, en cualquiera de sus expresiones o manifestaciones prácticas, podría redundar en una recomposición de los sentidos éticos que les subyacen. Empero, hasta ahora las condiciones socioeconómicas y los entornos políticos en los que se desenvuelven, parecen ir ganando terreno sobre consideraciones menos instrumentales e individuales.

Los casos que esta investigación aborda, tienen elementos que muestran de qué manera los sentidos originales, de crítica al sistema agroalimentario dominante y de esfuerzo por construir experiencias de intercambio agroalimentario más pendiente de la armonización social con la naturaleza y preocupado por el bienestar económicos de todos los extremos de la cadena agroalimentaria, conviven con la lógica puramente mercantil. Nos encontramos ante una paradoja que todavía no se resuelve, a saber: mientras en los tianguis y mercados alternativos se revaloriza el trabajo del pequeño productor agroecológico u orgánico local y se reconoce su exclusión del sistema agroalimentario global, al mismo tiempo, los productos se dirigen principalmente a los sectores sociales con mayor poder adquisitivo por lo que, más que redes alternativas, en muchos casos terminan convirtiéndose en nichos de mercado insertos en la lógica convencional.

Ahora bien, las redes agroalimentarias que se caracterizarán a lo largo de este trabajo, contienen elementos que resultan de interés para las ciencias sociales porque envuelven una forma de diferenciación social que se han resistido a la conceptualización y la comprensión que dichas ciencias solían tener para los fenómenos sociales de resistencia o lucha frente al sistema capitalista, o al menos para ciertos aspectos de tal sistema. Las redes que aquí se abordan son, como se mencionó antes, parte de un grupo que la noción de “alternativas” no alcanza a definir. Por ello, reconocer más elementos que les son propios a cualquiera de estas formas de alteridad, es una tarea insoslayable para quienes buscan una comprensión más amplia del actual proceso de diferenciación frente

al poderoso proceso de homogeneización sociocultural que la globalización económica está imponiendo en todo el orbe.

Dado que la comprensión de los complejos procesos de diferenciación contemporánea es una faena mayúscula, las herramientas teóricas son indispensables. Esta investigación es un esfuerzo por contar con una explicación que rebase los estudios de caso, a fin de conocer la brecha que las redes agroalimentarias alternativas han abierto más allá de sus aciertos y errores. El camino que esta forma de la alteridad agroalimentaria ha seguido desde que nacieron, tiene experiencias a partir de las cuales presentes y futuros actores de la alteridad agroalimentaria –y de cualquier forma de antagonismo contemporáneo– deben aprender.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1.

Modernidad y Naturaleza: los orígenes del Sistema Agroalimentario Global

Introducción

El actual sistema de producción, distribución y consumo de alimentos es una forma de reproducción del capital a expensas de la salud de la humanidad y del entorno biofísico del planeta. Dicho sistema está diseñado para generar ganancias multimillonarias a través del despojo de la autogestión de vida por medio del control de los alimentos. La crisis alimentaria mundial ocurrida entre 2007 y 2008, es sólo un ejemplo de lo que podría profundizarse de continuar la hegemonía del sistema agroalimentario contemporáneo, donde unas cuantas empresas trasnacionales, unidas al capital financiero global, imponen su lógica sobre el resto de la cadena agroalimentaria.

Según datos de Oxfam, en un mundo con 7 billones de consumidores de alimentos y 1,5 billones de productores, menos de 500 empresas controlan el 70 por ciento de la oferta mundial de alimentos. Las “Diez Grandes”, es decir las empresas más poderosas de la industria alimentaria a nivel mundial, ingresan anualmente más de 450.000 millones de dólares que equivalen al PIB de todos los países de bajo ingreso en su conjunto (Oxfam, 2013).

Como puede verse, el actual sistema agroalimentario se caracteriza por la hiperconcentración del mercado agroalimentario, ello tiene efectos devastadores por el juego especulativo que se deriva de esta oligopolización del sector. Cadenas de agronegocios como *Associated British Foods (ABF)*, *Coca-Cola*, *Danone*, *General Mills*, *Kellogg's*, *Mars*, *Mondelez*, *Nestlé*, *Pepsico* y *Unilever*, manejan la mayor parte de los productos que se consumen a nivel mundial. Este acaparamiento de la cadena alimenticia, a fin de imponer una sola forma de consumo alimenticio, acarrea la pérdida del conocimiento sobre plantas comestibles y la destrucción de la diversidad gastronómica, cayendo en la creciente homogeneización de la dieta global.

En este contexto los pequeños y medianos agricultores, es decir los campesinos del mundo, han quedado a expensas de un mercado en donde es imposible imponer condiciones. Las decisiones que los agricultores toman sobre

las formas en que producen, las semillas que cultivan y las formas de vivir del cultivo de la tierra no dependen, prácticamente en ningún sentido, de sus preferencias, tradiciones, ni necesidades. Cuando los agricultores no deciden salir del mercado agroalimentario –decisión compleja– quedan a expensas de la competencia internacional y de las imposiciones de una industria agroquímica que funciona como una devoradora.

Como resultado de este proceso de exclusión sistemática, hoy en día la gran mayoría de las personas más pobres del mundo son los pequeños agricultores de subsistencia. “En América Latina, al igual que en Asia y África, la paradoja que se está delineando es que si bien estas regiones producen más alimentos que los requeridos para satisfacer las necesidades de su población (contribuyendo además a la seguridad alimentaria mundial) siguen manteniendo la mayor concentración de personas con hambre, particularmente en las zonas rurales” (IFAD 2011; FAO 2016).

Además, en los últimos años se ha registrado un masivo acaparamiento de tierras –principalmente en África– donde el fin principal es producir alimentos para exportar luego a países como China, India, Estados Unidos y Europa. Esta dislocación de la producción agrícola –o desterritorialización– también ha comenzado a ocurrir en América Latina. En 2014, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) registró el fenómeno de *Land Grabbing* en países como Argentina y Brasil.

En este capítulo se presenta la trayectoria que ha posibilitado el surgimiento de la problemática agroalimentaria contemporánea, un recorrido que va desde los orígenes epistémicos de la racionalidad moderna hasta las propuestas agroecológicas emergentes, entendiendo que este es el gran escenario donde se desarrollan las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) que se analizan en el resto de la investigación.

Modernidad y Naturaleza

A partir de la Ilustración europea, con el nacimiento de la modernidad, se fundó un nuevo concepto de Naturaleza que hasta hace poco tiempo se ha comenzado a pensar críticamente. Luego del siglo XVII nace la distinción entre naturaleza y humanidad, siendo el basamento de la noción moderna de sociedad humana distinta y autónoma de la Naturaleza.

A partir del surgimiento de la episteme moderna (Foucault, 1968), nació la idea de que la Naturaleza se comportaba de manera mecánica y que sólo era necesario descubrir sus leyes para descifrarla, dominarla y ponerla al servicio de los intereses humanos. Con ello nació también una onto-epistemología que no existía hasta entonces: la Naturaleza como algo separado del mundo social y cultural que la observaba y manipulaba. Más tarde, con el avance científico del siglo XIX, las nociones esencialistas y mecanicistas de la Naturaleza se hicieron más profundas, colocándose en el núcleo duro de la racionalidad moderna-occidental y con ello colonial-capitalista. En este proceso el nacimiento del método cartesiano es fundacional, el hombre moderno lo ve todo desde ningún lugar, esa es la epistemología sin cuerpo que conoce y domina por derecho propio; por esta razón no reconoce que la naturaleza se produce, eso exigiría una posición, un punto de partida que no puede reconocer en sí mismo, sólo en los otros.

El antropocentrismo que caracteriza al mundo moderno, se construye a partir de una epistemología de la naturaleza separada del ser humano. Una naturaleza que puede ser separada en partes, como un gran mosaico de animales y cosas que deben ser aprovechados en el proceso de crecimiento económico. Como argumenta E. Gudynas,

“Esta idea de Naturaleza fue construida y moldeada en forma simultánea con las concepciones sobre el progreso, y más recientemente con los modelos sobre el desarrollo. El aprovechamiento de los recursos naturales solo es posible si la Naturaleza está más allá de nosotros (dualismo), si puede ser fragmentada en sus componentes, dominada y convertida en

‘recursos’. En forma muy resumida, puede decirse que las ideas sobre el progreso y el desarrollo implican una cierta concepción de la Naturaleza, y a su vez, las ideas de la Naturaleza solo permiten un tipo de desarrollo. Unos y otros se determinan dialécticamente” (Gudynas, 2011, p. 263).

La forma en la que hasta ahora se han apropiado de la naturaleza la sociedad moderna, es resultado de un proceso histórico específico seguido por Occidente a través de, por lo menos, cinco siglos. Sin embargo, esta forma particular ha tratado de imponerse bajo formas de estrategias de poder (Foucault, 1992) como la única vía para el conocimiento del mundo y por lo tanto para la reproducción de la vida humana en el planeta. Este posicionamiento ideológico y práctico, es parte de la dominación onto-epistemológica sobre el resto de prácticas y saberes subyugados por la violencia colonial aún en marcha, por lo que debe ser entendido como un efecto del poder en el saber (Foucault, 2008), como una realidad epistemológica y por lo tanto política (Leff, 2004).

Dado que hoy la manifestación más poderosa de esta violencia epistémica encarna en los grandes poderes de las élites globales, los efectos de este proceso han llevado progresivamente a una hegemonía de los intereses del sistema capitalista sobre el resto de la reproducción social, de manera que los capitales financieros y las grandes empresas transnacionales han llegado a imponer su forma de racionalidad por encima del cualquier otro matriz de racionalidad descentrada de la lógica instrumental. Las exigencias económicas, políticas y sociales que impone la crisis crónica del capitalismo (Harvey, 2004), aunadas al extrañamiento de la naturaleza en la racionalidad económica moderna, han estructurado un régimen de apropiación social de la naturaleza profundamente depredador.

La indiscriminada sobreexplotación de la naturaleza para mantener los insumos de sociedades volcadas al consumo, la contaminación, los efectos del calentamiento global y la desertificación, entre muchos otros, son resultado de la forma en que la racionalidad dominante ha intervenido el mundo a fin de continuar el proceso de acumulación. Es por ello que hoy, como afirma James

O'Connor, "las cuestiones de justicia socioeconómica y ecológica se han hecho presentes como en ningún otro periodo de la historia; de hecho, está cada vez más claro que son dos caras del mismo proceso histórico" (2001, pp. 319, 320).

Por otro lado, en las culturas no-occidentales la naturaleza también se construye culturalmente (Escobar, 2010), la mejor prueba de este argumento es que, como bien han demostrado los estudios de la antropología ecológica desde hace varias décadas (Descola & Pálsson, 2001), entre gran parte de las sociedades no-occidentales no existe una categoría o concepto sobre lo que en las sociedades modernas llamamos "naturaleza", o por lo menos, alguna similar a ésta. Entonces, cuando se habla de la naturaleza en los discursos políticos contemporáneos de estos pueblos –por ejemplo del hoy tan mencionado "Buen Vivir"– estas discursividades hablan más bien de las formas en que como grupo humano se relacionan con el mundo natural y en cómo lo significan, es decir, es la organización de las prácticas sociales de relación con el entorno biofísico, esto es lo que entendemos por regímenes culturales de apropiación de la naturaleza.

En síntesis, la dicotomía entre naturaleza y cultura es una falsa dicotomía. Teóricamente, este problema debe ser analizado desde una perspectiva epistémica, por esta razón, recurriré a lo que la ecología política ha denominado como epistemologías de la naturaleza (Escobar, 2010a; Leff, 2006). En términos muy esquemáticos, estas epistemologías pueden ser agrupadas en dos grandes grupos, a saber: esencialistas y constructivistas. Las epistemologías esencialistas consideran que los objetivos a estudiar o a tratar, poseen una esencia inalterable –de allí el nombre– que no cambia aunque cambie el contexto o la interacción. En sentido contrario, el constructivismo no sólo propone que la realidad se construye socialmente, parte además de que la relación entre sujeto y objeto siempre modifica a los dos, que no existe un núcleo constante a través del tiempo y del espacio que no dependa del contexto. Como es sabido, no existe sólo una forma de constructivismo, a pesar de ello la variedad de epistemologías constructivistas son menores en número

respecto a las formas de conocer esencialistas sean éstas declaradas o de facto.

Al respecto, el trabajo de K. Marx es pionero del constructivismo naturalista. El análisis de Marx sobre el capitalismo, destruyó la idea de que el sistema capitalista era una forma social “natural”, ahistórica y por encima de la humanidad. Además, la dialéctica materialista analiza la forma en que la realidad social se reorganiza constantemente al modificarse las condiciones de producción y cómo éstas se transforman a partir del conflicto. Estas posiciones son sin lugar a dudas constructivistas y anti-esencialistas, sin embargo, las variadas simplificaciones en las que el marxismo ha derivado, han caído en esencialismos mecanicistas más cercanos al positivismo que al constructivismo. Aunque es posible rastrear los motivos políticos de estos “marxismos positivistas”, igualmente es necesario reconocer que el trabajo de Marx muchas veces dejó de lado sus posiciones filosóficas respecto al conocimiento, a fin de presentarse como una ciencia evaluable bajo los términos de una ciencia normal acorde con el espíritu de su tiempo.

Bajo un contexto onto-epistemológico dominado por el esencialismo, la naturaleza ha sido considerada como un ente fijo, es decir, la forma epistemológica dominante le ha otorgado un estatus ontológico de objeto *per se*. Esta construcción de la realidad para el sujeto moderno es un hecho en la vida práctica, los comportamientos sociales se despliegan bajo una lectura objetivista y esencialista con los otros sujetos y objetos que los rodean. A pesar de que hoy existe un consenso que va desde la filosofía hasta el campo de la física, respecto a la condición no-esencial de ningún objeto ni sujeto, las prácticas sociales se desarrollan sobre una forma de conocimiento del mundo profundamente esencialista donde los objetivos y sujetos son considerados como órdenes ontológicos autónomos, es decir, existentes por sí mismos y dados de una vez y para siempre. Estamos ante una hibridación de órdenes, es por ello que un concepto estático y esencialista de ambiente –con el que la

racionalidad moderna confunde con la categoría de naturaleza– sea analíticamente falaz.

Regímenes culturales de apropiación de la naturaleza

La reflexión sobre la apropiación de la naturaleza en curso, es el análisis sobre la forma dominante de apropiación y uso de los bienes comunes en el capitalismo actual. Es preciso hablar de reapropiación dado que el actual modelo de desarrollo y los diversos sistemas sobre los que se levanta –como el sistema agroalimentario actual por ejemplo– requieren una forma de apropiación de la naturaleza específica alejada del interés común –entendido como la reproducción de la vida humana en el planeta. El sistema político al servicio de la reproducción del capital y todas las instituciones creadas para una reproducción más o menos organizada de la vida social en la época moderna, sustentan la forma en la que se apropian la naturaleza las sociedades contemporáneas.

Al respecto, J. O’Connor (2001) afirma que prácticamente todas las funciones internas del Estado se relacionan de formas complejas con la provisión o regulación de las condiciones de producción, ya que por el contrario, la racionalidad del capital tiende a crear contradicciones entre su reproducción y las condiciones de producción que lo sustentan. A pesar de esta condición auto-destructiva de la racionalidad económica capitalista, el Estado intenta continuamente mediar entre el capital y la naturaleza, es la institución encargada de aprovisionar las materias primas, facilitar las capacidades laborales y de generar la infraestructura necesaria.

Empero, como he expuesto en otros trabajo (Hernández, 2014), es posible argüir que en la fase neoliberal el rol del Estado cambia, es decir, que la organización política de la forma de apropiación social de la naturaleza se ha transformado por la incesante necesidad del capital de reproducirse en un contexto de crisis de sobreacumulación en el que la conflictividad sociopolítica es una constante. A pesar de que es posible encontrar excepciones, dado el

contexto actual, la forma política del capital –el Estado– modifica sus tareas de mediación entre naturaleza y capital –ya que éste necesita avanzar sobre la naturaleza sin mayores restricciones– para garantizar las condiciones de producción, concentrándose básicamente en el despliegue de estrategias formales e informales de despojo. Esto es, dicho en términos ecopolíticos, la organización política de la forma hegemónica de apropiación social de la naturaleza.

En la otra cara de la moneda, lo que sustenta los procesos de reapropiación social de la naturaleza y la resistencia a los procesos globalizantes son los imaginarios sociales que se manifiestan en las cosmovisiones, pero también en las verbalizaciones y prácticas de una cultura determinada. Ello es así porque las “cosmovisiones orientan el sentido del ser en el mundo y contienen las significaciones y las leyes fundantes que establecen la trama entre la naturaleza y la cultura” (Leff, 2004, p. 277).

Aunque a menudo el concepto de cultura resulta amorfo y totalizador, cuando no vacío teóricamente, para esta perspectiva la cultura es “el conjunto complejo de signos, símbolos, normas modelos, actitudes, valores y mentalidades a partir de los cuales los actores sociales confieren sentido a su entorno y constituyen su identidad colectiva” (Giménez, 2009, p. 246). Así, la cultura se constituye a partir de “matrices de racionalidad” que pueden entenderse como el “orden que entreteje lo real y lo simbólico, lo material y lo ideal, en las diferentes formas de organización social de los grupos humanos en comunidades y naciones, en las formas diversas en que sus lenguajes y sus hábitos dan significado a los territorios que habitan y a la naturaleza con la cual conviven y coevolucionan” (Leff, 2004, p. 355).

En este orden de ideas, la racionalidad debe entenderse conceptualmente en el sentido original desarrollado por Max Weber, es decir como:

“El sistema de reglas de pensamiento y de acción que se establecen dentro de esferas económicas, políticas e ideológicas, legitimando determinadas acciones y confiriendo un sentido a la organización de

la sociedad en su conjunto. Estas reglas orientan procesos, prácticas y acciones sociales hacia ciertos fines, a través de medios socialmente contruidos, que se reflejan en sistemas de creencias, normas morales, arreglos institucionales y patrones de producción” (Leff, 2004, pp. 202-203).

En síntesis, la hipótesis que se desprende de estas propuestas, es que la apropiación social de la naturaleza se despliega en forma de regímenes culturales de relación con las condiciones biofísicas –naturalezas– que circundan la vida social de un grupo determinado. A su vez, estos regímenes se construyen a través de imaginarios sociales que se manifiestan en matrices de racionalidad específicos, a partir de los cuales se articulan esquemas de prácticas materiales y simbólicas particulares. Entre las prácticas materiales se encuentran por ejemplo las prácticas productivas agrícolas, que si bien no son independientes de las prácticas simbólicas, cada una puede entenderse analíticamente de manera independiente.

Luego de lo expuesto hasta ahora, podemos decir que las condiciones ecológicas son al mismo tiempo condiciones culturales y que estas se encuentran instituidas en los imaginarios sociales. Los imaginarios son las raíces de la identidad cultural, es desde allí donde se rediseña continuamente el mundo de vida social, por ello, son una caracterización singular de un grupo social sobre su propia realidad. Los imaginarios, más allá de las representaciones o cosmovisiones del mundo, toman forma en lo que P. Bourdieu llama *habitus*, o en lo que P. Descola llama *esquemas de prácticas*.

Los imaginarios son al mismo tiempo prácticas, hábitos y costumbres que no siempre se hacen explícitas en formaciones discursivas, aunque cuando lo hacen la fuerza de tales imaginarios rebasa a las propias organizaciones culturales de las que emanan –el caso del “Buen Vivir” es quizá el mejor ejemplo contemporáneo. Esta noción de alteridad es la base de lo que más adelante denomino como “alteridad agroalimentaria”, donde el sentido de transformación y los imaginarios de lo “otro”, definen la forma en que se producen y/o consumen los alimentos.

En contraste, cabe preguntarse de qué manera los principios de organización de la naturaleza se han interiorizado en los imaginarios sociales no-alternativos. De entrada es posible afirmar que el imaginario moderno en el cual el centro de la matriz de racionalidad es la racionalidad económica capitalista, no tiene incorporado de manera alguna estos principios, al contrario, los niega a costa incluso de su propia sobrevivencia. No obstante, existen otros imaginarios que han incorporado, así sea parcialmente, algo de los principios de organización de la naturaleza, mismos que les ha permitido existir en el mundo sin autodestruirse.

La existencia de prácticas culturales como la prohibición de ciertas prácticas o la imposición de otras, refleja la incorporación de tales principios a la vida social. El respeto de los ciclos estacionales o lunares en la agricultura, la celebración de la fertilidad, o incluso los arreglos gastronómicos ajustados a las fiestas son parte de la incorporación de las condiciones de vida, de los principios de organización de la naturaleza a un sistema socio-cultural particular.

Empero, no se trata aquí de realizar una exploración sobre las representaciones sociales de la naturaleza para adentrarnos desde allí hacia las representaciones sociales de la agricultura, ni de describir las cosmovisiones de un pueblo o región frente a la agricultura y sus cambios, sino de descubrir de qué manera se rompe con la institucionalización de la racionalidad económica en la era moderna y de encontrar cuáles son las respuestas sociales que, a partir de particulares imaginarios y sentidos, sintetizados en formas de convenciones, impulsan un proceso social de reconstrucción de una nueva matriz de racionalidad manifiesta en una forma de producción agrícola de base eco-tecnológica.

Ello resulta fundamental ya que, a pesar de que la agricultura desde hace más de siete mil años ha transformado los entramados socio-naturales del mundo cimentando el nacimiento de los procesos civilizatorios propiamente dichos, en las últimas décadas este impacto ha sido avasallador. Después del auge del

capitalismo norteamericano en los años que siguieron al término de la Segunda Guerra Mundial, nació un nuevo tipo de agricultura enmarcada en los causes de la racionalidad instrumental moderna. Este régimen de apropiación de la naturaleza, mucho más agresivo en cuanto a la modificación de las condiciones biofísicas y en la velocidad en la que ello ocurre, ha devenido en la pauperización de las sociedades rurales de los países dependientes, en la degradación de los ecosistemas de gran parte de los territorios agrícolas del mundo y en una inmensa pérdida de saberes campesinos³.

La apropiación de la naturaleza en el sistema agroalimentario

Como se desarrolló brevemente en apartados anteriores, la composición actual del sistema agroalimentario, está determinada por una visión de la naturaleza como un “objeto utilitario”, visión que precedió y acompañó al advenimiento de la modernidad (Murdoch & Miele, 1999, p. 466). Sin embargo, esta visión ha sido acompañada por una en la que la naturaleza es el espacio de autoridad en la que el ser humano solo puede recapitular. No encontramos, según K. Eder (1996) ante una “estructura doble” que “dirige y determina las prácticas cotidianas de los ciudadanos modernos de modo que todos nos encontremos actuando ya sea la representación dominante (la naturaleza como objeto a ser utilizado de acuerdo con las aspiraciones humanas) o la representación reprimida (la naturaleza como una zona aparte, imbuida de autoridad moral)” (ídem).

La doble simbolización explicada por K. Eder, arroja las sociedades contemporáneas a paradojas en las que la naturaleza se encuentra dividida en dos concepciones, entre el antagonismo de la tierra cultivada y el desierto, entre el dominio y la protección, entre la carne y la misericordia por los animales. Ese antagonismo simbólico se encuentra en la vivienda, la recreación, pero, sobre todo, en la comida (Eder, 1996, p. 147). Por un lado, el constante crecimiento

³ Friedmann y McMichael han subrayado que desde finales del siglo XIX, las distintas formas de pequeña producción comenzaron a ser desplazadas (1989, p. 106).

de la producción de comida estandarizada, industrializada y, por otro, una vuelta o reencuentro con la comida natural, no estandarizada, local, imbuida de una moralidad que se parece mucho a la representación alternativa de la naturaleza.

Esta característica de fondo, en el ámbito de los símbolos, ha sido bien asimilada –y explotada podríamos decir– por el sistema agroalimentario actual. Como propone Goodman (1987), en el sector alimentario se pueden distinguir dos procesos interrelacionados: en primer lugar, el “apropiacionismo”, es decir, el intento de los capitales industriales de reemplazar procesos de producción previamente "naturales" por actividades industriales; y, en segundo lugar, el “sustitucionismo”, o la forma en que los capitales industriales tratan de sustituir sus productos por productos naturales en el sistema alimentario.

Dado este panorama, es viable afirmar que el sistema agroalimentario actual, se divide en dos “zonas” de producción: una de alimentos estandarizados e industrializados a nivel global, y otra de alimentos producidos localizados y especializados (Murdoch & Miele, 1999, p. 469), aunque insertos en la misma lógica de la racionalidad instrumental dominante, ya que “los alimentos reconocibles localmente, que tienen claros rastros de los ambientes "limpios" y "verdes" en los que se han producido, se convierten en objetos de consumo deseables, ya que consagran la diferenciación del producto y la proximidad a la naturaleza (ídem).

La proliferación de estos productos en el sistema agroalimentario contemporáneo, resulta sólo una nueva mercantilización de la naturaleza, a expensas del desplazamiento de los problemas de fondo. Una vez más la hegemonía de la lógica instrumental como base del sistema agroalimentario, genera más problemas al pretender crear soluciones. Desde el enfoque de la teoría de la racionalidad ambiental de E. Leff (2002, 2004, 2006, 2010), la crisis ambiental es considerada como una crisis de civilización, de la civilización moderna-occidental que a través de intervenir el mundo por medio de su particular racionalidad económica, ha propiciado el colapso del orden de la vida

en el planeta. En este sentido, es posible afirmar que el origen de la crisis ambiental contemporánea es la crisis de la racionalidad formal de la modernidad, es decir, del sistema de razonamientos, valores, normas y acciones que relaciona medios y fines en una simple y mecánica lógica instrumental a la que el sistema de dominación ha enseñado a reconocer como la única forma de racionalidad.

Los rasgos fundamentales de la racionalidad actual son resultado de la manifestación del dominio de una forma de pensamiento marcada por la mezcla entre la ciencia mecanicista y la teoría económica del modo de producción capitalista. El recuento que K. Polanyi desarrolla en su clásico trabajo de antropología económica es ilustrativo del proceso seguido por la sociedad moderna-occidental en los siglos que siguieron al nacimiento del capitalismo (Cf Polanyi, 2003).

Así, basado en un modelo civilizatorio profundamente instrumental, sintetizado en la racionalidad económica moderna-colonial-capitalista, el mundo actual ha seguido derroteros que inevitablemente han conducido a mayores y más profundas crisis. La racionalidad económica capitalista ha sesgado la gravedad del problema hacia la búsqueda de mejores mecanismos económicos para el “cuidado y control del ambiente”, creando esquemas de financiarización del ambiente que han terminado –como ha mostrado L. Lohmann (2012)⁴– en un círculo vicioso de devastación ambiental–enriquecimiento a partir de la especulación, con lo cual se ha profundizado, aún más, la gravedad de la crisis contemporánea.

La producción de alimentos sintetizados químicamente en fábricas, el monocultivo convencional, la utilización masiva de los agroquímicos, pero también la producción orgánica de tipo industrial, son algunas de las respuestas que la racionalidad del capital agroalimentario ofrece a un mundo hambriento, enfermo, desnutrido y obeso. Más que respuestas, en realidad nos

⁴ Este es el caso de la creación del mercado de Bonos de Carbono.

encontramos ante estrategias de reproducción del capital y soluciones espacio-temporales que nada tienen que ofrecer para la efectiva solución de los problemas sociales ni ambientales de este tiempo porque parten, precisamente, de las mismas premisas onto-epistemológicas que se desprende del proceso de modernización iniciado en occidente hace varios siglos. Esta forma de conocer y actuar en el mundo, es la que hoy sostiene al sistema agroalimentario contemporáneo que se autoerige como la solución a los problemas del hambre en el mundo.

La renovada fe en el desarrollo tecnológico en la que confían ciegamente las élites globales para continuar con su conquista del mundo, olvida por completo la imprevisibilidad de la complejidad ambiental (Leff, 2007), el riesgo inherente e insospechado que conlleva la intervención humana en los procesos ecológicos y el hecho de que la tecnología –además de desarrollos científicos– requiere de un inmenso arsenal de naturaleza, es decir de bienes comunes conocidos comúnmente como recursos naturales. A pesar de ello, la confianza en las soluciones tecnológicas se ha instituido masivamente como una forma de solución ideológica a toda crisis o problema, incluyendo, en los primeros lugares los problemas alimentarios del mundo actual.

Así, siguiendo la lógica de la maximización de la ganancia, en cada aparente solución la racionalidad moderna-colonial-capitalista “produce nuevas y ocultas contradicciones” (Navarro & Pineda, 2011) que cobran ecológica y socialmente. La solución espacio-temporal a la crisis crónica capitalista, aunada a la expansión del mercado y a las falsas soluciones tecnológicas, han propiciado prácticas productivas más agresivas con la naturaleza y el trabajo. Aunque ha estado presente desde tiempo atrás, el intento por hacer depender la reproducción de la vida en el planeta de la importación y no de la producción nacional o local de alimentos (Cf. Rubio, 2004), es sólo una muestra de la delirante apropiación de la naturaleza en el sistema agroalimentario contemporáneo.

Etapas actuales: la globalización del sistema agroalimentario

El actual sistema agroalimentario se caracteriza por la multiplicidad de actores que influyen en él, así como en la interacción e interdefinición de los elementos que en él coinciden. Esta es una de las características de un sistema complejo (García, 1996); reconstruirlo es una tarea que requiere esfuerzos multidisciplinares más allá de los que tiene una investigación particular como ésta, sin embargo no podemos eludir que la complejidad es actualmente una de sus características que más lo definen. En un sentido similar, para atender dicha característica, Louis Malassis, fundador de la economía agroalimentaria, acuña en los años setenta el concepto de sistema agroalimentario (Hernández & Villaseñor, 2014, p. 563), definiéndolo como “el conjunto de actividades que concurren a la formación y distribución de los productos alimentarios y, en consecuencia, al cumplimiento de la función de la alimentación humana en una sociedad determinada” (Fonte, 2002, p. 13).

Como he venido arguyendo, el actual sistema agroalimentario es una rama fundamental de la mercantilización de la vida para la reproducción de la economía global; es parte de las soluciones diseñadas para corregir los problemas de reproducción de un sistema económico en crisis crónica. Esta fase surge una vez que el crecimiento económico capitalista alcanzó un estado de desarrollo en el cual no era posible seguir invirtiendo con posibilidades de multiplicar las utilidades, es decir cuando se hizo evidente que la tasa de ganancia decrecía produciendo una crisis de sobreacumulación (Harvey, 2004). De este panorama devino la cascada de reformas estructurales, o reajustes espacio-temporales conocidos comúnmente como neoliberalismo.

En este contexto, el sistema agroalimentario fue también reajustándose a las nuevas necesidades, no alimentarias sino económicas del sistema capitalista neoliberal. Este sistema de producción, distribución y consumo de alimentos se sustenta en una base tecnológica que proviene de los desarrollos de la industria química y de transformación, lo que le ha permitido controlar la forma en que se producen los alimentos, la forma en que circulan por el mundo y con ello, las

formas en las que se consume y se alimenta la mayor parte del mundo. Es un modelo injusto para los pequeños productores del sector agrícola⁵ –es decir, para la mayoría⁶– ecológicamente insustentable y altamente dependiente de los combustibles fósiles y de las grandes inversiones de capital.

Pero tampoco las grandes empresas agroalimentarias son hoy la cabeza del modelo agroalimentario, incluso estos gigantes responden a las imposiciones del mercado de distribución. Esta nueva situación, no sólo favorece la hiperconcentración, sino que empeora la situación agrícola del mundo, la “*Walmartización*” del sistema agroalimentario contemporáneo, pone al productor –independientemente de su tamaño– en el último lugar de la cadena agroindustrial. Los grandes supermercados son quienes imponen lo que debe producirse a través de las prácticas agrícolas, lo que las grandes fábricas de alimentos industrializados deben producir y lo que el consumidor debe comer.

En este contexto, la cuestión del imperialismo ecológico –perspectiva reciente aunque con desarrollos teóricos interesantes e ilustrativos– resulta importante. Desde este punto de vista teórico, el sistema agroalimentario actual puede entenderse como núcleo del sistema capitalista contemporáneo. Al respecto, los teóricos del marxismo ecológico B. Foster y Clark argumentan:

“Las fuerzas imperialistas imponen regímenes de producción socio-ecológicos en el mundo, profundizando así la división antagónica entre el campo y la ciudad, por un lado, y entre el Norte y el Sur, por otro. Los ecosistemas agrarios (de trabajo y naturaleza) se reestructuran y `reformen sistemática y racionalmente a fin de intensificar no sólo la producción de comida y fibra sino también la acumulación de riqueza´ de la burguesía compradora y el capital monopólico. Como señalaba Josué de Castro en su estudio clásico

⁵ Ronald Nigh “nos explica que si los “*smallholders*” no se comportan igual que las empresas capitalistas, no es por irracionalidad, atraso o ignorancia, sino por el deseo de mantener un cierto estilo de vida y un conjunto de valores vinculados a este estilo de vida. Para que éste pueda subsistir, estos productores necesitan alcanzar un nivel de ingreso mínimo, que les permita dar continuidad a su cultura y ecología local, en beneficio de todos” (Nigh, 1999, p. 262, citado por Monachón, 2017, p. 101).

⁶ Según la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) entre el 70 y el 80 por ciento de las tierras agrícolas del mundo estaban bajo algún régimen de agricultura familiar (2015).

de 1952, “es en función de la ventaja del imperialismo económico y el comercio internacional, controlados ambos por minorías que sólo buscan ganancias, que la producción, distribución y consumo de bienes alimenticios es puramente considerada como un asunto de negocios y no como un fenómeno de la más alta importancia para la sociedad en su conjunto” (Foster & Clark, 2004, p. 242).

Esta forma de imperialismo se expresa en el actual sistema agroalimentario en la desterritorialización de los procesos agroalimentarios. “Hoy en día, una empresa puede producir en un país, pagar impuestos en otro y exigir subsidios estatales en un tercer país. Aún más, enfatiza Beck (1998, p. 18) las empresas adquirieron el poder de “castigar” a los Estados nacionales cuando rechazan o no facilitan “ciertas inversiones”” (Monachon, 2017, p. 82). Esta forma de gobernanza global, es quizá la que más impacta en el comportamiento del sistema, por ello, para efectos de esta investigación, al referirnos al sistema agroalimentario, siempre lo referiré como sistema global, aludiendo a su característica contemporánea más definitoria.

Ya que la globalización del sistema implica el fortalecimiento de las empresas multinacionales del sector, McMichael define a esta etapa como Régimen Alimentario Corporativo, en la que también identifica rasgos específicos como la yuxtaposición de nuevos circuitos de circulación de alimentos y fuerza laboral para la reproducción del capital global, la privatización del conocimiento local, la desestructuración de los mercados locales, y el despojo de los productores rurales (McMichael, 2007, p. 32).

Aunque el concepto de Régimen Alimentario Corporativo engloba las características que he venido describiendo sobre el sistema agroalimentario actual, en esta investigación utilicé el concepto de sistema agroalimentario global (SAG), a fin de resaltar tanto el comportamiento sistémico del modelo agroindustrial hegemónico –incluso con características de complejidad organizada (González Casanova, 2008)– como su desarrollo a escala global. Este atributo resulta del comportamiento actual del sistema económico donde “el capital internacional busca entre los países bajos costos: es decir los salarios mínimos, recursos naturales de fácil acceso y reglamentaciones muy

flexibles para la emisión de desechos” (Foladori, 2005, p. 342, citado por Monachon, 2017, p. 85).

El despliegue del SAG en el contexto de los últimos años, ha mostrado resultados insoslayables para la alimentación en todo el mundo. Durante la crisis mundial de alimentos de 2008, “mientras el mundo conocía uno de los niveles de hambre más altos en toda su historia, las corporaciones agroalimentarias más poderosas conocían una cantidad de cosechas y ganancias récord (Holt-Gimenez & Patel, 2012, p. 17). Para estos autores, organismos internacionales como el Banco Mundial, la Organización Mundial de Comercio y el Departamento de Agricultura de Estados- Unidos fueron grandes responsables de la crisis, más aún, siguen siéndolo en el contexto actual donde los problemas que dieron origen a la crisis no han sido subsanados en grado alguno. Al contrario, dichas instituciones siguen alimentando la hoguera: incrementando la “ayuda alimentaria”, liberalizando aún más el comercio internacional agrícola e introduciendo más paquetes tecnológicos y transgénicos (ibíd., p. 11).

Las recetas de las instituciones internacionales han sido un fracaso en términos humanos y ecológicos, pero un éxito en términos financieros. Dado que esa es la regla que mide la eficacia de sus estrategias, no se puede esperar un cambio de modelo en el corto o mediano plazo. No obstante, la solución a los graves problemas en términos humanos y ecológicos no puede esperar más. Mientras 800 millones de personas sufren del hambre, 1000 millones de personas sufren hoy de sobrepeso (Patel, 2012, p. 1, citado por Monachon, 2017, pp. 80-81); sin ahondar en la devastación ecológica –en tierras, aguas, flora y fauna– que ha resultado del modelo agrícola de la “Revolución Verde”. Todo ello es resultado tanto del modelo agrícola, como de la imposición de un consumo agroalimentario homogéneo en todo el orbe (Delgado, Rosegrant, Steinfeld, Ehui, & Courbois, 1999).

El SAG funciona como una organización global ciega a los efectos de su modelo de negocios. Al respecto Van Der Ploeg (2014, p. 13), afirma que los principales

responsables de los problemas agroalimentarios en la actualidad son lo que denomina como “imperios alimentarios”, quienes han impulsado y mantenido un férreo control sobre la producción, la transformación, la distribución y el consumo de los alimentos en todo el orbe. Considerando que seriedad estos argumentos, aunado a las diferentes pruebas empíricas, es posible reafirmar que en la actualidad “no existe hambre por la escasez y la superpoblación como lo estipularon algunos, sino un hambre provocada por la pobreza y la sobreproducción, donde se entrecruzan Revolución Verde, subsidios del Norte, ajustes estructurales y tratados de libre comercio” (Monachon, 2017, p. 97).

A pesar de la inmensa inequidad creada por el SAG, los imperios alimentarios promueven una gobernanza que en apariencia favorece a todos los actores del sistema, donde lo más relevante es la creación de nuevas formas de regulación de tipo privado. Empero, dichas regulaciones favorecen sólo favorecen el fortalecimiento de nuevos nichos de producto y nuevos mercado, donde la diferenciación es altamente valorada. Las estrategias de regulación privadas, sirven para coordinar las operaciones empresariales en todos los eslabones de la cadena, ofrecer garantías de calidad y seguridad a los consumidores, y para generar herramientas para la gestión de los riesgos asociados al agro-negocio (Hatanaka & Busch, 2008).

En el otro lado del escenario agroalimentario dominante, más allá de las dos lógicas del mercado masivo de alimentos, se encuentran las propuestas alternativas que han comenzado a formar parte del paisaje agroalimentario contemporáneo. En el proceso de diseño de regulaciones privadas los MAAs han venido promoviendo modelos de consumo y certificación alternativos, donde se apela a la reflexividad del consumidor (Dubuisson-Quellier, Lamine, & Le Velly, 2011), quien pone en consideración aspectos más allá de la idea de “calidad” prevaleciente en el SAG, construyendo un enfoque de calidad más amplio basado en prácticas de producción más sustentables y preferiblemente locales, en prácticas laborales y comerciales más justas, con mejores cuidados para el bienestar animal, entre otros. A la discusión sobre el consumo

alternativo se dedican algunos apartados del siguiente capítulo, por ahora es necesario enfocarnos en aspectos específicos de la producción agroalimentaria alternativa.

Hacia una racionalidad agrícola alternativa

Desde la perspectiva marxista, teoría que ha pensado con más acuciosidad sobre el tema de la racionalidad productiva –aunque no específicamente en la racionalidad agrícola, ya que se considera como un sub-orden que refleja sin mayores agregados los presupuestos de la racionalidad industrial–, la naturaleza es considerada únicamente como un objeto de la práctica humana, es por ello que a pesar de los intentos por subsanar teóricamente la incompreensión de la naturaleza en la teoría del valor de Marx, no se ha logrado romper con la sobrevaloración teórica de la primera contradicción del capital.

Empero, desde un enfoque de teoría crítica, lo que más importa es su análisis sobre “las causas de la destrucción de la base de recursos naturales y la degradación ambiental generadas por las crisis inherentes a la acumulación ampliada de capital” (Leff, 1998, pp. 333). Sin embargo, el problema de fondo aquí es la racionalidad agrícola, es decir el régimen de racionalidad con en el que las sociedades se han apropiado de la naturaleza a fin de conseguir alimentos de manera pre-organizada. Este es un cambio importante, quizá el mayor de la historia humana. En la conformación de dicho régimen comienza la complejización del mundo que devendrá con la modernidad, en la búsqueda por el dominio total de la naturaleza.

No obstante, a pesar de que en realidad es uno de los mayores cambios, al mismo tiempo es necesario detenerse un momento en lo que la antropología ecológica ha desvelado al respecto:

“El ejemplo de los Achuar, así como el de otras sociedades de cazadores-rozadores amazónicos, muestra que la domesticación de plantas no es necesariamente el primer paso de un engranaje productivista que conduce ineludiblemente a la alienación económica [...] hay que cuidarse de los peligros de una interpretación

demasiado unilineal que haría de la agricultura el *deus ex machina* del crecimiento exponencial y de la estratificación social [...] Al revés del determinismo tecnológico somero que impregna a menudo las teorías evolucionistas, se podrá postular aquí que la transformación por una sociedad de su base material está condicionada por una mutación previa de las formas de organización social que sirven de armazón conceptual al modo material de producir” (Descola, 1996, pp. 431, 440).

El llamado de P. Descola es relevante en este punto porque confirma el hecho en el que se ha insistido: los entramados sociales y naturales no pueden entenderse cabalmente unos sin otros. Además, esta idea común sobre el origen de la agricultura y la civilización, quizá también tendría que repensarse en la construcción de una racionalidad alternativa para la agricultura.

La ciencia agronómica normal se comporta igual que el resto de las ciencias, es esencialista y no duda en aplicar el poder que la legitimidad construida alrededor del conocimiento normativo le confiere para aplastar otras formas de convivencia con los agroecosistemas. El rompimiento epistemológico radical no es un ejercicio de abstracción es “una estrategia conceptual que orienta una praxis de emancipación del mundo sobreobjetivado y del logocentrismo del conocimiento” (Leff, 2004, p. 127). En síntesis, es necesaria otra idea de naturaleza para construir otras formas de apropiación, otros ecosistemas agrarios.

Por ello, la construcción de una nueva epistemología agrícola debe articular valores, significados y sentidos a los conocimientos sobre la naturaleza y la sociedad para la producción agrícola y la reproducción de la vida. Desde esta perspectiva, resulta indispensable incorporar las visiones de otras formas de racionalidad –es decir, de otros regímenes de apropiación de la naturaleza– para el rediseño de la organización productiva agrícola.

La tarea es incorporar los procesos naturales, culturales y el trabajo social a la producción del valor, sin olvidar el papel central de la producción científica y tecnológica no sólo en la generación del plusvalor, sino en la generación misma del valor, donde dicha producción sirva para la generación de valores de uso

vitales, fundamentales para la reproducción social. Desde esta óptica, el entramado socio-natural debe entenderse como “un potencial productivo basado en la articulación de procesos productivos de diverso orden (natural, cultural, económico y tecnológico)” (Leff, 1998, p. 338), lo que en otras palabras es la articulación de las relaciones sociales de producción con las bases ecológicas en el desarrollo de una nueva agricultura.

En términos generales, puede adelantarse que la epistemología de una renovada forma de producción agrícola de base ecológica no puede ser positivista, ni tampoco constructivista en un sentido reduccionista. Los objetos de la realidad biofísica no son ni “naturalmente dados” ni sólo “culturalmente contruidos”, “son el resultado de un proceso de co-construcción” (Escobar, 2010, p. 147). Desde esta perspectiva, que es la que aquí interesa resaltar como enfoque teórico, “aunque la naturaleza es un dominio ontológico real, ésta se ha hibridizado cada vez más con la cultura y con la tecnología, y ha sido cada vez más reducida por nuestro conocimiento” (Escobar, 2010, p. 179).

La nueva racionalidad agrícola –entendida como el conjunto de reglas que orientan los procesos, prácticas y acciones sociales hacia los fines de la producción agrícola sujetándose a las condiciones ecológicas– subyace en el fondo de las formas alternativas de producir, distribuir y consumir alimentos. Esta reorganización debe pensarse en términos epistemológicos y para ello, como propone esta investigación, es necesario indagar tanto en los procesos simbólicos como en las formas prácticas que sustentan las particulares formas de valorización cultural de la realidad biofísica, sin olvidar los aspectos del conocimiento y el poder que estructuran los procesos de reapropiación social de la naturaleza, pero también de la economía.

Agroecología y construcción de alternativas

Ante el panorama que ha generado el SAG, desde el campo científico-académico de igual manera que desde los movimientos sociales y políticos, se ha venido construyendo un nuevo campo disciplinar: la agroecología. Un campo

que propone reflexionar sobre vías alternativas a la producción agrícola convencional, practicando formas de agricultura sobre bases más acordes con las características ecológicas y sociales de cada lugar determinado. En el siguiente apartado se presentan algunos de los elementos a partir de los cuales es posible analizar la incorporación de la agroecología a las prácticas, normas y reglas que orientan el sentido de las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) que se analizarán empíricamente.

Como disciplina científica, el término agroecología apareció en la década de los treinta del siglo XX “a través de la pluma de un agrónomo Checoslovaco, Basil Bensing, quien propuso crear en Roma un instituto internacional basado en la agroecología. Pero hubo que esperar hasta los años 1970 para que aparecieran investigaciones y puestas en práctica de la agroecología, principalmente en América Latina. La agroecología se construyó a través de los aportes sucesivos de agrónomos, ecólogos, antropólogos, sociólogos, historiadores, etnobotanistas y geógrafos” (Monachon, 2017, p. 116). A partir de entonces, el término ha tomado diferentes derroteros, no siempre paralelos, en los que cada actor aprovecha la polisemia intrínseca del término para abonar a su visión particular.

Para reflexionar sobre las formas en que la agroecología se articula con los objetivos de esta investigación, es necesario integrar la visión proveniente del propio campo agroecológico. Existen por lo menos tres grandes conceptos bajo los cuales es utilizado el concepto de agroecología. Por un lado, la agroecología puede ser entendida como una práctica productiva, vinculada al manejo que el campesinado y las comunidades originarias han realizado durante siglos (Toledo & Barrera-Bassols, 2008). Desde esta perspectiva, la agroecología es entendida como las técnicas y prácticas que han mantenido la agrobiodiversidad a través del tiempo.

En una segunda conceptualización de la agroecología, se considera que es una disciplina científica perteneciente al ámbito académico. Es la ciencia que provee los conocimientos para la utilización de principios ecológicos básico que

permiten estudiar, diseñar y manejar los agroecosistemas (Altieri, 2001). Desde esta óptica, la base epistemológica de la agroecología la constituye el concepto de co-evolución entre los sistemas sociales y ecológicos; en efecto, la producción agrícola es ante todo el resultado de las presiones socioeconómicas que realiza la sociedad sobre los agroecosistemas en el tiempo.

Finalmente, una tercera conceptualización considera a la agroecología como a todas aquellas críticas al SAG, concluyendo en que la agroecología es la estrategia genérica para la construcción de la soberanía alimentaria –v.g. La Vía Campesina. En este grupo se encuentra la propuesta de Eduardo Sevilla Guzmán, quien define a la agroecología como “el manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción social colectiva que presentan alternativas a la actual crisis de modernidad, mediante propuestas de desarrollo participativo (...), desde los ámbitos de la producción y la circulación alternativa de sus productos, pretendiendo establecer formas de producción y consumo que contribuyan a encarar la crisis ecológica y social, y con ello a restaurar el curso alterado de la co-evolución social y ecológica” (Sevilla, 2006, p. 202).

Aunque a menudo la agroecología es considerada como un baúl de herramientas o recetas para la producción agrícola de bajos insumos, la agroecología es también una forma de observar, entender y explicar el mundo; es, por lo menos en sus vertientes más sistemáticas, una filosofía que si bien se expresa en prácticas muy concretas, intenta poner en marcha una transformación de la onto-epistemología sobre la que se levanta la forma dominante de apropiación social de la naturaleza. Empero, más allá de su gran amplitud y flexibilidad como concepto y como práctica agrícola y política, en realidad la agroecología representa uno de los marcos disciplinares más preocupados por pensar y actuar sobre las formas alternativas de producir, distribuir y consumir alimentos frente a las consecuencias del SAG.

Para pensar las formas en las cuales la agroecología se articula con los sentidos que guían la construcción de alternativas agroalimentarias, es necesario adentrarnos en el campo propio de la ciencia agroecológica. Para

ello, el trabajo de Miguel A. Altieri, representa uno de los desarrollos más sistemáticos del campo, ya que incluso considera la hibridación de los entramados biofísicos con los aspectos socio-culturales. Para Altieri, la agroecología es

“La ciencia que se basa en los principios ecológicos para el diseño y manejo de sistemas agrícolas sostenibles y de conservación de recursos, y que ofrece muchas ventajas para el desarrollo de tecnologías más favorables para el agricultor. La agroecología se erige sobre el conocimiento indígena y tecnologías modernas selectas de bajos insumos para diversificar la producción. El sistema incorpora principios biológicos y los recursos locales para el manejo de los sistemas agrícolas, proporcionando a los pequeños agricultores una forma ambientalmente sólida y rentable de intensificar la producción en áreas marginales” (2001).

En términos generales, la agroecología propone la incorporación de los siguientes principios a cualquier emprendimiento que intente romper con la producción agrícola convencional:

- Producción eficiente y rentable a largo plazo (considerando el costo ecológico) que promueva la conservación de suelos, agua, energía y recursos biológicos (como la biodiversidad).
- Disminución del riesgo debido a fluctuaciones ambientales (bióticas y abióticas) o de mercado para lograr una mayor estabilidad y resiliencia en el tiempo.
- Uso o degradación de los recursos naturales renovables a un ritmo menor o igual a su tasa de reposición.
- Uso o explotación de los recursos no renovables a un ritmo menor o igual al de la tasa de desarrollo de tecnologías alternativas.
- Emisión de residuos similares o menor a la capacidad de asimilación del ambiente.
- Aumento en la biodiversidad funcional de los sistemas productivos.
- Menor dependencia del uso de insumos externos.
- Uso eficiente de la energía.

- Mayor aprovechamiento de procesos naturales en la producción agrícola: reciclaje de materias orgánicas y nutrientes, fijación de nitrógeno, alelopatía y relaciones predador-presa.
- Eliminación o disminución del daño al ambiente, a otras especies y a la salud de agricultores y consumidores.
- Ajuste de los sistemas de cultivo a la productividad potencial y a las limitantes físicas, económicas y socioculturales de los agroecosistemas.
- Desarrollo de tecnologías que sean cultural y socialmente aceptables.

Definidos como los principios generales de la agroecología, estos representan una serie de líneas que guían procesos más específicos, a saber: la necesidad de una agricultura ecológicamente adecuada, altamente productiva, socialmente equitativa y económicamente viable. Este enfoque de agroecología, como ciencia agronómica, propone toda una gama de transformaciones necesarias para el logro de una efectiva aplicación de los principios agroecológicos, así, aunque de forma implícita, pone énfasis en las cuestiones del cambio en la trayectoria agrícola (Calle et al., 2013; Gliessman, 2007). En este sentido, continua Altieri:

“Un entendimiento más amplio del contexto agrícola requiere el estudio de la agricultura, el ambiente global y el sistema social, teniendo en cuenta que el desarrollo social resulta de una compleja interacción de una multitud de factores. Es a través de esta más profunda comprensión de la ecología de los sistemas agrícolas, que se abrirán las puertas a nuevas opciones de manejo que estén más en sintonía con los objetivos de una agricultura verdaderamente sustentable” (Altieri, 2001, p. 27).

Por ello, las reflexiones sobre la transición agroecológica son una preocupación constante para el campo agroecológico, en realidad se destina gran parte de sus estudios al análisis de este complejo proceso. Santiago Sarandón y Claudia Flores (2014) proponen, primero una definición de lo que llamaran *agricultura sustentable*, entendiendo por ello a toda aquella forma de producción agrícola que “mantiene en el tiempo un *flujo de bienes y servicios* que satisfagan las necesidades alimenticias, socioeconómicas y culturales de la población, dentro de los límites biofísicos que establecen el correcto funcionamiento de los

sistemas naturales (agroecosistemas) que lo soportan” (Sarandón *et al.*, 2006; Sarandón & Flores, 2014).

Desde esta conceptualización de agricultura sustentable y de las reflexiones de agroecólogos como S. Gliessman (2007), estos autores proponen lo que denominan como “propuesta integral de transición” a partir de la deconstrucción de los esquemas de conocimiento y de las formas de producción que causan degradación social y ambiental para generar una reconstrucción desde un nuevo paradigma de heterogeneidad ecológica y cultural que comprenda la complejidad de los sistemas de producción por medio de un abordaje sistémico que permita comprender el funcionamiento de los agroecosistemas (Sarandón & Flores, 2014).

No obstante, la transición agroecológica es un proceso complejo y dinámico en el que se articulan distintas escalas –parcela, comunidad local, territorio– y que se ve afectado por factores epistémicos, ecológicos, socio-culturales, económicos, tecnológicos y políticos. Su consolidación dependerá no sólo de la generación de tecnologías apropiadas y apropiables, sino de un cambio a nivel del sentido, así como del resultado de conflictos de intereses que dinamizan los procesos de resistencia, confrontación y finalmente readaptación social.

En términos generales, las prácticas y los enfoques agroecológicos son el gran telón de fondo en el que se despliegan las RAA. Estas consideraciones conceptuales servirán para explicar los factores que más allá de la generación de tecnologías apropiadas y conocimientos para la regeneración constante del suelo, promueven o limitan la construcción de nuevos sistemas agroalimentarios ecológicamente adecuados, altamente productivos, socialmente equitativos y económicamente viables.

Territorio y diferencia: aportes desde la ecología política

Hasta hace relativamente poco tiempo, en los primeros años de la década de los setenta del siglo pasado, una parte de las sociedades occidentales comenzó

a cuestionarse sobre los problemas que en aquel entonces se denominaron como medioambientales. Esta preocupación trajo consigo una búsqueda por alternativas que subsanaran los problemas ecológicos sin perjudicar la marcha del modelo económico que por aquellos años se comenzaba a encauzar en las soluciones espacio-temporales del modelo neoliberal de acumulación global⁷.

Por un lado, la economía ambiental desplegó sus estrategias buscando asignar valores crematísticos a la naturaleza. La “economía verde” apareció así como una puerta trasera en el callejón sin salida que los límites de la naturaleza comenzaban a imponer a la reproducción del capital. Las soluciones neoclásicas de la economía ambiental a los problemas ecológicos, postularon que a partir de entonces la solución sería los “impuestos verdes”, la financiarización de la contaminación atmosférica y la eficiencia y el avance de las “tecnologías verdes”. Se planteó que dicha revolución tecnológica no sólo re-dinamizaría la economía a la usanza de las revoluciones tecnológicas previas, sino que además contribuiría, supuestamente, a solucionar los principales problemas y retos contemporáneos: crisis climática, ambiental y social (Delgado, 2013, p. 68). Estas visiones dominantes, a pesar de las muchas evidencias empíricas que falsean sus presupuestos teóricos, son los que enarbolan los gobiernos y las empresas hasta hoy en día.

Por otro lado, hubo quienes pensaron las alternativas más allá de la lógica moderna-colonial-capitalista. En este campo se ubican hoy los estudios de la economía ecológica, quienes se han concentrado en analizar cabalmente la complejidad en la que se mueve la economía de los recursos energéticos y la dinámica de apropiación diferencial de bienes y servicios ambientales⁸ (Sacher & Acosta, 2012). Esta perspectiva, aunque rigurosa y de gran profundidad analítica, queda limitada por su perspectiva epistemológica enmarcada dentro

⁷ Ver la Introducción de este capítulo.

⁸ Los bienes ambientales son los objetos que son producto del entorno biofísico, directamente valorados y aprovechados por el ser humano: agua, madera, etcétera; mientras los servicios ambientales: son aquellas funciones de los ecosistemas que generan beneficios y bienestar para las personas y las comunidades (Hernández, 2014: 56).

de la lógica moderna que otorga prioridad a los análisis cuantitativos, tocando sólo de manera tangencial la riqueza social que se encuentra en los procesos que analizan.

Dentro de la misma vertiente de alternativas aunque con otros puntos de partida, se encuentra la ecología política, un campo de reflexión con intereses políticos explícitos en la lucha civilizatoria por la reapropiación social de la naturaleza (Leff, 2004). Desde esta visión, la naturaleza se comprende no como una entidad externa al ser humano sino como un campo de conflicto en el que las distintas posiciones no son sólo sujetos sino subjetividades que incorporan el conflicto desde valoraciones-significados que van más allá de la racionalidad moderna-colonial-capitalista, y que por ello, su análisis exige un posicionamiento teórico y práctico que, desenmascarando la pretendida objetividad de la racionalidad científica y el esencialismo del edificio onto-epistemológico moderno, resalte la politización de lo que genéricamente se llama la ecología (Hernández, 2014). En efecto, el campo de la ecología política es pertinente a esta investigación porque permite analizar las formas en que se manifiestan las prácticas antagonistas entre proyectos civilizatorios diversos que encierran regímenes culturales y formas de conocimiento alternativas a la lógica dominante.

La ecología política rebasa por mucho el enfoque de los conflictos por la distribución de los “recursos naturales” –o conflictos ecológicos distributivos como los llama Martínez Alier (2006). Desde la perspectiva de esta investigación, se considera que la ecología política es un esfuerzo por abordar teóricamente la lucha por los significados y formas sociales de apropiación de la naturaleza puestos en el esfuerzo por transitar a otras formas de producir, distribuir y consumir alimentos. En paralelo, la perspectiva ecopolítica permite reconocer que dicha lucha se encuentra inmersa en relaciones de dominación, colonización y explotación (Alimonda, 2006, 2011) que modifican las formas en las que las sociedades usan y valoran la naturaleza.

Ante la crisis civilizatoria de la que se desprende el proceso de acumulación por desposesión que hoy se encuentra en marcha –lo que incluye la pérdida de biodiversidad, agrobiodiversidad y pluralismo económico en todo el planeta con la consiguiente crisis alimentaria y pérdida de soberanía alimentaria– es urgente profundizar en las alternativas al SAG desde la mirada crítica de la ecología política. Sobre todo, cuando el proceso de acumulación por desposesión en la producción agrícola se proyecta en la transferencia masiva de los costos sociales y ecológicos de la producción convencional a las regiones subordinadas a la lógica del capital y con gran agrobiodiversidad.

Para explorar la cuestión del potencial de las experiencias emergentes a las que hemos venido haciendo referencia, desde una perspectiva crítica, es necesario profundizar –aunque sea someramente– en algunas cuestiones en las que algunas vertientes de la ecología política han puesto el acento y que para el tema resultan de gran relevancia. Como punto de partida es fundamental incorporar la importancia del concepto de “territorio” ligado al concepto de “diferencia” comprendido en el cuerpo teórico de las “políticas de lugar”⁹, en una búsqueda consciente, o más o menos difusa, por construir algún grado de “autonomía”.

En esta investigación, como se mostrará, ambos elementos –territorio y diferencia– son nociones que subyacen en lo que defino como alteridad agroalimentaria, en el sentido en que siempre conllevan al menos un elemento de localidad –con referencia al espacio identificado como propio– y donde la diferencia otorga el sentido frente a lo convencional y donde lo autónomo se construye frente a lo hegemónico.

⁹ El antropólogo Arturo Escobar, pilar del pensamiento ecopolítico pos-colonialista, utiliza el concepto de “políticas del lugar”, aunque la categoría es ilustrativa de lo que define, en esta investigación se utiliza únicamente la categoría de “política de la diferencia”. Según Escobar, la política del lugar surge de la conclusión de que “la meta de muchas luchas actuales es la defensa de concepciones basadas-en-lugar del mundo y prácticas configurar el mundo: más precisamente, una defensa de construcciones particulares de lugar (...) La política del lugar puede verse como una forma emergente de política, un inusitado imaginario político en el cual se afirma una lógica de diferencia y posibilidad que construye sobre la multiplicidad de acciones en el plano de la vida cotidiana. Los lugares son el sitio de culturas, economías y ambientes dinámicos en vez de sólo nodos de un sistema capitalista global” (Escobar, 2010, pp. 78, 79).

En el sentido que aquí interesa, la autonomía debe entenderse como la pretensión de reproducción de la vida social y natural más allá de los efectos de la dominación del capital que, en el contexto de la crisis civilizatoria actual, se encuentra tanto en las lógicas de los poderes estatales y empresariales como en la colonización de la vida privada basada en el consumo. Para comprender la invasión de la lógica colonial-capitalista en la vida social, resulta indispensable reconocer que las relaciones de dominación hace tiempo que se expandieron más allá de las fronteras de los centros de producción –urbanos o rurales– para colocarse en el núcleo de la reproducción humana, partiendo de la forma en la que producimos y consumimos nuestros alimentos como sociedad y como individuos.

Desde esta visión, la revalorización del territorio que surge desde las formas de producción alternativa de alimentos –es decir, la apropiación objetiva y subjetiva de un espacio de vida para *cultivar* vida como lo propone la permacultura o las vertientes más radicales del movimiento de agricultura urbana– se encuentra íntimamente ligada al ejercicio de la diferencia. De forma que, como piensa C. W. Porto Gonçalves, “el espacio es el lugar por excelencia para la diferencia (...) Si el tiempo (futuro) era el lugar de la u-topía, el espacio, por su propia naturaleza, era el topos, lo que es, y no lo que vendrá a ser” (Porto Gonçalves, 2001, p. 45).

Así, el principal objetivo de “La Vía Campesina”, por ejemplo, es “construir un modelo radicalmente diferente de agricultura, uno basado en el concepto de soberanía alimentaria” (Desmarais, Rivera & Gasco, 2013), otro concepto profundamente anti-neoliberal. Desde esta comprensión, el territorio de las formas emergentes de producción, distribución y consumo de alimentos es, en potencia, el “ensamblaje de proyectos y representaciones donde toda una serie de conductas e inversiones pueden pragmáticamente emerger, en un tiempo y espacio social, cultural estético y cognoscitivo”, es decir, como un espacio existencial de auto-referencia donde “las subjetividades disidentes” puedan surgir” (Guattari, 1995, pp. 23, 24, citado por Escobar, 2010, p. 79) para

reproducir la vida humana desde un lugar-tiempo *otro* que toma como fundamento la base ineludible del cultivo de alimentos.

Las experiencias emergentes como formas de territorialidad alternativa a la territorialidad del agro-negocio, son una muestra de que, por lo menos en ciertas circunstancias, pueden surgir, aún en el contexto más adverso, sujetos sociales que bajo un proceso de emancipación simbólica y material, valoran sus espacios de vida más allá del régimen de racionalidad moderno-colonial-capitalista. Desde el ejercicio de prácticas de producción agroalimentaria diferentes, estos sujetos sociales capaces de poner en marcha una apropiación cultural de la naturaleza propia, generan directa o tangencialmente una política de la alteridad.

Como afirma M. Svampa, hoy “la definición de lo que es el territorio, más que nunca, se convierte así en el locus del conflicto” (2009, p. 9), de la lucha por la significación y la construcción de procesos civilizatorios que reencaucen las formas de reproducción de la vida humana en el planeta. Una lucha donde, por un lado, predomina una visión economicista e instrumental del territorio y por el otro, desde la alteridad agroalimentaria, una territorialidad que responde a significaciones simbólicas y materiales que no contemplan la reproducción del capital sino de la vida.

Desde esta perspectiva, es posible afirmar que al igual que otras formas de lucha contra el despojo y la destrucción de lo diverso –de lo alternativo a la lógica dominante de mercantilización de la vida–, las distintas expresiones de reapropiación social de la naturaleza son una forma de emancipación de la dominación que intentan imponer las grandes empresas transnacionales de alimentos y sin duda, la vía ineludible para la construcción de sociedades más justas y autónomas, que antes que una lucha por el poder o la identidad se esfuercen por satisfacer sus necesidades inmediatas de una manera más integrada a los ciclos de la naturaleza en los que invariablemente se encuentra cualquier sistema social.

Al mismo tiempo, la ecología política permite considerar la importancia del territorio, la territorialidad y la diferencia en la construcción de un sistema agroalimentario alternativo, en el sentido en que la reapropiación de la naturaleza es al mismo tiempo la reapropiación del territorio. Así, la territorialidad, siguiendo a Porto Gonçalves, es “el modo de apropiación de determinado espacio para organizarlo con determinados fines, un espacio hecho propio” (2001, p. 92) en el que se vive, día a día, la materialización de un proyecto de vida, es decir, de un modelo de civilización imaginado y construido bajo un proceso de significación que responde a los significados-valores culturales de cada sociedad. Por ello, el territorio es el lugar de la diferencia, “en tanto implica una formación ecológica, cultural y socialmente única de lugar y de región” (Escobar, 2010, p. 40). Estas tesis parten del hecho de que las territorialidades alternativas a la territorialidad del capital –en este caso del SAG– han valorado históricamente sus espacios de vida más allá del régimen de racionalidad productivista, es desde esa alteridad que activan su política de la diferencia como política del lugar.

A pesar de que estas construcciones teóricas pueden resultar problemáticas en un contraste con los hechos sociales empíricos, son útiles en la reflexión y en la indagación por los fenómenos que –como el surgimiento de experiencias alternativas de producción, distribución y consumo de alimentos– se encuentran sobre la línea que divide la integración y el antagonismo. Desde esta óptica teórica y crítica, es posible intentar responder si las estrategias de apropiación cultural de la naturaleza, acompañadas de formas alternativas de consumo de alimentos son generados por valoraciones antagónica al proyecto civilizatorio moderno-colonial-capitalista, lo que las conformaría como francas luchas civilizatorias que a través de un nuevo paradigma agroalimentario logra efectivamente construir otras formas de apropiación de la naturaleza, de la economía y de sus proyectos de vida.

Desde el enfoque de análisis que esta investigación propone, la ecología política debe dar cuenta del proceso más amplio de lucha de los movimientos

sociales, campesino, indígenas, ecológicas o de consumidores en el terreno público, en los medios de comunicación y en el campo jurídico para la defensa y promoción de los sistemas agroalimentarios emergentes como las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) que se definirán en el siguiente capítulo. Esta tarea, aunque no tiene como objetivo transformar la racionalidad de gobiernos o las formas en las que las empresas transnacionales del SAG imponen el consumo de sus productos agroalimentarios, si pretende limitar sus campos de acción y, sobre todo, colocar en el imaginario colectivo las opciones de producción y consumo alimentario más allá de los cánones dominantes.

CAPÍTULO 2.
**Los Movimientos Agroalimentarios Alternativos y la Teoría de
las Convenciones**

Introducción

Las estrategias alternativas de producción basadas en principios agroecológicos, no siempre son formas minoritarias de resistencia frente a las imposiciones del Sistema agroalimentario Global (SAG); a menudo estas prácticas de producción han trascendido al encontrar respuestas en el ámbito del consumo urbano alternativo –denominado a menudo como “consciente”, “verde” o “responsable”, por mencionar los adjetivos de mayor uso. Los cambios en las pautas de consumo hacia formas no-convencional, se están constituyendo como una fuerza que influye tanto en la producción agrícola como en la lógica de distribución de alimentos en todo el mundo. Estas formas de asociación entre productores y consumidores pueden identificarse conceptualmente como Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA).

Empero, durante los últimos años no ha parado de crecer el número de establecimientos de autoservicio en todo el mundo. El segmento de la Gran Distribución sigue siendo el gigante que impone las reglas del juego tanto en la distribución como en la producción y, con ello, en el consumo. En México, según datos de la Asociación Nacional de Tiendas de Autoservicio y Departamentales (ANTAD), a finales de 2015 existían 35 empresas asociadas con un total de 5 mil 428 puntos de venta, ocupando un total de 14 millones 400 mil metros cuadrados de superficie de venta (Saltijeral & Luque, 2016). Este proceso es resultado de la forma en que se ha venido estructurando el SAG a lo largo de las últimas décadas.

Las distintas oleadas de Revolución Verde han encabezado una guerra franca contra los sistemas agrícolas tradicionales, creando una nueva organización para la gestión de la tierra y de las formas en que se producen los alimentos. La agroindustria –uno de los sectores capitalistas que ha logrado ganar más posiciones importantes en el tablero de la globalización contemporánea– se ha fortalecido a la sombra de las estrategias de mercado pero también de las políticas gubernamentales en todo el mundo. Esta forma de gobernanza global (Busch & Bain, 2004), acompañada de nuevas formas de organización para la

gestión del sistema (Hatanaka & Busch, 2008), ha creado oligopolios transnacionales de distribución de alimentos que hoy dominan el sistema agroalimentario global, extrayendo riqueza socio-natural de regiones alejadas de los centros de consumo en los países del capitalismo central, dejando a su paso devastación ecológica, empobrecimiento de los campesinos, pequeños y medianos productores, desnutrición, malnutrición y dependencia alimentaria.

Ante tal panorama, no resulta exagerado referirse al sistema agroalimentario contemporáneo como un componente central de la avalancha extractivista que está asolando al mundo. El extractivismo de las últimas décadas –en todas sus modalidades– ha reeditado la historia de las economías de enclave en América Latina, Asia y África: energéticos, minerales y alimentos se explotan y producen con un carácter exportador y especulativo. Esta situación –sin caer en falsos debates nacionalistas– es grave porque los enclaves extractivos generan una mayor transferencia ecológica a costa del debilitamiento o la definitiva eliminación, de los sistemas locales de producción agrícola –es decir, de las formas de reproducción de la vida a partir de estilos particulares de apropiación de la naturaleza– así como una acentuada dependencia del mercado financiero internacional con potestad para aumentar unilateralmente los precios de los alimentos, como ya lo demostró la crisis alimentaria mundial de la década pasada.

En este contexto, es notable el aumento de poder de las corporaciones en toda la cadena productiva agroindustrial, a costa de eliminar a los campesinos, pequeños y medianos productores, subordinar la soberanía alimentaria a los requerimientos del capitalismo global, y en general de la desarticulación del sistema agroalimentario tradicional (Navarro, 2012, pp. 58-59). Con todo ello, se ha transformado la forma de organización social, económica, política, ambiental y cultural del campo –espacio-tiempo *sine qua non* de la producción agroalimentaria– pero también la lógica de las urbes, cada día más dependientes e inseguras alimentariamente.

En contraste, las estrategias alternativas de producción, distribución y consumo agroalimentario tampoco han parado de crecer. Los experimentos y propuestas de transformación, enfocadas sobre todo en la producción agroecológica y el consumo agroalimentario alternativo, han tenido un repunte desde la década pasada, cuando comenzaron a surgir como propuestas más estructuradas en términos prácticos, además con mayor profundidad crítica. Para pensar en la articulación de tanto de los problemas como de las soluciones en ambos contextos –urbanas y rurales– los estudios agroalimentarios resultan de vital importancia. La ligazón entre ambos espacios y tiempos está determinada por el encuentro en las formas en que se producen, distribuyen y consumen los alimentos enmarcados en un sistema capitalista organizado globalmente.

Las Redes Agroalimentarias Alternativas son una forma que ha propuesto, en los hechos, soluciones para una reconstrucción tanto de la relación sociedad-naturaleza –como se expuso en el capítulo anterior– como de los sistemas agroalimentarios. A pesar de su novedad, el análisis sobre sus orígenes, problemáticas y alcances han pasado por la reflexión teórica y conceptual desde hace varios años. Para acercarse hoy a las experiencias de las RAA, es necesario reconocer el *corpus* que se ha venido formado desde los estudios sociales del fenómeno agroalimentario. En adelante se presentan algunas de estas reflexiones, mismas que servirán para fundamentar sistemáticamente tanto de los casos analizados, como para la comparación y las reflexiones finales de esta investigación.

Movimientos Agroalimentarios Alternativos (MAAs)

Ante el panorama actual del SAG, en los últimos años han surgido formas alternativas de organización para la producción, distribución y el consumo de alimentos. Estas prácticas –aunque heterogéneas y por momentos desdibujadas económica y políticamente– pueden caracterizarse como un movimiento socioambiental contemporáneo en el sentido de que comparten una lectura crítica del SAG, de la imposición de los intereses de las grandes

compañías transnacionales por encima de la producción local, del daño ecológico y de la salud de millones de personas.

Una forma de pensar estas alternativas es la noción de Movimientos Agroalimentarios Alternativos (MAAs). Desde esta perspectiva analítica (Constance et al., 2014; Renard, 2014), los MAAs parten de una crítica –de menor a mayor profundidad– a la exclusión que el SAG está generando para los pequeños productores agrícolas, a la par que apuestan por la concientización de los consumidores respecto a la responsabilidad que cada uno tiene en cuanto a la gestión de la salud y la alimentación.

Siguiendo otros análisis relevantes sobre del fenómeno agroalimentario (Allen et al., 2003; Constance et al., 2014) estos movimientos pueden pensarse divididos en dos grandes grupos. Primero, los preocupados por insertarse de mejor manera al mercado que los excluye –como el movimiento de productos orgánicos– dejando su actuación como movimiento sociopolítico sólo como una herramienta para mejorar cuestiones específicas como la regulación –v.g. comercio justo, denominación de origen o bienestar animal¹⁰. En estas formas organizativas la calidad de consumidores –y no la cuestión ciudadana por ejemplo– es la forma prioritaria de exigibilidad y el punto nodal al que estos movimientos apelan. Los límites de estas propuestas son los límites de ceñirse a la lógica del mercado aún en los aspectos que directamente les perjudica, aunque desde su perspectiva es una estrategia de sobrevivencia. Es decir, para estos movimientos la desobediencia civil, la acción directa y la protesta activa, dejan de ser una opción porque el acento de su lucha se traslada a los aspectos funcionales del sistema de mercado, a saber: certificación, regulación, protección legal, etcétera, como estrategias para sobrevivir antes que como formas de alteridad.

¹⁰ Existe una gran variedad de iniciativas que podemos clasificar en la familia de las redes alimentarias alternativas desde los mercados campesinos, las agriculturas de tipo comunitario, las ventas directas, huertos urbanos, comercio justo, entre otros.

Los movimientos de agricultura orgánica, de comercio justo y de denominación de origen –por mencionar algunos representativos de esta perspectiva que por ahora podríamos considerar como la visión mercantil– son estrategias comerciales que, sin bien, logran mejorar la calidad de vida de algunos pequeños productores, terminan creando nichos para nuevos productores con más capital económico, lo que a la larga sólo aporta a la calidad de vida un segmento reducido de la población. Sin embargo, estos grupos son quizá los más adelantados en cuanto a producción agrícola no-tóxica y por lo tanto en la construcción de un nuevo sistema alimentario con resiliencia y con mejor administración comercial. Lo más preocupante es que estas organizaciones olvidan por completo la cuestión de origen en tanto no cuestionan en sus prácticas la lógica del SAG.

En contra parte, los MAAs alejados de la lógica del mercado, han centrado sus esfuerzos en una lucha política. Los ejemplos más representativos de estos son el “*Movimiento de Trabajadores Agrícolas Sin Tierra*” (MTS), quien a pesar de ser una organización nacional del Brasil, ha impactado en el imaginario político de la mayor parte de las organizaciones políticas en todo el mundo; el Movimiento “*Sin Maíz No Hay País*”, quien además de la defensa de la agricultura campesina y de sus sistemas de producción tradicional, ha representado una base organizativa para los opositores a los Organismos Genéticamente Modificados (OGMs); y el movimiento de movimientos que representa la organización internacional “*La Vía Campesina*”, una estructura de lucha contra la Organización Mundial de Comercio (OMC), representante de las políticas neoliberales que, desde su perspectiva, ha sido la responsable del empobrecimiento en que hoy viven los pequeños campesino a nivel global.

Desde la perspectiva de esta investigación, la crítica de la lógica económica capitalista no puede quedar al margen del análisis del sombrío paisaje del sistema agroalimentario contemporáneo, en el sentido en que es el régimen de apropiación de la naturaleza impuesto globalmente el que ya ha mostrado sus resultados ecológicos y sociales. Aunque de manera preliminar, podemos por

ahora afirmar que a pesar de que los MAAs no siempre hacen explícita esta crítica, en el fondo tienen prácticas y discursos que van configurando procesos emergentes de reapropiación social de la naturaleza y la economía, basados en sentidos diferentes al sentido hegemónico marcadamente instrumental.

Más allá de la diversidad de sus objetivos, todas las corrientes construyen redes de distribución y consumo no-convencional, estas ponen en marcha estrategias de apropiación de la economía local o regional y junto con la producción agrícola de base ecológica conforman lo que conceptualizamos como redes agroalimentarias alternativas (Goodman, 2003), “en cuyos atributos se consideran aspectos como la inclusión y la justicia social, el cuidado del medio ambiente, la preservación de la cultura y la identidad culinarias y el territorio, entre otros” (Hernández & Villaseñor, 2014, p. 571). Estas redes resultan de la politización del consumo que deviene en un cambio de sentidos y de prácticas alimenticias, son una respuesta a los excesos del sistema masivo de distribución y consumo de alimentos, emergen con un enfoque positivo de cooperación que a través de un sistema de convenciones, sean estas implícitas o explícitas, logran reapropiarse de sus capacidades de decisión y participación en la cadena agroalimentaria. En términos conceptuales, el consumo alternativo puede definirse como la práctica de consumo que por sus características rompe con el comportamiento automático de compra y consumo guiados por la mercadotecnia y las tendencias dominantes.

Sin embargo, es importante resaltar, sin minimizar las posibilidades de los consumidores alternativos, que todavía no se conforman redes que representen una solución para los problemas que el SAG está generando. Hasta ahora, las estrategias de consumidores organizados no alcanzan para parar la hiperconcentración de los poderes empresariales. La reorganización de la producción de alimentos es una avalancha que rebasa los ámbitos del llamado “consumo responsable” porque el consumo masivo está ligado a cuestiones como la organización espacio-temporal del trabajo en todas sus escalas, la precariedad económica de la inmensa clase trabajadora y la alienación

mediática de las clases medias consumistas. La incorporación de estas consideraciones, como veremos al final de esta investigación, son fundamentales para el análisis de las RAA en términos comparativos. Por ahora debemos considerar que, también en los hechos, es una realidad el crecimiento de estos procesos de construcción agroalimentaria alternativa¹¹.

Como he argumentado hasta ahora, es indispensable una reorganización integral del SAG, en esa tarea las organizaciones de consumo alternativo tienen una tarea tan importante como las formas ecológicas de producción agrícola. Esta reorganización ya se encuentra en marcha, aunque aún es incipiente, los movimientos de *Slow Food*, de mercados orgánicos o de productores locales, son otra cara, aunque menos visible, de un nuevo régimen de racionalidad –de otras construcciones de sentido– que toman cuerpo en todos los elementos de la reorganización agroalimentaria en curso. Desde la perspectiva de esta investigación, estas respuestas sociales deben pensarse teóricamente como procesos en construcción, es decir como procesos emergentes en dónde la “calidad” de los alimentos es un factor común a diferentes visiones, tanto las posiciones más politizadas como las más enfocadas en la comercialización consideran la relevancia de un mejor alimento. Este “giro hacia la calidad” –o *quality turn* según D. Goodman (2003)– también es parte de los conceptos sobre los que se funda esta investigación.

El giro hacia la Calidad

En la literatura especializada anglosajona, el término *embeddedness* (Murdoch, Marsden & Banks, 2000) hace referencia tanto a la noción de calidad como a la

¹¹ Según Holt-Giménez y Patel (2012), en la actualidad se “observan a nivel global la multiplicación y fortalecimiento de movimientos de pequeños productores, de productores orgánicos y de movimientos contra los organismos genéticamente modificados (OGM), contra hipermercados y a favor del comercio justo, que desarrollaron métodos de producción agroecológicos a nivel local. Vienen luchando por su supervivencia, por la defensa de la soberanía alimentaria y las prácticas agroecológicas, a través de una serie de alianzas entre campesinos, empresas, organizaciones comunitarias, centros locales de salud, trabajadores del sector de alimentos, trabajadores agrícolas, agroecologistas, ambientalistas, defensores de los derechos humanos y movimientos indígenas” (Monachon, 2017, p. 120).

de localidad (Di Masso, 2012). En español, sin embargo, es necesario hacer una diferenciación entre ambos. Los estudios sobre la calidad de los alimentos se enfocan sobre todo en resaltar la construcción social de tal concepción más que en relacionarla directamente con la localización de la producción agroalimentaria. En un sentido mucho más comercial, y por lo tanto más común, de la calidad de los alimentos, esta es entendida más exactamente como un valor inherente dadas sus características de producción, cercanía o riqueza en términos de su composición en vitaminas, minerales, proteínas, etcetera. En realidad, esta visión simplifica el problema de la calidad, a fin de crear o fortalecer “nichos de mercado” que reporten mejores resultados en el mercado agroalimentario minorista.

En sentido contrario, la calidad en los estudios agroalimentarios es definida como una construcción social que depende del entorno social, económico y político en el que tienen lugar tales relaciones. La construcción de esta noción de calidad y su impacto en la producción y el consumo de alimentos, sobre todo distribuidos de manera alternativa aunque no exclusivamente, es lo que se denomina “el giro hacia la calidad”. En efecto, la calidad alimentaria es analizada como una construcción social con dos perspectivas: como una forma de regulación de las relaciones de producción y competencia en un orden agroalimentario históricamente determinado, o como conjunto de convenciones establecidas entre los diversos actores que participan en una cadena agroalimentaria, con el fin de facilitarles la coordinación” (Hernández Moreno & Villaseñor, 2014, p. 563).

Al respecto, uno de los autores con mayor reconocimiento y trayectoria en los estudios agroalimentarios, D. Goodman (2003), concluye que la calidad de los alimentos no es, como ya se mencionó, una característica inherente a éstos, sino una construcción social, lo que desde una perspectiva sociológica implicaría de paso alguna forma de acción colectiva. Esta acción considera que el consumidor agroalimentario contemporáneo, parte a menudo de una base de información más amplia, es un agente informado y atento (Busch, 2000); lo que

además de colocarle en una posición de preocupación por lo que come, le impone una especie de responsabilidad que comúnmente asume tanto en sus prácticas como en sus comunicaciones familiares y personales¹².

La agencia de dicha acción colectiva respecto a la calidad de los alimentos, rebasa entonces el ámbito de las propiedades intrínsecas de éstos. La referencia a la calidad y las preocupaciones del consumidor informado, incluye al resto de la cadena agroalimentaria. Estamos ante un panorama en el que los criterios de calidad socialmente construidos son altamente complejos, en la que se incluyen tanto las propiedades físico-químicas del producto (cualidades intrínsecas), como las condiciones bajo las cuales se produce, distribuye y vende (cualidades extrínsecas) (Kirman, 2006; Renard, 1999). Si pensamos en los consumidores críticos, como proponen Hernández y Villaseñor (2014), debemos considerar que para ellos también cuentan los impactos del actual régimen alimentario en el ambiente, en la salud de los trabajadores del campo, en el bienestar animal y en la pobreza rural.

Así, las diferentes corrientes de estudios agroalimentarios han mostrado a lo largo de sus análisis en múltiples estudios de caso que no existe una única definición de calidad sino que la calidad es evaluada de diferentes maneras dependiendo de los arreglos –o la combinación de ellos– que sean usados para justificar y evaluar la acción, lo que sugiere que la evaluación cognitiva de la calidad está arraigada en la interacción social y construida por medio de marcos comunes de referencia y no sólo sobre estructuras de poder determinadas previamente. La tesis central para efectos de esta investigación es que dicha concepción de la calidad impacta en la organización social de la producción y el consumo, a través de un proceso de arreglos o coordinaciones construida entre los diferentes agentes de los MAAs.

¹² En este sentido, M. Fonte (2002, p. 14) señala que la complejidad del SAG consiste en la inscripción de una enorme cantidad de actores y elementos que lo constituyen, así como en la diversidad de sujetos sociales involucrados, entre los que se encuentra desde el Estado y los mercados, hasta la familia.

Dentro del marco de la Teoría de las Convenciones, en el que se circunscribe esta investigación, “la calidad puede ser interpretada como el proceso de coordinación entre productores y consumidores” (Thévenot, 1986 y 2005, citado por Ríos, 2012) dentro del mercado agroalimentario. En síntesis, podemos afirmar que el sentido de la calidad en los estudios agroalimentarios está principalmente en su proceso de construcción social. Empero, habría que agregar que como elemento constitutivo del consumo agroalimentario alternativo, pasa por el problema de la certificación, trasladando así la problemática sobre la calidad hacia el análisis de los mecanismos de certificación sobre la calidad. A pesar de este deslizamiento en los estudios agroalimentarios, debemos entender la referencia a la calidad en esta investigación, como una forma de construcción de confianza entre los consumidores que forman los MAAs, sobre todo entre los que se enfocan en la construcción de lo que he definido como las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA).

El consumo agroalimentario alternativo

Dada a enorme heterogeneidad de estos procesos, hasta ahora no ha sido fácil caracterizar las distintas manifestaciones de espacios de comercialización agroalimentaria directa entre productores y consumidores en un solo concepto. A menudo, los diferentes conceptos se utilizan de forma más o menos indistinta: mercados o tianguis alternativos, tianguis orgánicos, mercados de productores o mercados campesinos son algunos de los más recurrentes en la literatura académica y los reportes periodísticos especializados.

Estas manifestaciones sociales, más allá de las diferentes denominaciones, se caracterizan por impulsar una proximidad geográfica y organizacional entre productores y consumidores, donde se establecen redes de consumo basadas principalmente en la relación directa y personal (Saltijeral & Luque, 2016). La idea central es la de establecer redes producción-consumo, donde el consumidor conoce de primera mano los problemas cotidianos de la producción

agroalimentaria y, por su parte, el productor, conoce los intereses y preferencias de un consumo preocupado por aspectos específicos de los alimentos.

Las redes agroalimentarias emergentes son espacios de comercialización o intercambio en construcción, en los que tanto productores como consumidores retoman lo que podemos denominar como el poder de decisión agroalimentaria, compartiendo además un territorio común. Al compartir una lectura crítica del sistema agroalimentario dominante, los agentes de estas redes, comparten además acciones específicas que podrían entenderse como formas de reapropiación social de la naturaleza (Leff, 2004) –incluyendo en ella a los distintos espacios o territorios– pero también de la economía.

Estas redes son espacios de encuentro entre pequeños productores locales y consumidores “solidarios”, “responsables” o “conscientes”, es decir, alejados del consumo convencional total o parcialmente, que intentan basar su consumo en valores diferentes a los del “consumidor promedio”. Aunque existen diferentes formas de referirse a las formas alternativas de consumo, en general comprenden las siguientes acepciones: a) consumo ético: cuando los valores son la base sobre la cual el sujeto toma decisiones sobre su papel como consumidor; b) consumo solidario: cuando el sujeto prioriza y conoce las relaciones sociales y laborales de los implicados en el producción de lo que consume; c) consumo ecológico: cuando los valores principales, más que los aspectos sociales son los del cuidado ecológico, y; d) consumo alternativo: cuando se cumple con alguno de los criterios anteriores, considerando además la proximidad geográfica, la responsabilidad de quienes lo producen y lo justo o no de la relación que establecen los diferentes actores de una cadena. En los hechos, empero, en las RAA están presentes todas las formas consumo no-convencional.

Las RAA son formas de organización que relacionan de manera directa a los dos eslabones extremos de la cadena agroalimentaria, alejados ideológica y materialmente en el SAG. Las RAA están integradas por sujetos sociales que actúan a partir de sentidos que han asimilado valores-significados que –como

enuncia la ecología política en su visión más epistemológica– van más allá de la racionalidad económica, rebasando la lógica puramente instrumental tanto de la producción agrícola como del intercambio comercial de los alimentos.

En síntesis, las RAA tienen como elementos claves: una territorialidad compartida entre producción y consumo (localidad), la presencia de intermediarios solidarios sólo en caso de que sean necesario, el valor de la mutua confianza, el compromiso por la calidad y el intercambio de información de manera continua y transparente, así como la corresponsabilidad en cada una de las etapas de proceso (López, 2012). Así, ligado a las reflexiones de la ecología política sobre una nueva racionalidad productiva (Leff, 1998; O'Connor, 2001), es posible decir que tal cambio de matriz en la producción agrícola, se relaciona dialécticamente con las transformaciones en el consumo agroalimentario.

Este cambio en la racionalidad del consumo ya se encuentra en marcha. Según expone Eduardo Correa, Coordinador de la Red de Jóvenes de *Slow Food México*, un estudio de mercado realizado a escala nacional, muestra que los consumidores mexicanos prefieren productos frescos de negocios o marcas locales en hasta un 75 por ciento (Correa Palacios, 2016). Ello es relevante en el sentido en que los cambios en las pautas de consumo hacia formas no-convencional, se están constituyendo como una fuerza que influye tanto en la producción agrícola como en la lógica de distribución de alimentos en todo el mundo.

Empero, siguiendo a Deverre y Lamine, es viable considerar que las diferentes caracterizaciones de las RAA dependen de la región o el país en el que se presenten: “en América del Norte, se centran en la cuestión de la seguridad alimentaria con el derecho al alimento. Los investigadores Norteamericanos suelen vincular el análisis de las RAA al fortalecimiento de la democracia local frente a la globalización” (Deverre & Lamine, 2010, p. 59). Mientras, en Gran Bretaña, los investigadores se enfocan más en la cuestión de las producciones locales y su calidad, favoreciendo el acercamiento productor-consumidor (vease

Kirman 2006). En el caso de Nueva Zelanda y Australia, los análisis se concentran en la cuestión de la convencionalización de la agricultura orgánica, mientras en Francia e Italia, la agricultura y el consumo alternativos de las RAA está vinculada a la gastronomía y al turismo, con el agregado de que en Francia, según Monachon, es dónde las RAA se vinculan explícitamente con una voluntad de proteger un modelo de agricultura campesina (Monachon, 2017, pp. 113, 114).

No obstante, en América Latina, las RAA tienen una diversidad aún mayor. Sólo en México existen diferentes experiencias que podría ubicarse dentro de una visión más centrada en el derecho a la alimentación sana y el apoyo a la producción agroecológica, mientras otras deliberadamente están enfocadas en posicionarse mejor en un nicho de mercado más conveniente. Empero, tanto en uno como en otro extremo del abanico, lo relevante es que la interacción o integración a las RAA, tanto a nivel de producción como de consumo y en prácticamente todos los contextos, está ligado al sentido que cada sujeto otorga a sus prácticas, sin embargo éste depende en gran medida tanto de las experiencias como del grado de información con el que cuenta dicho sujeto. Como menciona M-C. Renard “la demanda de los consumidores no está dada de antemano, está moldeada por la influencia de diversos actores desde los gobiernos, el agro-negocio, hasta ONGs, asociaciones de consumidores y de activistas. Sin negar la importancia, en última instancia, de la demanda de los consumidores, esta no puede explicar por sí sola el crecimiento sostenido de las ventas de los productos “alternativos”” (Renard, 2014).

Además del factor de los actores, es necesario igualmente considerar los aspectos del campo específico al que pertenece cada agente, ya que como puede verse en, por ejemplo, la decisión de compra en un mercado orgánico depende, según N. Juárez, más bien del nivel de educación y cultura alimenticia y ambiental que de la clase social o el nivel socioeconómico (Juarez, 2010, pp. 183, 184, citado por Monachon, 2017, p. 20). Para reflexionar más a fondo sobre esta conclusión, además del análisis de casos particulares, es necesaria

la abstracción teórica. Para esta tarea la teoría de P. Bourdieu se antoja relevante. En el siguiente apartado se presentan algunos ejes sociológicos que más tarde servirán de complemento para el análisis comparativo.

Habitus y consumo alternativo

En el contexto del SAG, los hábitos culturales de alimentación, están ligados en menor o mayor medida al consumo de alimentos insertos en redes de producción, distribución y consumo deslocalizados, en subsistemas agroalimentarios dominados por los intereses de los grandes capitales agroindustriales y en la lógica de una distribución globalizada. Asumiendo este hecho contemporáneo, no es posible pensar en las prácticas alimentarias regulares o en los cambios alimenticios en curso, sin considerar la lógica imperante del sistema agroalimentario dominante; de la misma forma que sería incompleta una crítica al funcionamiento de las redes convencionales de producción, distribución y consumo de alimentos que no considerase los posibles alcances de las vías emergentes y las prácticas alternativas que, por distintos medios, están desplegando una diversidad de sujetos sociales en diferentes partes del mundo.

Una forma de pensar tanto la lógica del SAG, como manifestación del sistema capitalista global, sin olvidar las prácticas concretas de los agentes sociales en la vida cotidiana, es ubicar el nivel de análisis en la teoría de los capitales de P. Bourdieu. Dado que la alimentación no es sólo una forma de sobrevivencia humana, sino un complejo sistema construido simbólicamente en el núcleo de la vida social, es posible analizar las formas en que se despliega dicha construcción simbólico-cultural desde un punto de vista sociológico. En síntesis, la alimentación es una construcción social (Entrena, 1997), que más allá de cumplir una función biológica, ha llegado a conformar todo un sistema de disposiciones, es decir, hábitos, costumbres y *ethos* diferentes entre regiones del geográficas pero también entre clases sociales.

Siguiendo esta perspectiva teórica, es posible afirmar que la sociología es la ciencia del proceso de interiorización de la objetividad que conduce a la constitución de esos sistemas de disposiciones inconscientes y durables que son las costumbres y el *ethos*. En sentido bourdiano, las costumbres son la interiorización de la exterioridad, son el principio de una *praxis estructurada* pero no estructural que encierra la razón de toda objetivación de la subjetividad. Mientras que el *ethos* –en un sentido más weberiano (Weber, 2014)– es la interiorización de regularidades objetivas y corrientes, donde tales relaciones objetiva sólo existen y se realizan realmente en y por ese producto de la interiorización de las condiciones objetivas que es el *sistema de disposiciones*.

La distinción y los estilos de vida, ambos fenómenos sociales ligados al consumo agroalimentario contemporáneo, emergen de los orígenes de clase y del habitus que ellos engendran. El habitus de clase es el sistema de disposiciones orgánicas o mentales y de esquemas inconscientes de pensamiento, de percepción y de acción, es lo que hace que los agentes –es decir, clases, grupos o instituciones– puedan generar todos los pensamientos, las percepciones y las acciones conformes a las regularidades objetivas (Bourdieu, 1999).

En las clases sociales es donde se forman los hábitos que sustentan tanto las prácticas alimentarias, en el sentido en que se percibe la relación con los alimentos, como en las costumbres alimenticias, es decir, en lo que se come y en cómo se come. Dado que ambas relaciones con los alimentos son relaciones de sentido, entonces éstas forma constituyen una dimensión simbólica y no sólo objetiva del orden social. De la alimentación puede decirse lo que Bourdieu dice de la fotografía (Bourdieu, 1979): la elección de la comida expresa, además de las intenciones explícitas de quién la elige, el sistema de los esquemas de percepción, de pensamiento y de apreciación común a todo un grupo.

Existe en el campo agroalimentario un tipo de excedente de significación que denota la participación simbólica del agente en una época y en una clase. La elección de consumo, de dónde se compran los alimentos y por qué, es

indisociable del sistema de valores implícitos propios de una clase, de una profesión y de un grupo de pertenencia con un tipo de capital específico. Siguiendo la teoría de Bourdieu, se parte del hecho de que “las costumbres de clase no son sino esa *experiencia* –en su sentido más común– que permite percibir inmediatamente tal esperanza o ambición como razonable o inaccesible, tal conducta como conveniente o inconveniente” (Bourdieu, 1979, p. 19).

Así, desde cada sistema de valores y disposiciones específico –es decir desde el *habitus*– se establece la relación particular que se guarda con los alimentos pero también la decisión de participar o no en redes consideradas como alternativas al consumo agroalimentario convencional. El *habitus de clase* puede extenderse hasta el ámbito de la producción, porque además los capitales económico y cultural específico del productor, determinan las formas de producir y las formas de insertarse o no, en el mercado agroalimentario convencional o alternativo¹³. La sociología que de éstas consideraciones se desprende, le corresponde entonces, “construir el sistema de relaciones que engloba y el sentido objetivo de las conductas organizadas, según las regularidades mensurables y las relaciones singulares que mantienen los sujetos con las condiciones objetivas de su existencia y con el sentido objetivo de sus conductas, sentido que los posee, en la medida en que están desposeídos de él” (Bourdieu, 1979, p. 18).

A pesar de la riqueza de la propuesta teórica de P. Bourdieu, dicha perspectiva no se preocupa por las prácticas específicas sobre las cuales se despliega el consumo, al reconocer el fondo de una elección de compra o estilo de vida, se obvia el momento del intercambio mismo como proceso social. Ello no tiene, quizá, una importancia particular en el caso de un mercado bien establecido como el del arte, por mencionar un tema recurrente en los trabajos de Bourdieu, no obstante, en el caso de las RAA, es fundamental analizar las prácticas

¹³ En este trabajo no se pretende demostrar esta hipótesis de trabajo, la cual tendría que definirse correctamente a partir de contextos específicos.

específicas, es decir, las convenciones que sustentan el intercambio, sin olvidar que éstas se erigen sobre un sistema de disposiciones y valores propios de una clase, época o grupo social determinado.

Sin embargo, considerando aun lo que podríamos llamar la sobre-determinación social en la teoría del habitus de P. Bourdieu, es necesario reconocer, como el propio Boltanski sugirió, que las capacidades críticas de los actores sociales, no son ni pueden ser iguales en el sentido en que la distribución de los recursos críticos no depende de la moral del actor, sino de su ubicación en el campo social y de sus capitales. Esta inequidad, en lo que Boltanski llamó los recursos críticos, determina el grado de información a partir de la cual los sujetos se conforman o no como consumidores informados y atentos –como consideran los especialistas en el “giro a la calidad” (Goodman, 2003; Busch, 2000). Es importante mantener en paralelo éste aparato crítico del estructuralismo genético bourdiano con el enfoque de las convenciones de la sociología pragmática de L. Boltanski. Empero, antes de adentrarnos en la exposición sobre la Teoría de las Convenciones, se presenta la conceptualización del objeto de estudio de esta investigación: las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA).

Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA)

Las estrategias alternativas de producción, distribución y consumo agroalimentario tampoco han parado de crecer. Los experimentos y las propuestas de transformación, enfocadas sobre todo en la producción agroecológica y el consumo agroalimentario alternativo, han tenido un repunte desde la década pasada, cuando comenzaron a surgir como organizaciones más estructuradas en términos prácticos, pero también con mayor profundidad crítica.

Conceptualmente, las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) han sido definidas en la literatura especializada (Di Masso, 2012; Barbera et al., 2014; Renard, 2014; Constance et al., 2014; Monachon, 2016). A menudo se han

considerado todas las formas de RAA como experiencias similares, destacando las cuestiones particulares de cada caso y resaltando, al mismo tiempo, la enorme diversidad operacional (Renard (coord.) 2016; Murdoch et al., 2000). De manera sintética, las RAA ha sido bien definidas por Sánchez J. L. (2009, p. 188) como los mecanismos, sistemas, circuitos o canales de producción, distribución y consumo de alimentos que se fundamentan en la re-conexión o comunicación cercana entre productor, productor y consumidor, que articulan nuevas formas de relación y gobierno de la red de actores y que estimulan una distribución del valor más favorable a los productores originarios” (citado por Monachon, 2017, p. 113).

En un ejercicio de simplificación analítica de lo que en realidad es una diversidad empírica de mayor complejidad, Goodman (2003) distingue entre una literatura norteamericana que pone mayor énfasis en las RAA como nuevas estructuras organizativas portadoras de un potencial de transformación política y una literatura europea que más bien las concibe como ejemplos de un modelo institucional de desarrollo rural alternativo. Entre estas dos visiones, mi propuesta es que las RAA en la mayoría de los casos latinoamericanos funcionan en un punto intermedio entre estas dos visiones –sobre todo porque su desarrollo en la región es todavía emergente– donde lo más relevante es el aprendizaje de los miembros de dichas redes para incidir ya sea en el campo socio-político o bien en el desarrollo rural alternativo, de manera que son más bien procesos de formación antes que instituciones, por lo menos en un sentido sociológico. A continuación se presentan algunas definiciones que servirán como fundamentación conceptual al desarrollo de la investigación.

Mercados alternativos y circuitos cortos

Los mercados o tianguis de productores locales, o mercados de venta directa, comenzaron a surgir hace más de quince años en México. Según Rocío García, los primeros mercados aparecen en 2001. Según refiere, en 2003 existían cuatro tianguis orgánicos considerando Chapingo, Xalapa, Guadalajara y Oaxaca, mientras en 2012 ya se tenía registro de más de treinta en todo el país

(García, 2013). Según la Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos (REDAC), la cifra de mercados orgánicos llegó a veinticinco ese mismo año. Sin embargo, como afirma Laura Gómez, investigadora del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias para el Desarrollo Rural Integral (CIIDRI) de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), en 2015 ya había una lista de más de noventa mercados orgánicos pero también alternativos, agroecológicos, solidarios y otras denominaciones de perfil similar.

Históricamente, la reorganización contemporánea de los mercados y tianguis alternativos, sin mencionar la larga tradición de los “tianguis prehispánicos” sobre todo en la región mesoamericana, podrían ubicarse en las “redes alimentarias alternativas de proximidad similares a las *Communities Supported Agriculture* (CSA por sus siglas en inglés) que se desarrollaron en Estados Unidos en los años noventa y a los *Teikei* creados en Japón en los años setenta (Olivier & Coquart, 2010, p. 20, citado por Monachon, 2017, p. 18). En este sentido, más que espacio de comercialización,

“Los mercados son puntos de encuentro entre productores (que buscan un cambio en sus cultivos, en los productos con una visión amigable con los recursos naturales y el medio ambiente), y consumidores que aspiran a un estilo diferente de consumir más sano y consiente, quienes conocen de viva voz las peripecias que enfrenta el productor como los problemas climáticos y plagas y por tanto están dispuestos a pagar un poquito más por los productos. Son espacios de economía solidaria, de intercambio de saberes, de consumos que son más reflexivos, más politizados, donde se busca no solo comida sana y limpia, sino también el *slow food*, que ve el alimento no sólo como una necesidad humana, sino algo disfrutable, lento. Éstas iniciativas, que van en crecimiento, tienen la característica de ser circuitos cortos de comercialización” (Gómez, 2016).

Las RAA tienen como elementos claves: una territorialidad compartida entre producción y consumo, la presencia de intermediarios solidarios sólo en caso de que sean necesario, el valor de la mutua confianza, el compromiso por la calidad y el intercambio de información de manera continua y transparente, así como la corresponsabilidad en cada una de las etapas de proceso (López, 2012). En palabras de los propios organizadores de mercados o tianguis

orgánicos, un tipo relevante de red agroalimentaria no-convencional –quizá la más estructurada– es que este tipo de redes son importantes tanto para las comunidades urbanas como rurales ya que: a) conectan a la población del campo y la ciudad; b) Ofrecen alimentos sanos a precios justos; c) promueven la filosofía de la agricultura ecológica y la conciencia ambiental, y; d) ofrecen espacios para la convivencia y el aprendizaje (Red de mercados y tianguis alternativos, 2017)¹⁴.

Los mercados o tianguis locales, orgánicos o alternativos, son el resultado de un largo proceso de acorralamiento de los pequeños productores por las transformaciones del SAG en las últimas décadas, son la manifestación de la necesidad de los pequeños productores por hacerse de nuevos canales de comercialización, sobre todo al verse excluidos del modelo de Gran Distribución que en los últimos años dicta las reglas de toda la cadena agroalimentaria. Así, las cadenas cortas agroalimentarias, los tianguis especializados en productos orgánicos o los mercados alternativos o solidarios, deben ser pensados como estrategias emergentes para reasignar la debida importancia a la relevancia de la agricultura familiar en el contexto actual, pero también para dar espacio a los nuevos intereses de un consumo crítico y más informado (Goodman, 2003).

Las redes agroalimentarias emergentes son estrategias en las que productores y consumidores se articulan con fines conjuntos pero también de grupo. El productor no siempre está interesado en los cambios de dieta que el consumidor persigue porque quizá los hábitos de la familia productora no han cambiado tan drásticamente como los de una familia urbana no productora, aun así es posible seguir una estrategia con diferentes objetivos: económicos, ecológicos, sociales o culturales. De igual forma, a menudo las RAA son además estrategias que buscan otorgar valor a patrimonios culturales

¹⁴ Hoy en día según los coordinadores de la Red existen casi 100 mercados campesinos que podrían potencialmente integrar la Red Mexicana de los Mercados y Tianguis Orgánicos (Monachon, 2017, p. 19).

específicos, sean estos de naturaleza intangible como el arte culinario, o tangibles como el patrimonio biocultural de una región.

A menudo, las redes agroalimentarias alternativas son conformadas por los productores menos beneficiados o excluidos del SAG; por ello, los productores son pequeños campesinos rurales o urbanos que practican la agricultura de manera tradicional o bien, a partir de los principios agroecológicos que incorporan conocimientos de las ciencias modernas pero con una lógica que rebasa los cause de la racionalidad instrumental. Es en este sentido que cobra relevancia la agroecología y los regímenes culturales de apropiación de la naturaleza expuestos en el primer capítulo de este trabajo. Sin embargo, estas formas de producción agroalimentaria alternativa no pueden entenderse sin la otra cara de la moneda, la apropiación de la economía y del espacio social para el intercambio y la comercialización al margen de los canales establecidos por el SAG.

La revalorización de la agricultura tradicional de pequeña escala está acompañada y cobijada por las nuevas tendencias enfocadas más en la salud y la importancia del cuidado ecológico y menos en el seguimiento irreflexivo de los estándares impuestos desde el modelo de agronegocio. Por ello, es necesario analizar con mayor detalle, a partir de qué elementos de sentido y desde que formas de subjetivación nacen estas nuevas tendencias, cómo se interrelacionan estos contextos y, por ende, qué arraigo real tienen entre los consumidores.

En cuanto organización social se refiere, estas redes son una forma organizativa en la que a menudo los agentes se incorporan de manera horizontal, lo que no exime que en muchas ocasiones los diferentes actores tengan responsabilidades bien definidas, con figuras de autoridad interna evidentes. En los mercados alternativos la horizontalidad es una de las constantes, mientras que en los tianguis o mercados orgánicos, la certificación

establece cierta verticalidad con quienes deciden sobre la incorporación o desincorporación de los productores¹⁵.

Por su parte, ciertas RAA con características de cadenas cortas priorizan la proximidad geográfica, la localidad por encima de la organización horizontal o los procesos de certificación, por ejemplo los Mercados de Productores (*Farmers' Markets*), sin embargo otros logran tanto la horizontalidad –en el sentido de democratización sobre las decisiones agroalimentarias– al tiempo que priorizan la proximidad geográfica, por ejemplo los Grupos de Compras Solidarias (*Solidarity Purchasing Groups*, GAS) analizadas por M. Fonte (2013) o los grupos de Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC) estudiados por D. Monachon (2017) entre las que se encuentra el Colectivo Zacahuitzco que se analizará en el cuarto capítulo de esta investigación.

Para efectos de esta investigación, comprendemos por mercados o tianguis alternativos a todas aquellas organizaciones establecidas formal o informalmente para la venta o el intercambio de productos agroalimentarios entre productores agroecológicos y consumidores críticos en menor o mayor medida del SAG, y que operan en circuitos cortos de comercialización –entendidos éstos como las formas de intercambio en las que no existen intermediarios establecidos como empresas con fines de lucro, aunque en ciertos casos puede existir un intermediario solidario¹⁶– con un enfoque de economía solidaria.

Aunque el enfoque de economía solidaria en realidad es ambiguo, es posible identificar dos corrientes principales (Collin, 2014, p. 113): una que promueve un sistema económico para los pobres pero inserto como una subsidiaria de la

¹⁵ No obstante, en estas organizaciones resultan de enorme importancia los procesos participativos, lo que puede redundar en un mayor compromiso con la organización.

¹⁶ “Según Maréchal (2008) los especialistas llegaron a un consenso en que los circuitos cortos son formas de comercialización donde no interviene más de un intermediario que puede ser una figura colectiva (ej.: cooperativa agrícola o un supermercado que se abastece directamente con el productor). Según esta definición la “venta directa” solo es una forma de circuito-corto entre otras numerosas iniciativas” (Monachon, 2017, pp. 109-110).

economía de mercado, frente a otra que promueve la ideología más crítica de construcción económica al margen del sistema capitalista. La primera visión trata de construir opciones económicas a partir de los subsidios provenientes de las agencias de desarrollo internacional, regional o local; mientras la segunda trata de crear una economía alternativa no dependiente de los subsidios externos. El concepto de mercados o tianguis alternativos, supone, al mencionar el enfoque de la economía solidaria, la segunda opción, es decir, la de una economía más autónoma y auto-sustentada. Sin embargo, dada la complejidad de los procesos agroalimentarios contemporáneos y las dificultades sobre las que nacen y se desarrollan las RAA, también se debe considerar a los procesos en los que los subsidios son o fueron una vía de construcción o bien, de evolución hacia redes más amplias.

Precisamente desde un enfoque más amplio, los mercados o tianguis alternativos, comprendidos básicamente como circuitos alternativos, pueden pensarse en su evolución hacia proyectos que rebasen el ámbito puramente local. En este sentido, A. Bonanno considera que los circuitos alternativos se desarrollan en dos etapas: primero, el desarrollo de mercados locales sustentables¹⁷, y; segundo, el desarrollo de circuitos alternativos globales (Bonanno, 2003, p. 215). No obstante, esta investigación se concentra en la primera etapa de desarrollo, ya que desde mi perspectiva, es la etapa en la que se concentran las mayores posibilidades para una profunda reestructuración del SAG. Sin embargo, se debe reconocer que existen posibilidades de un desarrollo de circuitos alternativos globales con mayor contenido ético, ya que como señala Kirman (2006) siguiendo a R. Lee "es posible identificar espacios de producción dentro del mercado pero fuera de las normas de evaluación capitalista" (Lee, 2000, p. 138). En síntesis, lo principal en este tipo de alteridad

¹⁷ A. Bonanno identifica a los mercados de productores o campesinos (*Farmers' Markets*) como los mejores ejemplos de este primer desarrollo, sin embargo resalta también sus límites: 1) la demanda relativamente limitada, los precios más altos de los productos, lo que excluye a los consumidores de menores ingresos y, por ello, la dificultad para ampliar el mercado; 2) la dificultad de sustentar un número mayor de productores, y; 3) la variedad muy limitada de productos que dependen de lo que se pueda cultivar a nivel local durante cada estación (Bonanno, 2003, p. 215). Retomaré estas importantes observaciones en capítulos precedentes.

es como señala Sage (2003, p. 49), "recuperar el sentido de la moralidad en el sector de la alimentación y la agricultura".

El marco de la Teoría de las Convenciones

Orígenes del enfoque de Convenciones

El origen de la Teoría de las Convenciones se ubica en lo que podríamos llamar un retorno a la filosofía política, en el sentido en que apunta hacia un pensamiento sobre la moral social. El proyecto de L. Boltanski y L. Thévenot consistió en romper con la ontología sociológica que consideraba al sujeto individual como un ente dependiente en todo momento de la interiorización de la sociedad o el colectivo, lo que en la sociología del P. Bourdieu de la que provenía Boltanski, se expresa en una cuasi-insuperable determinación de las condiciones y la trayectoria del sujeto. Si bien esta determinación ontológica está presente en la sociología desde Durkheim, Bourdieu actualiza ésta sobre-determinación social hasta estructurarla en su teoría sobre el habitus.

La renuncia de Boltanski con estos presupuestos ontológicos, le llevó a construir un edificio teórico basado en la idea de que en la práctica los actores individuales establecen constantemente acuerdos convencionales. Concluyendo con ello que la sociedad era el resultado de los acuerdos consistentemente determinados por los individuos para entenderse entre ellos (Eymard-Duvernay, 1992, p. 36). De allí emerge la teoría sociológica en que se funda la Teoría de las Convenciones, a saber: el modelo de Economías de la Grandeza (EG). Dicho modelo sociológico propuesto por Boltanski y Thévenot, fue "construido a partir de una serie de ideas y vueltas entre el trabajo de campo y la modelización, tiene la vocación de servir a investigaciones empíricas acerca de la manera en que las personas ponen en juego su sentido de la justicia para entregarse a la crítica, justificar sus acciones o converger hacia el acuerdo" (Boltanski, 2000, p. 63).

La idea central de las EG es demostrar, en estudios empíricos e históricos, cual es el rol social de las personas y de qué manera éste cambia dependiendo de la situación: “un padre de familia puede ser “pequeño” en su empresa, y grande en su familia” (Eymard-Duvernay, 1992, p. 42). Este cambio constante de un rol a otro es lo que llaman las gramáticas políticas, desde la cual va a surgir el concepto de ciudad, las ciudades mercantil, cívica, doméstica, de la reputación y la inspiradora, las cuales, como se verá más adelante constituyeron las seis convenciones clásicas de la teoría que llevará ese nombre.

En este orden, según Boltanski y Thévenot (1991), a cada una de las convenciones le corresponde una prueba, es decir, un acto, una acción. Para esta teoría, las reglas no se deciden con anterioridad a la acción, surgen en el proceso de las acciones encaminadas a resolver problemas llamados “de coordinación”, siendo las convenciones los mecanismos de clarificación, que son a la vez guías de acción y sistemas colectivos para legitimar aquellas acciones que pueden someterse a pruebas y discusión, lo que lleva a compromisos, pero también posiblemente al fracaso (Ponte, 2016, p. 13).

Así, el interés principal de la Teoría de las Convenciones, su objeto de análisis podríamos decir, son “las situaciones en las que las personas tienen interés en justificar su acción” (Eymard-Duvernay, 1992, p. 37). Sin embargo, tampoco consideran que dichas situaciones sean la regla universal, la teoría es consciente de que existen otras tantas situaciones sociales en las que el poder, la violencia o la fuerza, intervienen de manera decisiva. Con este reconocimiento, la Teoría de las Convenciones sale del ámbito de la representación “purista” del acuerdo. Al respecto S. Ponte resalta:

“diferentes convenciones implican barreras cognitivas específicas y asimetrías en las relaciones de poder entre los participantes. Por lo tanto, para intentar cambiar el *status quo* o, al menos, extraer más valor de una transacción o de una forma organizativa, los actores desfavorecidos en diferentes situaciones necesitan aplicar diferentes puntos de influencia (...) En cada una de las distintas convenciones están implicadas asimetrías de información que benefician a ciertos grupos de participantes de diferentes maneras, configurando

diferentes configuraciones de ganadores y perdedores” (Ponte, 2016, pp. 14, 15).

No obstante, estas salvedades no implican una reforma completa de la teoría, en general, el modelo funciona sobre un presupuesto básico, es decir, sobre el hecho de que un individuo no actúa sobre otro por medio de la fuerza o la violencia” (Eymard-Duvernay, 1992, p. 62). Este hecho se funda en el principio ontológico de incertidumbre –la transformación activa de todo proceso– entendiendo que la subordinación no se da de una vez y para siempre y que por lo tanto los individuos se encuentran en posición de negociar su posición y justificarse una y otra vez. Por ello, los momentos de prueba, como llamaron Boltanski y Thevenot a la comprobación de su modelo en los estudios empíricos, son las formas en que antes de que aparezca la violencia, se reestablece un acuerdo entre las partes.

Sin embargo, el límite del modelo está en que en las sociedades actuales, la gran complejidad de los sistemas de dominación hacen que los individuos se transformen en cosas, como diría Eymard-Duvernay (1992), con lo cual, la subordinación queda asignada prácticamente en definitiva. Por ejemplo, los directivos de una empresa global tendrán en prácticamente cualquier situación de desacuerdo, más posibilidades de volver a reinstalar su grandeza frente a un consumidor o un ciudadano insatisfecho que a la inversa. A pesar de ello, la Teoría de las Convenciones resulta de gran ayuda cuando lo que se pretende es comprender y explicar aquello que ocurre cuando dos iguales están dispuestos a “sacrificar algo” en favor de un acuerdo, dicho acuerdo parte de un sentido y genera nuevos que reactivan y fortalecen el proceso, como en el caso de los RAA que se analizan en este trabajo.

Convenciones y construcción de sentido

La sociología pragmática de Luc Boltanski, a partir de la cual surge la Teoría de las Convenciones, es parte de un programa de investigación más amplio en el cual la crítica al estructuralismo genético de Pierre Bourdieu está siempre presente. Para Boltanski, el sociólogo no puede partir de una posición

epistemológica en la que su exterioridad radical frente al mundo social esté garantizada. Contario a las posiciones investigativas que se proponen develar los determinantes ocultos bajo los cuales los individuos actúan, Boltanski propone comprometerse seriamente con aquello que los sujetos saben y creen de su mundo, sin buscar en los meta-condicionamientos que concluyen perspectivas disposicionales de la acción, al estilo del habitus bourdiano.

Estas consideraciones hicieron que Boltanski transitará de una “sociología crítica” a una “sociología de la crítica”, es decir a una sociología de las formas en que los individuos eligen en el mundo social y de los motivos por los cuáles establecen o no acuerdos con otros. Al respecto, dice Boltanski, “cuando el sociólogo se baja de su pedestal exterior y pone los pies en la vida de todos los días, se encuentra con personas capaces de luchar, interpretar, criticar, justificarse y actuar en *función del sentido* que ellas le confieren a sus acciones” (Boltanski, 2000, p. 174, citado por Guerrero & Ramírez, 2011, p. 51, énfasis mío).

En contraparte, resulta ineludible señalar que dicho sentido se construye de acuerdo a la trayectoria del sujeto actuante, es decir, dicho sentido no es espontaneo sino que se va construyendo diacrónicamente. Además, dicha trayectoria se construye sobre la base de unos bienes culturales, una conciencia y una práctica aprendida en un determinado grupo social, es decir sobre un *ethos* y un habitus determinado. Al respecto, Boltanski tuvo que asumir que a pesar de que todos los actores disponen de capacidades críticas, en el sentido ya mencionado, los actores tienen acceso en grado desiguales a recursos críticos. Esta pequeña puerta abre una vía para la reconsideración de la teoría del habitus, no obstante habría que considerar los siguientes puntos:

“En primer lugar, despojar al sociólogo del monopolio de la crítica no significa asumir que todas las personas están igualmente dotadas de capacidades críticas. Al contrario, la capacidad crítica está siempre distribuida de manera desigual en la sociedad. Sin embargo, esto no impide que las personas comunes y corrientes sean capaces en ciertas circunstancias de hacer uso de dicha capacidad, la cual está vinculada a un cierto sentido ordinario de la justicia y en

consecuencia a una idea de moral. En segundo lugar, el sociólogo no puede, ni debe, reducir la crítica únicamente a las grandes causas públicas (aquellas que se encarnan en colectivos de personas y que gozan de una publicidad en los medios de comunicación). La crítica también debe incluir las múltiples acusaciones de iniquidad que se transmiten de boca en boca en los hogares, en los sitios de trabajo, en las cafeterías, en los pasillos o en algunos rincones de la calle, críticas que no llegan necesariamente a movilizar un gran número de personas o a convertirse en causas mediatizadas (ibíd., p. 53).

Ello es justamente lo que P. Bourdieu niega a los sujetos y lo que Boltanski intenta resaltar. La sociología pragmática es más bien una sociología de la práctica cotidiana, una sociología interpretativa que intenta reconocer y sistematizar los sentidos sobre los que se asienta la práctica, alejándose de la sociología de la práctica que sólo busca los elementos que hacen de ella una forma invariable de reproducción. En esta tarea, el investigador no intenta continuamente imponer una explicación, al contrario, ordena y explicita aquello que los actores dicen de lo que hacen en el mundo social, considerando además las coacciones que los actores pueden tener en cuenta a la hora presentar sus justificaciones frente a los otros.

La sociología de la crítica es una forma de analizar cómo los actores intentan constituir su realidad en el tiempo, a través de argumentos y pruebas que cotidianamente vayan sosteniendo sus interpretaciones. Para ello, es necesario reconocer las selecciones que los actores hacen sobre lo que debe ser considerado o no. Por ello, es también una sociología de la moral, al considerar los motivos morales que los actores involucran en su práctica, en sus elecciones, justificaciones y críticas, sin pensarlas simplemente como razones inconscientes.

No obstante, todo ello no cancela la posibilidad de otros modos de acción en el mundo social, en efecto, Boltanski asume que de hecho existen regímenes o modelos societales en los que predominan la fuerza y la dominación. El interés de esta sociología es subrayar que en el mundo social existen de hecho acuerdos entre personas, especialmente acuerdos legítimos como las convenciones que aquí nos ocupan, donde los actores deciden por cuenta

propia la elección o no de una forma de intercambio alrededor de los alimentos. Para Boltanski estos acuerdos son logrados a través del intercambio de argumentos y no impuestos por la fuerza (ibíd., p. 70), es uno de los márgenes de libertad que existen en el mundo social.

Es justamente sobre estos márgenes de libertad acerca de los que está investigación trata, considerando que dado el contexto del SAG las RAA bien podrían no existir, sin embargo hay quienes las ponen en marcha y quienes las mantienen, este fenómeno está además presente en varias parte del mundo, por lo cual resulta de mucho mayor interés indagar sobre los sentidos, justificaciones y ordenes morales –sintetizadas en convenciones– que guían la acción de los actores sobre dichos márgenes de libertad. A continuación se presentan los ejes analíticos que dan forma a la Teoría de las Convenciones, para después incorporarse a los estudios agroalimentarios como herramienta de análisis y como metodología de investigación.

La Teoría de las Convenciones en los estudios agroalimentarios

Las convenciones son, en términos teóricos, una pluralidad de formas de generalización, formas de justificación específica de una acción particular que es el acto de convenir el establecimiento de un tipo de relación social, intercambio o compra de una mercancía o servicio. Son, en resumen, los sentidos construidos social, cultural y simbólicamente entre determinados sujetos sociales; teóricamente dicho sentidos son el sustrato de la sociología pragmática propuesta por L. Boltanski (Guerrero & Ramírez, 2011).

Las obras de L. Boltanski en esta etapa pretenden dar cuenta de los actos sociales de criticar, emitir juicios basados en principios morales y en cómo los sujetos formulan justificaciones en los distintos campos del mundo social, es decir en cómo construyen sus acciones a través de sentidos y no de disposiciones estructurales. *De la justificación* es la obra de Boltanski y Thévenot (1991) que se considera como el hito fundacional de la Teoría de las Convenciones, una forma de pensamiento social que involucra propuestas de la

economía política, la sociología económica y de la sociología de las organizaciones. Así, el enfoque de la Teoría de las Convenciones es un diseño analítico que enriquece la reflexión sociológica sobre los actos sociales en el capitalismo contemporáneo. En obras posteriores, Boltanski ha continuado con el desarrollo de ésta postura epistemológica (Boltanski & Thévenot, 1999; Boltanski, 2000; Boltanski & Chiapello, 2005).

Según el trabajo de Boltanski y Thévenot, existen seis tipos de “ciudad” o formas de convención –las que desde una perspectiva más amplia, representan diferentes tipos de racionalidad: las del mundo¹⁸ de la inspiración, del mundo doméstico, del mundo de la opinión, del mundo cívico, del mundo mercantil y del mundo industrial. Cada una de estas formas de convención cuenta con un criterio clave, que en realidad es la acción que les da particularidad y sentido. En el siguiente cuadro se ilustra con mayor detalle las diferentes implicaciones de cada forma de convención. Cabe resaltar que los estudios agroalimentarios comúnmente no consideran el primer campo o mundo, a pesar de que la inspiración y la creatividad algunas veces juegan un papel en los estudios agroalimentarios, como en la valorización de ciertos vinos por ejemplo (Cf. Ruiz et al., 2013).

Otros como Sylvander únicamente consideran cuatro coordinaciones para definir la calidad: industrial, doméstica, cívica y mercantil (citado por Renard, 2003, p. 88). En sentido opuesto, de igual manera es importante subrayar que algunos otros autores¹⁹ han propuesto nuevas formas de convención, empero, al final las visiones más ortodoxas han terminado por asimilarlos a alguna de las convenciones propuestas originalmente por Boltanski y Thévenot (Ponte, 2016). Para cumplir con los objetivos de esta investigación, se considerarán cinco formas de convenciones: Doméstica, de Notoriedad, Cívica, Mercantil e

¹⁸ Aunque las publicaciones anglosajonas se utiliza a menudo la palabra “*world*” y otros como Sylvander la palabra “coordinación”, en esta investigación también se utiliza la palabra “campo”, en el sentido de que pertenecen a ordenes distintos del mundo social con un capital propio cada uno.

¹⁹ Murdoch (2000) propuso la convención de denominación ecológica donde el criterio clave sería la sustentabilidad. La crítica minimizo la propuesta confiriéndole a este acto el ser únicamente una forma de convención más del campo cívico.

Industrial, excluyendo las convenciones consideradas como parte del campo de la Inspiración.

Cuadro 1. Seis convenciones según Boltanski y Thévenot

Convención	Consideraciones	Criterio clave	Ejemplo
Inspiración	Novedad de un acto o una pieza de consumo única	Creatividad	Criterios del campo del arte
Doméstica	Vinculación a un lugar y/o una tradición	Confianza y lealtad	Procesos de producción localizados y especializados
Notoriedad	Reconocimiento de un producto	Reputación	Formación de expertos y de creadores de opinión
Cívica	Beneficios sociales o mejoramientos particulares	Responsabilidad	Salud y seguridad de los consumidores
Mercantil	Precio y utilidad	Competitividad	El precio puede utilizarse para valorar la calidad
Industrial	Eficiencia y fiabilidad	Productividad	Contar con parámetros objetivos y medibles

Nota: Elaboración propia, 2016

El horizonte interpretativo que ofrece la Teoría de las Convenciones a esta investigación resulta ideal para analizar las formas en que el sentido de alteridad agroalimentaria sustenta el surgimiento y reproducción de las RAA en contextos diferenciados. Estas nuevas formas de producción y consumo utilizan como base elementos intangibles muy detallados –valores y sentidos– que las teorías clásicas del consumo no alcanzan a explicar. En las RAA, sobre todo en cuanto a la distribución y el consumo se refieren, las interacciones cara a cara de los mercados donde los propios productores acuden a vender, propician un

encuentro mediado por valores que, a pesar de no ser siempre explícitos –como en el origen totalmente agroecológico del producto en venta– sustentan todo el sentido de la interacción. Siguiendo a S. Ponte, podemos decir que

“la Teoría de las Convenciones pone el acento en la coordinación entre los actores, en la dimensión rutinaria de su comportamiento y en cómo en éste influye su visión del mundo (...) Estos modelos normativos tienen sentido en escenarios específicos. Esto es, en un mismo tiempo y en una localización particular pueden operar múltiples justificaciones de acciones, por lo que un mismo individuo o grupo social opera en diversos escenarios, en cada uno de los cuales prevalecen principios específicos. De ahí que se afirme que la Teoría de las Convenciones plantea que la justificación social de las acciones sociales puede tener de manera simultánea diversos disparadores, en diferentes mundos. Asimismo, supone que cada mundo tiene coherencia interna y que existen puentes que los interrelacionan (Ponte, 2009)

Ahora bien, por estudios agroalimentarios debe entenderse toda la producción científica sobre el procesamiento, comercialización, distribución, cocina, uso y reutilización o reciclaje de productos agrícolas, pesqueros y forestales para alimentación o procesos industriales, y sus interacciones ambientales (Ponte, 2016, p. 13). Así, mientras los trabajos de Boltanski y Thévenot (1991) y más tarde de Boltanski y Chiapello (2005), tratan sobre cómo se van construyendo y después predominando distintas formas de convención o tipos de racionalidad a través de diferentes períodos históricos, en el campo específico de los estudios agroalimentarios se han ido desarrollando dos direcciones complementarias:

- a) Por un lado, Salais y Stoper (1992) desarrollan una tipología de "mundos de producción" como una combinación de tecnologías y mercados, cualidades de productos y prácticas de uso de recursos. Según estos autores, dichos “mundos de producción” se distinguen sobre la base de dos dimensiones que pueden tomarse como dos valores: el primero relacionado con el suministro disponible de tecnología, información y habilidades a nivel de producción, y si estos están restringidos a una comunidad de especialistas o no (produciendo productos especializados o estandarizados respectivamente); el segundo dependiendo de si la demanda es anónima y uniforme o no (produciendo productos

especializados o estandarizados, respectivamente). Definiendo las convenciones como “un conjunto de prácticas habituales y reglas tácitas que gobiernan los mecanismos de coordinación entre la producción, transformación, comercialización y el consumidor final, revelando cierto entendimiento sobre la calidad” (Freitas Caetano, 2015, p. 101).

- b) El otro derrotero por el cual han tomado los estudios agroalimentarios enfocados en la Teoría de las Convenciones es la propuesta por Eymard-Duvernay (1992), quien ha venido formulando un marco que vincula las convenciones de calidad con las distintas formas de coordinación. La tesis de Eymard-Duvernay es que cuando el precio sólo no puede evaluar la calidad, los actores económicos adoptan otra convención de calidad para resolver los problemas de coordinación, donde la convención Doméstica e Industrial tienen un peso sobresaliente. Esta perspectiva ha sido complementada por el propio Thévenot (1995), quien entonces agregó la convención Cívica, la de Inspiración y de la Opinión (Ponte, 2016, p. 15), argumentando que en el actual desarrollo del capitalismo, se mezclan una serie de convenciones que co-existen con las convenciones predominantes: la del Mercado y la Industrial.

En este sentido, es necesario partir de que éstas divisiones son enteramente analíticas y que en cada caso en la manifestación empírica es más rica. En el caso de los mercados de venta directa, por ejemplo, existen acuerdos que otorgan una mutua satisfacción (Kirman, 2006) fundados en más de una convención, lo que ocurre en la mayor parte de los casos es que se entrelazan diferentes formas de convenir lo que se conoce como “acuerdo”. Una convención doméstica a menudo es al mismo tiempo una convención cívica, por ejemplo. A pesar de ello, la riqueza de esta teoría no se ve mermada, al contrario, al formar parte de un mismo enfoque teórico, las distintas formas analíticas o tipos ideales de convención, terminan por explicar mejor, de manera conjunta, los fenómenos que dan pie a las RAA.

Sin embargo, dada la complejidad del problema, estas convenciones no exigen al sistema emergente de prácticas que poco tienen que ver con el sentido que funda el despliegue de estas redes agroalimentarias. Existen formas de distribución que se presentan como locales, agroecológicas o de comercio justo que en realidad intentan engañar al consumidor. La ausencia de certificación institucional y los distintos acuerdos *ah doc*, generan problemas que no tienen una solución sencilla. La proliferación de mercados o *tianguis* orgánicos alejados del sistema de certificaciones no pueden garantizar nunca el total de sus productos. El problema es complejo y existen siempre contradicciones inherentes –el caso del Comercio Justo resulta ilustrativo al respecto (Cf. Renard, 1999). Empero, desde un punto de vista crítico la posición es firme: dada la capacidad del sistema hegemónico de distribución y consumo de alimentos para favorecer casi exclusivamente a los actores con más capacidades políticas y económicas, vale la pena que los pequeños productores rurales y urbanos que transitan a sistemas de base agroecológica se mantengan fuera de los sistemas de certificaciones en los que, a menudo, terminan siendo peones del sistema.

El punto de encuentro entre los sistemas de producción agroecológica y las redes emergentes de distribución y consumo es su mutua construcción a partir de sentidos alternativos. Por ello, las redes de distribución y consumo alternativas al SAG deben ser analizadas desde formas de pensamiento y acción –es decir de esquemas de prácticas– diferentes a los valores de la pura competitividad. Por ello, la teoría de las Convenciones resulta una herramienta teórica que permitirá a la investigación cumplir con sus objetivos, específicamente en cuanto al análisis de la función de las convenciones sobre las que se asienta la operatividad de las RAA donde los criterios de producción y consumo pueden ser vistos desde la óptica de las formas de sentidos y valores morales, es decir como convenciones, tal como propone la sociología pragmática de Luc Boltanski.

Estrategia metodológica del enfoque de Convenciones

Para transitar desde una sociología del sentido hasta una sociología arraigada en las prácticas, sin imponer una interpretación preconcebida de la determinación de los individuos en los actos sociales, es necesario trazar una metodología específica. Este camino ya fue expuesto por los autores que han venido dando forma a la Teoría de las Convenciones –Eymard-Duvernay, Boltanski y Thévenot– quienes han avanzado más allá del modelo inicial de Economías de la Grandeza. En este apartado, retomaremos a dichos autores, ampliando sus propuestas, a fin de exponer el método que seguirá la investigación en el análisis de los casos seleccionados, ello permitirá la construcción de elementos comunes a partir de los cuales será posible realizar el estudio comparativo hacia el final de este trabajo.

Primero, es necesario asumir que el acto de criticar es la forma por medio de la cual se desarrollan los acuerdos sobre los que se establecen regularidades sociales alrededor de prácticas específicas²⁰. Al respecto, Boltanski insiste en que “criticar es alejarse de la acción para acceder a una posición externa desde la que se la pueda considerar desde otro punto de vista” (Boltanski, 2000, p. 54). Dicha posición es construida a partir de los elementos con los que cada actor cuenta, incluyendo su información, historia y aspiraciones, es decir, desde su *ethos*, *habitus* y experiencias. Por ello, como señala Boltanski “nuestra actividad consistirá esencialmente en tratar de reconstruir, de la manera más completa posible, el espacio crítico dentro del cual se teje y se juega el caso” (ídem), ya que es desde este escenario que los actores construyen su sistema de disposiciones y la praxis que moldea su sentido de la justicia y sus ideas morales; podemos decir que ésta es la raíz del sentido que interesa indagar.

Para ello, en cada caso de estudio, primero se emprende la reconstrucción de dicho espacio crítico, es decir, el contexto en el que se surgen y se desarrollan

²⁰ La crítica como acto social es teorizada en “*The Sociology of Critical Capacity*” (Boltanski & Thévenot, 1999).

las experiencias analizadas, entendidas éstas como espacios críticos en los que se crean y actualizan acuerdos y coordinaciones específicas para la resolución de problemas identificados por una colectividad de actores. Para arribar a esta reconstrucción, además de considerar los argumentos y datos específicos, será necesario conocer la historia específica de cada caso y los contextos –sociales, económicos, políticos, culturales y ambientales– en los que los actores despliegan sus argumentos.

En suma, como primer paso es necesario identificar y describir los elementos que según un análisis sociológico típico determinan de manera más directa la conformación de los escenarios estudiados. Dichos elementos son la base sobre la que emergen los valores-significados a partir de los que se interpreta la experiencia y se acumula información, es decir, los elementos que conforman el sentido, entendido en el marco de las Convenciones consideradas para este estudio. Para ello, después de la reconstrucción del contexto sobre el que se despliega el espacio crítico, en una segunda etapa la investigación que intente considerar seriamente los planteamientos de la sociología de la crítica, deberá tomar en cuenta los datos directos sin asignarles una pre-interpretación. En efecto, el sociólogo de la crítica:

“toma en serio los argumentos y las pruebas que proporcionan (los actores), sin tratar de reducirlos o de descalificarlos oponiéndoles una interpretación más fuerte. Está atento a la forma en que los propios actores construyen informes que se sostienen y que apuntan a la objetividad y a la generalidad, mediante un trabajo de selección, en el contexto del caso, entre lo que puede considerarse necesario y lo que puede quedar librado a la contingencia (...) De ese modo el sociólogo renuncia a fundar su propia interpretación en una forma estable construida mediante el aprovechamiento de los recursos particulares de que dispone, del orden de lo que los sociólogos clásicos corrientemente denominan “estructura social”, para dejarse llevar por las formas estables que aparecen en los informes de los actores” (Boltanski, 2000, pp. 55, 56).

Ello no exime al investigador de un trabajo interpretativo, al contrario, el esfuerzo analítico es mayor ya que lo obliga a emprender la tarea desde un punto que comúnmente no está acostumbrado a ocupar. Tal como lo hace la antropología cognitiva para las sociedades exóticas, la sociología de la crítica

intenta “explicitar las implicaciones metafísicas de las acciones y las argumentaciones de las personas corrientes en nuestra sociedad” (Boltanski, 2000, p. 58). Tales implicaciones metafísicas son las justificaciones morales y los sentidos –es decir, los para qué y los por qué hacer o no hacer– que la Teoría de las Convenciones inserta en cada “mundo”, “coordinación” o “campo” a fin de operacionalizar dicha abstracción.

L. Boltanski llama a tal estrategia metodológica la construcción de un “modelo de competencia”, entendida como “una puesta en forma de la competencia que los actores ponen en juego cuando actúan por referencia a la justicia, y de los dispositivos que, en realidad, apoyan y reafirman esa competencia asegurándole la posibilidad de resultar eficaz” (Boltanski, 2000, p. 66). Sin embargo, para la sociología de la crítica la referencia a la competencia –noción tomada de la gramática generativa de N. Chomsky (1999)– rebasa el ámbito de la competencia del lenguaje para buscar “hacer explícito el tipo de racionalidad en que se apoyan” (Boltanski, 2000). En este sentido, el trabajo del sociólogo en esta etapa,

“consiste en clarificar los enunciados de los actores, porque en el proceso de acción con frecuencia las personas no están obligadas a aclarar completamente sus argumentos (...) La acción puede producirse sin que haya una aclaración completa de los argumentos. El trabajo de codificación realizado por el investigador permite explicitar mejor los argumentos de las personas. El investigador realiza un trabajo de clarificación de los argumentos de los actores” (Eymard-Duvernay, 1992, p. 56).

Tal tarea de codificación, permite al investigador identificar un mayor número de relaciones a las que originalmente acompañan al enunciado (Boltanski, 2000, p. 58). Para ello el sociólogo recurre a un trabajo de modelización, lo que le permite identificar las competencias que los actores debieron tener para desplegar argumentos aceptables para los demás o –como se dice a menudo– “convincientes”. Por ello, Eymard-Duvernay no duda en argüir que “la parte central del modelo es ver cómo las personas, a partir de situaciones particulares tratan de referirse a argumentaciones generales para justificar acciones

particulares” (1992, p. 58). En este sentido, L. Boltanski es claro, al enunciar que:

“el sociólogo de la crítica no puede ahorrarse un análisis que apunte a explicitar y aclarar las palabras de los actores, es decir, a poner a prueba su grado de contingencia tratando de ver en qué medida pueden sostener la relación con elementos más estables. (...) ponerlos a prueba por medio de su confrontación con una estabilidad de otro orden, es decir, más precisamente, relacionarlos con las convenciones que sostienen su inteligibilidad y su aceptabilidad por parte de un número indefinido de otros actores” (Boltanski, 2000, pp. 57, 58).

El trabajo de codificación, o de contrastación de los argumentos directos con elementos más estables, se refiere justamente a la elección o al diseño de un marco de codificación; de la misma manera en que Boltanski y Thévenot construyeron el código de las “ciudades” en las Economías de la Grandeza (1991) de las cuales se desprenden las “Convenciones” originalmente. En efecto, en esta investigación –considerando la riqueza analítica que el marco de la Teoría de las Convenciones ha dado a los estudios agroalimentarios (cf. Ponte, 2016)– se utiliza dicho “código”, considerando de manera específica las siguientes Convenciones: Doméstica, de Notoriedad, Cívica, Industrial y Mercantil.

Aunado a ello, la tercera parte de la estrategia metodológica debe ser la interrelación entre las etapas anteriores –entre la reconstrucción del espacio crítico y la codificación de los argumentos en clave de Convenciones– donde el objetivo es hacer explícitos los elementos que no son susceptibles de codificación, sino coacciones para el despliegue de las justificaciones y las críticas. En este sentido arguye Boltanski, “diremos que somos capaces de “comprender” las acciones de las personas cuando hayamos recuperado las coacciones que debieron tener en cuenta, en la situación en que se hallaban, para hacer que sus críticas o sus justificaciones resultaran aceptables para los demás” (ibíd., p. 59).

Hasta aquí estaría completa la estrategia metodológica para el estudio de casos particulares, sin embargo para explicar cabalmente el proceso, sería necesario reconstruir también la historia que da forma a los tipos de racionalidad puestos en competencia en los momentos en que la justificación y el acuerdo se hacen posibles. Aunque éste ha sido uno de los objetivos de L. Boltanski²¹, está enorme tarea aún está pendiente²², empero, existen elementos para comenzar una primera genealogía de los recursos sobre los cuales se apoyan las operaciones de sentido en lo referente a lo que defino como la alteridad agroalimentaria. Este es el objetivo del estudio comparativo: partiendo de la hipótesis de que a partir de la comparación de casos disímiles –aunque entendidos todos como espacios críticos– es posible establecer regularidades que permiten mostrar la relación entre el tipo de racionalidad social puesto en competencia en términos generales por la alteridad agroalimentaria y la consistencia de los dispositivos utilizados en cada caso particular²³. La evidencia de dicha relación es el último paso de esta investigación, ya que si detuviéramos el proceso en la codificación de los modelos de competencia de los casos estudiados, el trabajo sería en realidad sólo un almanaque de casos conceptualizados como redes agroalimentarias alternativas.

En esta investigación se consideran tres casos de espacios críticos conceptualizados como Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA): a) un mercado exclusivamente orgánico en una área peri-urbana al Oriente del

²¹ Aunque la obra es más amplia, según Boltanski éste es uno de los ejes de “El nuevo espíritu del capitalismo” (Boltanski & Chiapello, 2005).

²² L. Boltanski reconoce que “las diferentes “ciudades” que el modelo debe integrar para dar cuenta de la competencia para la justicia de los miembros de nuestra sociedad poseen un carácter histórico, pese a que el estudio de su génesis, apenas esbozado en EG (Economías de la Grandeza), no ha constituido por el momento el objeto de investigaciones detalladas (Boltanski, 2000, p. 67).

²³ Al rebasar la modelización inicial, también se evidencian los discursos propios del tipo de racionalidad que han dado lugar a la emergencia de los movimientos agroalimentarios alternativos –es decir donde los sentidos recurren a discursos más estables a través del tiempo, lo que comúnmente se denomina como ideología, por ejemplo la defensa del modelo de agricultura campesina o el reclamo del derecho a la alimentación y la soberanía alimentaria– sobre los que se apoyan los actores de la alteridad agroalimentaria para expresar sus sentidos de la justicia o sus ideas morales.

Estado de México, donde académicos y estudiantes de la Universidad Autónoma Chapingo ha sido los principales actores: el *Tianguis Orgánico Chapingo*; b) una red alternativa inserta en una colonia de clase media urbana al sur de la Ciudad de México, donde encabezan el proyecto tanto actores con perfiles académicos como miembros del contexto urbano-popular: el *Colectivo de consumo-producción-intercambio Zacahuitzco*, y; c) un mercado de productores con características de cadena corta de gran tradición, activa en la zona metropolitana de Vancouver, Canadá: los *Farmers´ Markets*.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 3.

**El Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh),
Universidad Autónoma Chapingo, Estado de México, México**

Introducción

El Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh) es uno de los espacios pioneros de comercialización agroalimentaria alternativa en México, enfocado principalmente en establecer relaciones directas entre productores-consumidores y en promover la calidad orgánica de los productos alimenticios. En este capítulo, se presenta la construcción de este emblemático caso desde el enfoque teórico y metodológico descrito en el capítulo anterior. Su relevancia se encuentra tanto en su historia para el “movimiento orgánico” en México, como en las características sociológicas que le han venido dando forma durante más de quince años.

El capítulo comienza por una breve descripción de los antecedentes y el contexto general del TOCh, ya que es en este espacio crítico en el que se conforman los elementos que, en la segunda parte del capítulo, se describen como los actores y procesos que dan vida a los acuerdos que permiten la existencia del Tianguis. En la tercera parte se presenta la tarea de codificación de los elementos empíricos encontrados en campo, descritos en los términos de la Teoría de las Convenciones abordada en el capítulo anterior (Boltanski & Thévenot, 1991; Thévenot, 1995; Eymard-Duvernay, 1992).

Si aceptamos, como propone la sociología de la crítica de L. Boltanski y Thévenot, que existen márgenes de libertad marcados antes que por la fuerza y la dominación por acuerdos contruidos colectivamente para la consecución de un bien entendido como común, la tradición de los tianguis orgánicos en México sería un buen ejemplo de ello. No obstante, también es importante reconocer que los márgenes para el mejoramiento de estos espacios son todavía muy amplios, los retos son quizá los mismos que los de otros espacios de construcción colectiva, aunque no por ello menos específicos. A estas reflexiones está dedicada la última parte de este capítulo.

Reconstrucción contextual del espacio crítico

En sus inicios, el Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh) funcionó como una red de consumidores interesados tanto en la producción como en el consumo de alimentos orgánicos. El esquema de funcionamiento fue un sistema de entrega entre agricultores orgánicos locales, amas de casa, académicos, trabajadores y alumnos de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH) (Rodríguez, 2017). Fue hasta el año de 2003, que debido al creciente número de consumidores y productores que participaban en la cadena, se decidió pasar al modelo de un mercado abierto. El Tianguis abrió oficialmente sus puertas en noviembre de 2003, a partir de una propuesta integral entre académicos de la UACH, pequeños productores locales y consumidores interesados en modificar la forma de producir y consumir alimentos (Schwentesius, 2016).

En efecto, la ampliación del proyecto inicial fue el resultado de haber encontrado un gran interés por consumir alimentos orgánicos. Ante este escenario, se planteó al rector de la UACH el proyecto para ampliar la red, asignándose así “las instalaciones de la extienda Secretaria de Agricultura y Recursos Hidráulicos (SARH), para el uso del proyecto “Tianguis Orgánico” al grupo de profesores fundadores hoy pertenecientes al Centro de Investigaciones Interdisciplinarios para el Desarrollo Rural Integral” (Chapingo, 2015, citado por Rodríguez, 2017, p. 33).

Entre los principales objetivos del TOCh se encuentran: la promoción de la agricultura orgánica, la venta directa entre productores y consumidores, así como en enlace entre la UACH con su entorno inmediato. Además, según sus fundadores (Schwentesius, 2008), sus funciones rebasan el ámbito comercial, al crear conciencia ecológica y social relacionada con la forma en que se producen y consumen los alimentos. En paralelo, el TOCh difunde información técnica y científica entre los productores de la región y la población en general, quienes además se sensibilizan sobre temas ambientales y sociales (ídem).

El TOCh es por sus características e historia, uno de los referentes del panorama del agroalimentario alternativo en México. La influencia que los académicos de la UACH han tenido sobre su desarrollo es quizá su rasgo más distintivo en cuanto a su caracterización como espacio crítico se refiere, sin embargo, también debe entenderse como un proceso inserto en el amplio panorama de la producción orgánica en México. A continuación se ofrecen algunos rasgos generales sobre la actualidad de este sector.

Panorama de la producción orgánica en México

A partir de la década de los años setenta del siglo XX, la agricultura orgánica moderna comenzó una época de mayor presencia luego de la agresiva embestida de la Revolución Verde en todo el mundo. No obstante, esa presencia fue mayor en los países europeos y en cierta medida en los Estados Unidos. En 1972 se funda en Alemania la *International Federation of Organic Agriculture Movements* (IFOAM) en español Federación Internacional de Movimientos de Agricultura Orgánica. Más tarde, durante los años ochenta del siglo pasado, Suiza, Dinamarca y Alemania estimularon de manera directa la adopción de prácticas de producción de alimentos bajo métodos orgánicos, con lo cual el sector tomó un auge importante (Ochoa, 2010) que hasta hoy no ha parado de crecer.

En términos conceptuales, por agricultura orgánica moderna debe entenderse todo sistema de producción que mantiene y mejora la salud de los suelos, los ecosistemas y las personas; basándose fundamentalmente en los procesos ecológicos, la biodiversidad y los ciclos adaptados a las condiciones locales, sin usar insumos que tengan efectos adversos (IFOAM, 2014). Entre los insumos y procesos prohibidos se encuentran: los agroquímicos –fertilizantes, insecticidas, herbicidas, hormonas, reguladores del crecimiento, edulcorantes, aditivos, conservadores sintéticos, etcétera– las aguas negras y/o tratadas, los plásticos, los monocultivos, la quema, la irradiación, la hidroponía y los transgénicos (SOAAN, 2013, citado por Zamilpa et al., 2015, pp. 4, 5). Otros términos

utilizados para referirse a los procesos de producción orgánica son: agricultura biológica o agricultura ecológica²⁴.

En México la agricultura orgánica certificada data aproximadamente de la misma época, aunque enfocada específicamente en la producción de café en el sureño estado de Chiapas. Empero, la producción agroecológica sin certificación oficial ya había comenzado a impulsarse desde otros organismos no gubernamentales (ONG) interesadas en la agricultura, así como desde grupos religiosos de base como los de la Teología de la Liberación (Zamilpa et al., 2015). Para la década de los ochenta del siglo XX, además de café, en México ya se producía de manera orgánica plátano y hortalizas. Para la década siguiente se agregó la flor de Jamaica, la vainilla, el aguacate, la miel, entre otros (Ochoa, 2010), todos ellos productos dirigidos en gran medida a la exportación hacia Norteamérica, Europa y Asia.

Los beneficios de la agricultura orgánica para la economía formal se reflejan sobre todo en los ingresos por exportaciones, dirigidos principalmente a los países desarrollados donde el consumo orgánico es más fuerte y con un crecimiento sostenido. Sin embargo, la economía familiar del productor de base también tiene importantes repercusiones, específicamente, se calcula que el sobre-precio de los productos orgánicos es entre un 20 y 40 por ciento en comparación a los productos convencionales (Rodríguez, 2017). Además, cuando la agricultura orgánica está ligada al consumo agroalimentario alternativo y solidario, sus prácticas contribuyen a consolidar la organización de los productores de manera autogestiva y a la comercialización de sus productos (C. M. Gómez, Gómez, Lobato, Schwentesius & Mérza, 2003).

En la actualidad, en México están presentes al menos dos modelos de agricultura orgánica. Por una parte, un modelo de agricultura orgánica empresarial enfocada en la producción y comercialización de productos principalmente para exportación. Por otro lado, un modelo de agricultura que

²⁴ Para ver los paralelos entre agroecología y agricultura orgánica (Véase Capítulo 1)

podríamos denominar como comunitario o social, donde grupos de campesinos e indígenas son los promotores más activos de las prácticas tradicionales y agroecológicas. Según De la Cruz (2012), este grupo abarca el 99 por ciento de los productores de México (citado por Rodríguez, 2017, p. 9) aunque sus producciones son menores a los del modelo empresarial.

Desde el año 2006, cuando se publicó la Ley de Productos Orgánicos, en México se ha avanzado en la regulación oficial de esta práctica agrícola. Los Lineamientos para la Operación Orgánica de las Actividades Agropecuarias fueron publicados en 2013, a partir de ese año la Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca (SAGARPA), otorgó la aprobación como organismos de certificación a las agencias: CERTIMEX (Certificadora Mexicana de Productos y Procesos Ecológicos), MAYACERT S.A. y METROCERT (México Tradición Orgánica), dando a conocer al mismo tiempo el Distintivo Nacional para los productos orgánicos certificados (Rodríguez, 2017). Sin embargo, en realidad desde hace años son las certificadoras nacionales y extranjeras quienes encabezan la gobernanza del sector a nivel global (Busch & Bain, 2004), siendo ésta una de las principales características del Sistema Agroalimentario Global (SAG), aunque aquí particularizado en sus ramas dedicadas a la producción y distribución de productos orgánicos en el mundo.

Dentro del modelo comunitario o social de producción orgánica, la certificación funciona bajo esquemas de participación más horizontales. En efecto, la Ley de Productos Orgánicos de 2006, en su Artículo 24, reconoce la “Certificación Orgánica Participativa” –como se conoce en México a los Sistemas Participativos de Garantía (SPG’s)– con la salvedad de que sólo puede aplicarse en casos de producción agrícola familiar o “para pequeños productores organizados siempre y cuando vendan directamente al consumidor y dentro del país” (Rodríguez, 2017, p. 21). Formalmente, la certificación participativa “es un proceso colectivo entre productores, consumidores y otros actores, que garantiza la calidad orgánica y sana de productos locales, generados a pequeña escala, basados en relaciones de confianza y, que

promueve los compromisos de salud, ecología, equidad y certidumbre ambiental” (Schwentesius et al., 2013, p. 25). Este es el caso del Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh), quien forma parte de la Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos A.C., organización que desde sus inicios ha promovido los SPG’s entre los pequeños productores orgánicos de México (Schwentesius et al., 2013), siendo este término sinónimo de “Certificación Participativa” (CP), concepto utilizado en la Ley de Productos Orgánicos (Schwentesius et al., 2015)²⁵.

Región oriente del Estado de México

Dada la cercanía de la zona oriente del Estado de México con la Ciudad de México –capital política del país– una de las urbes con más densidad de población en el mundo, la región se caracteriza por un crecimiento poco o nada planificado. Existen en la región desigualdades económicas, sociales y territoriales más agudas que en otras zonas aledañas a la Ciudad de México. De hecho, la mayor parte de los municipios de la región oriente del Estado de México, forman parte de la Zona Metropolitana de la Ciudad de México (ZMCM). Pobreza, inseguridad, mala calidad en la infraestructura, carencia de vivienda, rezagos en educación básica, falta de servicios de salud, problemas de transporte, así como una acelerada destrucción ecológica, son algunas de las principales problemáticas de la región en la que se desarrolla el Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh).

Cabe resaltar que la región también se caracteriza por su producción agrícola y por contar con importantes instituciones de educación superior y centros de investigación. Además de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), se ubica además el Colegio de Posgraduados, el Centro Internacional de Mejoramiento del Maíz y Trigo (CIMMYT), el Instituto Nacional de Investigaciones Forestales, Agrícola y Pecuarias del Valle de México (INIFAP), el Centro Universitario de Texcoco de la Universidad Autónoma de Estado de México (UAEM), así como

²⁵ En apartados subsiguientes de este capítulo se aborda con mayor detalle el caso de la Certificación Participativa en el Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh).

varias universidades privadas. Esta característica ha generado, sobre todo el municipio de Texcoco de Mora donde se ubica el Tianguis Orgánico Chapingo, una derrama económica de cierta importancia, conformándose como un municipio donde se han extendido distintas formas de comercio, a pesar de la precariedad de la zona en muchos aspectos.

Mapa 1. Zona Oriente del Estado de México



Fuente: Moreno-Sánchez, 2012, con información de INEGI, 2000

La región se divide territorialmente en tres subregiones: sur de Chalco, parte central de Texcoco y norte de Temascalapa. La región oriente representa al 17 por ciento del total del territorio del Estado de México, pero en ella habitan casi la mitad de los habitantes de toda la entidad (INEGI, 2010). A pesar de tener a los mayores concentradores de población urbana en el país –el caso del municipio de Ecatepec– la mayor parte del territorio son espacios rurales. Es en estos espacios, principalmente, donde se ubican los pequeños productores agrícolas que participan en el Tianguis Orgánico Chapingo, a saber: Atenco,

Amecameca, Temascalapa y áreas peri-urbanas y rurales del municipio de Texcoco, entre los más importantes. De igual forma, los municipios de Axapusco, Otumba, San Martín de las Pirámides y Tepetlaoxtoc, cuentan todavía con una importante actividad agrícola y ganadera.

La tendencia en cuanto al uso del suelo en la región es la venta de tierras agrícolas, ganaderas y forestales a consorcios urbanos, lo que implica más asentamientos humanos y con ello, incremento en la exigencia de servicios públicos y sobreexplotación de los mantos acuíferos, entre otros. El contexto agrícola de la región es complicado, precisamente por ello resulta de mayor relevancia que pequeños productores agrícolas de la región continúen con sus prácticas productivas tradicionales, mejorándolas en algunos casos, o transitando hacia sistemas agroecológicos de producción como lo hacen los productores-vendedores que forman parte de los actores centrales del TOCh.

Actores y procesos relevantes en la conformación del TOCh

Como segunda etapa, una vez descrito en términos generales el panorama que envuelve al Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh), entendido como el espacio crítico donde se despliegan acuerdos alternativos entre productores y consumidores, es necesario mostrar ahora las características de los actores que de hecho dan vida a dicho espacio –es decir, productores y consumidores. La justificación y los acuerdos que los actores dan a sus acciones dentro de un espacio crítico, es entendido en la teoría como el despliegue del modelo de competencia que se edifica sobre los elementos con los que cada actor cuenta, ello es: información, historia y aspiraciones. Sin embargo este modelo funcionan siempre en escenarios específicos, en efecto, a continuación se describen algunas de las características y elementos más relevantes del caso de manera que sirva de marco para el codificación en el apartado siguiente.

Los datos utilizados en esta investigación, se obtuvieron en las instalaciones del TOCh, ubicado en el municipio de Texcoco de Mora, Estado de México, durante dos etapas. La primera durante el mes de agosto y la segunda el mes de

diciembre de 2017. Se entrevistó a siete productores que, en el caso del TOCh son también vendedores directos²⁶. La aplicación de las entrevistas a productores-vendedores fue por medio de autoselección, a pesar de que estaban presentes otros productores, algunos se negaron a contestar. El Tianguis Orgánico Chapingo está compuesto además por otros productores-vendedores, empero no todos son parte del objeto de estudio de esta investigación ya que sus productos no son agroalimentarios sino artesanales.

Ilustración 1. Tianguis Orgánico Chapingo



Fuente: Alonso R. 29 de marzo de 2014.

Cabe resaltar que además de la aplicación de 77 encuestas de autoselección entre consumidores del TOCh –lo que a su vez se desagregó en un número mayor de datos ya que en algunas preguntas existía la posibilidad de elegir más de una respuesta– la observación de campo permitió conocer además la dinámica interna y su relación con el resto del entorno. La información que aquí se presenta no busca llegar a conclusiones a partir de un manejo estadístico, sino analizar los acuerdos que por medio de un sistema de convenciones, mantienen una red agroalimentaria alternativa al sistema agroalimentario global.

²⁶ En la exposición se omiten los nombres de los productores a fin de evitar la publicación de datos personales que en nada benefician a los objetivos de esta investigación.

Los productores-vendedores del TOCh

Los pequeños productores del TOCh pertenecen a la región oriente del Estado de México principalmente –San Juan Tezontla, Pueblos de Tequexquinahuac, San Diego, pertenecientes al municipio de Texcoco de Mora y Amecameca, entre otros– aunque también hay productores provenientes de Tlaxcala. Insertados en este proceso de comercialización y promoción de la agricultura orgánica, los productores además han logrado diversificar sus huertos. Hasta 2013, alrededor de treinta familias de pequeños productores locales formaban parte del Tianguis. El mismo año, se consideraba que habían acudido a las instalaciones del TOCh más de cien mil familias, lo que ofrece una idea de la importancia de este mercado de productores orgánicos en la región.

Actualmente el TOCh cuenta con 29 productores, quienes renuevan su certificación a través de un método participativo²⁷. Del total de ellos, 33 por ciento tienen producción vegetal y animal, el 43 por ciento cuentan con producción vegetal y productos procesados, mientras poco más del 22 por ciento comercia con otro tipo de productos (Schwentesiuss, 2016). Como bien subrayan los coordinadores del Tianguis, los productores son en realidad familias de productores en las que participan hasta tres generaciones de pequeños campesinos agroecológicos. Por lo que cada producto incluye efectivamente, a una cadena de personas que forman parte del proceso, desde la producción hasta que llega al consumidor final. Los sábados son los días de venta, aunque los organizadores tienen la intención de extenderlo también a los días domingo (Rodríguez, 2017).

Entre los datos obtenidos, resalta el tiempo que gran parte de los productores del TOCh han practicado la agricultura orgánica. El rango de tiempo va desde más de veinte años hasta un año, sin embargo, de los ocho productores entrevistados cinco dijeron tener más de cuatro años produciendo de manera orgánica.

²⁷ El método de Certificación Participativa práctica en el Tianguis Orgánico Chapingo es descrito con detalle en el siguiente sub-apartado de este capítulo.

Cuadro 2. Marcas y productores certificados como orgánicos en el Tianguis Orgánico Chapingo

Plantas Josefita	Productores del Valle de Teotihuacán
Stevia México	Vimpervinca
Hongos del Rio	Tierra Viva Ecosantli
Ecofresa	La Montaña
Granja Cocotla	Iztabella
La Cazuelita	Productos de Amaranto Yeysa
Productos Orgánicos del Magueyal	Huerto Ecológico Integral Quetzalcoatl
Fuentes de salud	Flor de Lluvia
Artesanías Rockas	Quali
Canastas Boyecito	Huerto Don Gustavo
Huerto Don Bruno	Flor de Miel
La Zarzamora	Café Real

Fuente: Elaboración propia, 2017

La variedad de los productos es variable, dependiendo de las estaciones y los momentos de cosecha, sin embargo entre los más constantes se ubican los que se muestran en el Cuadro 2. Empero, cabe señalar que según datos de los propios consumidores la falta de variedad es un motivo para que los consumidores alternativos recurran a los medios convencionales. Volveré a esta cuestión en los siguientes apartados, por ahora se muestran los productos principales ofertados por los productores-vendedores del TOCh.

Cuadro 3. Productos a la venta en el Tianguis Orgánico Chapingo

Frutas y legumbres	Chayotes, hongos seta, nopales, limones, acelgas, espinacas, zanahorias, lechugas, jitomates, guayabas, moras, zarzamoras, rábanos, cebollas, brócoli, flores de calabaza, coliflor, té, stevia, café, manzanas, tomatillos, fresas, cacao, germinados, moringa
Productos de origen animal	Pavo, chinicuiles, miel de abeja, conejo
Frescos	Quesos, huevos, leche, frutas secas, nueces
Comida preparada	Tamales, tlacoyos, pulque, ceviches, tingas, pan, galletas, salsas, aderezos, dulces típicos, barbacoa,

	conservas y mermeladas
Productos no perecederos	Productos de limpieza, artesanías, productos de barro sin plomo

Fuente: Elaboración propia, 2017

La decisión de producir bajo las reglas de la producción orgánica no es sencilla, la transición hacia formas agroecológicas incluyen elementos diversos que interactúan entre sí generando problemas complejos tanto en el momento de decisión como en el momento de transición (Marsas, Cap, De Luca, Pérez, & Pérez, 2012). No obstante, al indagar en las respuestas de los productores-vendedores al respecto, dicha complejidad parece reducirse a motivos de orden más personal. Desde luego que esta respuesta, quizá mayormente que otras, podrían ser objeto de un estudio mucho más amplio, baste recordar la importancia que el tema ha tenido entre los agroecólogos desde hace varios años ; (Calle Collado et al., 2011; Marsas et al., 2012; Sarandón & Flores, 2014). Sin embargo resulta sugerente la argumentación inmediata al respecto, donde las barreras técnicas y económicas parecen desdibujarse entre los productores.

Por otro lado, cuatro de los siete productores-vendedores entrevistados dijeron tener una relación cercana al TOCh desde sus inicios, ello resulta relevante en el sentido en que muestra una constante entre los acuerdos establecidos al interior de la organización. Aunque también se encuentra en desarrollo una generación de relevo compuesta principalmente por estudiantes de la especialidad en Agroecología de la UACH. En este caso, sería necesario un seguimiento de mayor plazo para identificar la integración de estos productores una vez terminada su formación académica. De cualquier manera, existen productores ya integrados al TOCh que comenzaron su participación como estudiantes de la UACH.

En cuanto a las motivaciones de los productores-vendedores para participar en el TOCh, se encuentran una variedad de respuestas difíciles de agrupar. En términos de Convenciones es posible identificar elementos de todos los campos

considerados para esta investigación, en un espectro que va desde el campo Mercantil, hasta las del campo Cívico (como se desglosa más adelante). De manera complementaria a la justificación para la integración de los productores-vendedores en el TOCh, resultaba importante considerar la información de estos actores sobre otros canales de comercialización para sus productos agroalimentarios. En este punto, prácticamente todos conocían o practicaban en el momento de la entrevista, ventas directas en sus unidades de producción, donde familiares, vecinos o conocidos acudían en busca de productos agrícolas. Otros productores consideraban los mercados convencionales, aunque reconocían la dificultad de obtener mejores ganancias. También se mencionó la vía de la venta directa a restaurantes interesados en la producción orgánica.

Ahora bien, para ingresar al Tianguis Orgánico Chapingo como productor-vendedor es necesario acreditar que la producción agroalimentaria cumple con los requisitos necesarios para ser considerado producto orgánico. Para ello, el TOCh cuenta con un Comité de Certificación Participativa que decide, bajo el esquema de un Sistema Participativo de Garantía (SPG), la incorporación de los productores-vendedores al TOCh o bien, emite recomendaciones para el mejoramiento de las prácticas agrícolas de quienes no cumplen con los criterios de producción orgánica. A continuación se presenta el proceso de certificación, criterio principal para el ingreso al Tianguis.

Proceso de certificación e incorporación de nuevos productores

El proceso de certificación participativa es una de las características más sobresalientes del Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh), en cuanto a operatividad alternativa se refiere. Es un proceso que impacta de manera relevante en la construcción de las Convenciones que analizaremos en el siguiente apartado, por ello, es fundamental conocer el proceso. Según documentos del TOCh “la garantía de calidad de cada uno de los productos que se exponen y expenden es validada por la Certificación Participativa otorgada por medio del Comité de Certificación Participativa, mismo que es una de las

fortalezas que sustenta la calidad de los productos que promueve el Tianguis Orgánico Chapingo” (Rodríguez, 2017).

El Comité de Certificación del TOCh está conformado por productores certificados, investigadores y académicos de la Universidad Autónoma Chapingo (UACH), así como por consumidores interesados en el proceso. El Comité visita las unidades de producción aproximadamente tres veces por año y se evalúan los procesos productivos con base en normas de agricultura orgánica internacional, en específico por los Lineamientos Técnicos para la Operación Orgánica Agropecuaria, la cual fue incluida en la Familia de Estándares de IFOAM, lo cual equivale a que dichos lineamientos satisfacen los objetivos de la norma COROS –siglas en inglés para los Objetivos y Requisitos Comunes para Estándares Orgánicos. En este sentido, cabe destacar que la norma COROS fue elaborada en conjunto entre el Sistema de Garantía Orgánica de IFOAM (OGS) y el proyecto GOMA (“*Global Organic Market Access*”) ejecutado por FAO, IFOAM y UNCTAD (Schwentesiuss et al., 2013, p. 31).

En términos formales, el Comité de Certificación Participativa del TOCh se conforma por cinco personas: Presidente (Académico-Investigador), Secretario (Operador Técnico), Vocales (Productores) y un Consumidor. Este Comité certifica la producción, transformación y venta de los productos. Se certifica de manera colectiva –es decir entre consumidores y productores– y las decisiones son públicas, transparentes y con derecho a apelación por parte de los evaluados.

Los coordinadores del Tianguis Orgánico Chapingo son los profesores-investigadores del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias para el Desarrollo Rural Integral (CIIDRI) de la UACH, en específico la Dra. Rita Schwentesius Rindermann y el Dr. Miguel Ángel Gómez Cruz. Como parte del equipo de redacción de la Ley de Productos Orgánicos, publicada en 2006, los profesores investigadores del CIIDRI, incluyeron a la Certificación Participativa como un método de certificación válida, con capacidad legal para otorgar el

carácter de orgánico a los productos que se exhiben a la venta en el territorio mexicano. La Ley de Productos Orgánicos dice en su artículo 24:

“se promoverá la certificación orgánica participativa de la producción familiar y/o de los pequeños productores organizados para tal efecto, para lo cual la Secretaría con opinión del Consejo emitirá las disposiciones suficientes para su regulación, con el fin de que dichos productos mantengan el cumplimiento con esta Ley y demás y disposiciones aplicables y puedan comercializarse como orgánicos en el mercado nacional” (Cámara de Diputados, 2006).

Esta Ley otorga protección y validez al proceso de Certificación que el Tianguis Orgánico Chapingo lleva cabo para la conformación de sus integrantes calificados como productores orgánicos. El proceso de certificación sigue los siguientes pasos:

1. El interesado o invitado llena un cuestionario –Solicitud de ingreso– con la información general de su producción, en él se explica qué y cómo se produce o transforma el producto que pretende vender. El Comité utiliza en la primera revisión del cuestionario, una combinación de normas del Programa Orgánico Nacional de los Estados Unidos y de la agencia “Certimex”;
2. Sí el productor o transformador cumple con los requisitos indispensables, un Comité local, designado para ello, realiza una visita de acompañamiento a la Unidad de Producción para evaluar el cumplimiento de las Normas de Certificación Orgánica;
3. Una vez realizada de visita, el Comité local se reúne para evaluar la información con base en la Ley Nacional de Producción Orgánica;
4. El Comité local redacta y presenta un reporte de visita basados en un formato o reporte de verificación, acompañado de todo el material audiovisual necesario que ilustre los procesos de producción o transformación de los productos;
5. El Comité emite un Dictamen público, en él se otorga la calidad de “natural” a los productos, cuando éstos están en proceso de transición hacia la producción orgánica pero aún no cumple con todas las

especificaciones; o bien, “orgánico completo” si cumple con todos los estándares;

6. Si los productores o transformadores son aceptados, se ofrece asesoría a para mejorar los procesos de producción o transformación, finalmente;
7. De ser necesario, se ofrece atención a las apelaciones. Si algún productor o transformador no estuviese de acuerdo como el Dictamen, debe dirigirse al Comité y exponer los argumentos por los cuales no se está de acuerdo con el dictamen emitido.

En términos generales, existen elementos para argüir que el punto clave de los mercados o tianguis orgánicos es la Certificación Participativa, aunque también existe la preocupación por la cercanía geográfica y el mutuo beneficio económico. Sin embargo, según sus propios argumentos el centro de su práctica como organización de productores y consumidores, es el cuidado de la salud y la ecología a través de la producción y el consumo alimentos sin el uso de agroquímicos considerados como tóxicos. Al análisis de estos argumentos a través del enfoque teórico de las Convenciones se dedicará el resto de éste capítulo. Antes, empero, es necesario describir algunas de las características generales de los consumidores del TOCh, actores fundamentales del caso.

Los consumidores del TOCh

A diferencia de una red agroalimentaria “cerrada” –como el Colectivo Zacahuitzco que se analiza en el siguiente capítulo– donde los participantes se comprometen a consumir ciertos productos, en el caso de los tianguis o mercados “abiertos” los consumidores, como actor colectivo, juegan un rol más influyente en la operatividad de los espacios crítico. Los consumidores de un tianguis o mercado alternativo son quienes reactivan con sus prácticas de consumo, los convenios necesarios para la continuidad del intercambio comercial. Los consumidores del TOCh, desde los más activos operativamente hasta los que sólo acuden a comprar sus productos, han mantenido vivo el espacio, permitiendo que siga operando después de más de quince años de existencia.

Con objeto de indagar en las prácticas cotidianas de consumo agroalimentario de los consumidores del TOCh, se preguntó en una encuesta de autoselección acerca de otros lugares dónde asistían a comprar cotidianamente sus productos agroalimentarios. Gran parte de ellos, insistieron en enumerar otros espacios de venta alternativa, sin embargo, ante la insistencia en la pregunta sobre la compra cotidiana en los medios convencionales, prácticamente todos los encuestados afirmaron comprar varios alimentos en los medios de distribución masiva de alimentos. Las respuestas obtenidas fueron las siguientes:

Cuadro 4. Consumo agroalimentario de los asistentes al Tianguis Orgánico Chapingo

Respuestas	Porcentaje (%)
A. “Tianguis Orgánico Bosque de Agua”	48
B. “Mercado El 100”:	37
C. “Tianguis Orgánico Itinerante”	33
D. “<i>The Green Corner</i>”	40
E. Mercados convencionales	88
F. Tianguis convencionales	96
G. Supermercados	59

Nota: Elaboración propia, 2017. Los porcentajes no suman el total porque los encuestados podían dar más de una respuesta.

Como puede observarse, en la mayor parte de los casos, los encuestados preferían mostrar su conocimiento sobre otras Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) del área metropolitana de la Ciudad México, antes que referirse a su compra en los canales convencionales, elemento interesante, ya que muestra el grado de inmersión en la alteridad agroalimentaria por parte de los asistentes al TOCh.

Entre los consumidores encuestados, los productos que con mayor frecuencia compran en el TOCh son los que muestra el Cuadro 5. La relevancia de estos datos, radica en que permiten identificar el “uso del espacio crítico” por parte de los asistentes al Tianguis. Lo que más salta a la vista, es el consumo de comida preparada. Esta característica resalta el uso recreativo y de convivencia del

TOCh, características que de igual manera subrayan algunos de los productores-vendedores. Los siguientes porcentajes reflejan el porcentaje de compras cotidianas, a partir de un total de 179 respuestas.

Cuadro 5. Distribución de productos consumidos cada vez que los consumidores asisten al Tianguis Orgánico Chapingo

Producto	Porcentaje (%)
A. Frutas y legumbres	32
B. Productos de origen animal	16
C. Frescos	19
D. Comida preparada	27
E. Productos no perecederos	6

Nota: Elaboración propia, 2017-2018.

Otro elemento importante para definir las características de los consumidores del Tianguis, es la frecuencia con la que asisten a las instalaciones del TOCh. Identificar dicha característica, permite la identificación de la estabilidad en el consumo agroalimentario alternativo por lo menos en lo que respecta a este medio, ya que la inasistencia no implica automáticamente que el consumo se realice en los canales convencionales.

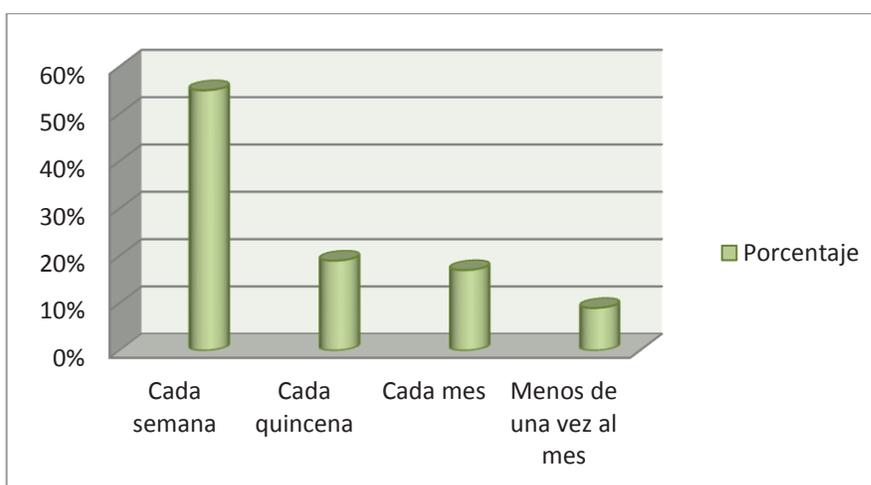


Figura 1. Frecuencia de asistencia a las instalaciones del Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2017

Lo más relevante es que existe una frecuencia de asistencia semanal mayoritaria (55%), elemento que nos habla de la estabilidad del Tianguis a

través del tiempo. Otra característica es el reconocimiento del espacio por parte de nuevo actores, entre los encuestados, también se encontraron lo que asistían por primera vez, ellos fueron agrupados con los que dijeron asistir menos de una vez al mes (9%), aunque afirmaron tener la intención de regresar en futuras ocasiones.

Una de las fuentes que define a la alteridad agroalimentaria, más allá del campo del consumo alternativo, puede sondearse en las nuevas tendencias dietéticas y en las prácticas de agricultura en pequeña escala –urbana, de interiores, etcétera–. Por ello, se incluyeron al cuestionario, dos preguntas que pretendían obtener información al respecto entre los consumidores del Tianguis. Primero, al inquirir sobre la adopción de algún régimen alimenticio o dietético especial –vegetarianismo, veganismo, higienismo, crudivorismo, etcétera– sólo el 7% dijo seguir algún régimen diferente a la dieta convencional (omnívora). Lo que, por lo menos en este caso, quiere decir que no es un factor determinante para asistir a un tianguis alternativo. Respecto al cultivo alternativo el resultado tampoco resultó relevante para el caso TOCh, sólo el 19% dijo cultivar algo en casa –por ejemplo hierbas de olor, jitomates cherry, fresas, cilantro o perejil, entre los más mencionados.

En el siguiente apartado se presenta el análisis de las características que, desde la teoría de las Convenciones, resultan relevantes en la construcción de las formas de coordinación que sustenta el caso estudiado en este capítulo. En este proceso intervienen tanto productores como consumidores, así como actores académicos que también impactan en la conformación de la red agroalimentaria alternativa que es el TOCh.

Las Convenciones en el Tianguis Orgánico Chapingo

Como se expuso en el capítulo anterior, las Convenciones son formas de coordinación entre actores, son modelos normativos que tienen sentido en escenarios específicos (Ponte, 2009), aunque no por ello irrelevantes para quienes lo observan desde escenarios más amplios. Más aún, los sentidos de

los actores están enfocados en demostrar la validez de los actos morales –es decir, del juicio y justificación– más allá del ámbito inmediato para lo cual existe siempre una referencia a lo que L. Boltanski llama los universales (2000).

Este recorrido entre los universales morales y los sentidos particulares de actores específicos, es el trayecto que el sociólogo de la crítica debe analizar a través de la interpretación de las disposiciones y de los modelos de competencia puestos en juego en un determinado espacio crítico sin intentar un desvelamiento de las determinaciones últimas que, presumiblemente, guían de manera inconsciente al agente social. En esta tarea interpretativa, el sociólogo debe construir o elegir un código que permita asociar aquello que los sujetos saben y creen con elementos más estables a través del tiempo y del espacio. En efecto, estos elementos son la base de los acuerdos, modelos normativos o coordinaciones creadas en conjunto por quienes conforman espacios críticos donde se intenta dejar fuera las imposiciones de dominación y fuerza. Estos modelos son acuerdos legítimos reconocidos por todos los actores implicados en un proyecto específico. En el campo agroalimentario, como se ha expuesto, a menudo estos acuerdos o modelos han sido codificados a través de la Teoría de las Convenciones.

Los actores del TOCh, descritos en el apartado anterior, ponen en marcha estos modelos normativos que activan en momentos específicos, dependiendo de su historia, contexto e interpretación. Este es una forma de despliegue de lo que he denominado como alteridad agroalimentaria. Al respecto, cabe resaltar una vez más, que las divisiones analíticas que significan cada campo o coordinación en el enfoque de Convenciones, no corresponde a un espacio o acción específica en el plano empírico, ya que existen acuerdos que otorgan sentidos entrelazados en diferentes formas de convenir los acuerdos, aunque lo que siempre resalta es un sentido de rompimiento con los modelos de producción-distribución-consumo dominantes en el actual Sistema Agroalimentario Global (SAG).

La codificación de las disposiciones empíricas encontradas en el caso del TOCh, se realizó, al igual que en los otros casos, través de la consideración de cinco campos o coordinaciones de acuerdo al enfoque de la teoría de las Convenciones, a saber: Doméstica, de Notoriedad, Cívica, Mercantil e Industrial.

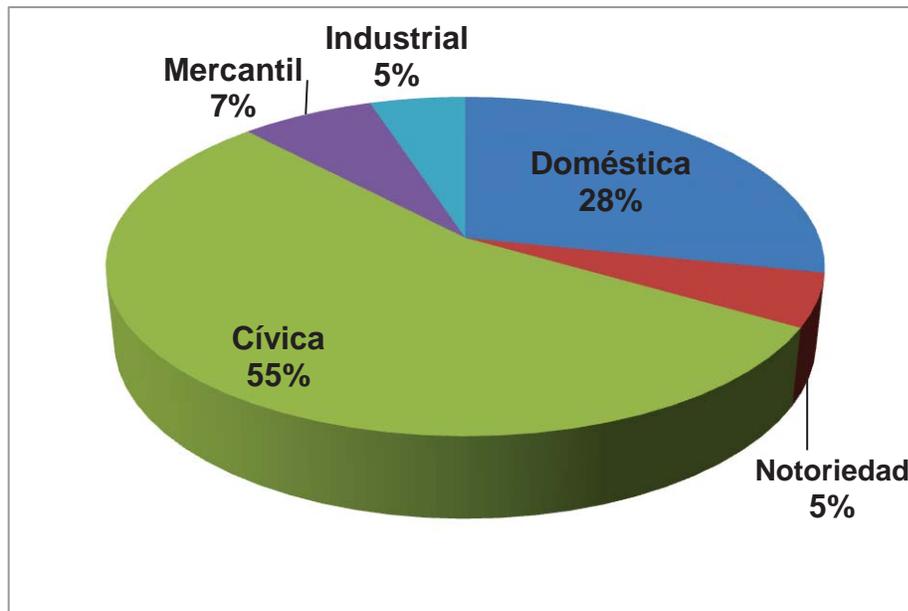


Figura 2. Panorama General de las Convenciones en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018.

De manera general –como el gran paisaje de los acuerdos del TOCh– encontramos, como se muestra en la Figura 2, que la Convención Cívica puede considerarse como la columna vertebral del Tianguis. Más de la mitad de los actores, entre productores y consumidores del TOCh –el 55% de los encuestados– dijo participar en él por alguno de los siguientes motivos: porque es un tianguis orgánico, porque le interesa apoyar a los productores locales, porque es mejor para “la ecología” o “el medio ambiente”, o por motivos de salud individual o familiar. Este resultado es el esperado, ya que dados los principios que promueve el Tianguis y la referencia explícita a la calidad orgánica de los productos agroalimentarios que allí se expiden, corresponde con las disposiciones que los actores utilizan para participar en él.

Dentro de la Convención Cívica, es posible resaltar algunos elementos para el análisis. La mayoría de los actores que dijeron orientar su producción y consumo agroalimentario por algún sentido cívico, según el código de las Convenciones, justificaron su asistencia al TOCh por ser un espacio de venta de productos exclusivamente orgánicos (61%), lo que demuestra además la confianza en su calidad y en el proceso de certificación, lo que se entrelaza con la convención Industrial como se explicará más adelante. En segundo lugar, entre las justificaciones cívicas, se encontró el cuidado de la salud individual y familiar (23%), así como el apoyo a los productores (11%) –lo que no incluía el arraigo exclusivamente local sino el reconocimiento como productores con prácticas agrícolas responsables. En el mismo sentido, un pequeño porcentaje (5%) argumentó explícitamente el cuidado de la ecología como su sentido moral más determinante.

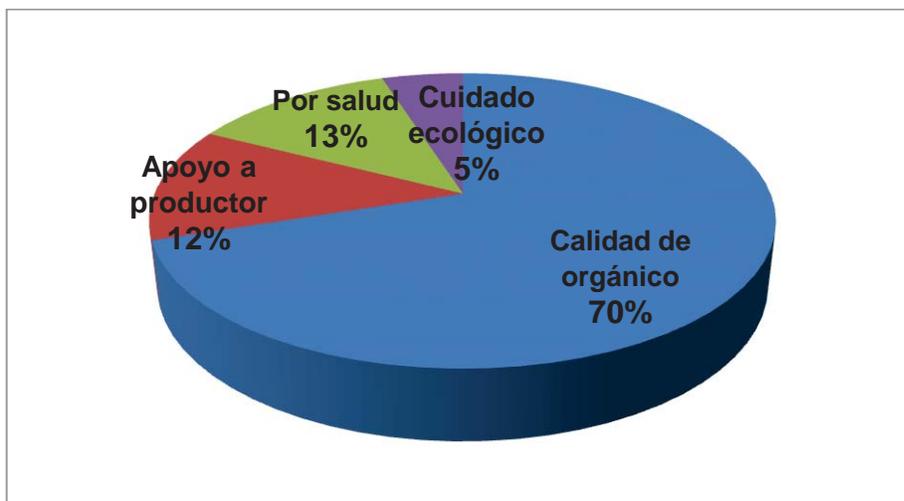


Figura 3. Sentidos que componen la Convención Cívica en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018

A pesar de que en realidad no podría desligarse la calidad orgánica de los productos del Tianguis con sus efectos en el cuidado de la salud, analíticamente es importante resaltarlo porque demuestra un comportamiento que proviene de la construcción de un sentido diferente en términos de alteridad agroalimentaria. Al reconocer el valor del auto-cuidado de la salud, se parte de un tipo de racionalidad diferente al de la lógica inmedatista de la racionalidad

instrumental, donde el costo-beneficio de tener buenos o malos hábitos alimenticios no se consideran a largo plazo.

Además el concepto de cuidado de la salud que sustenta ésta Convención, rechaza intrínsecamente la noción dominante en la que la responsabilidad de tal cuidado recae en instituciones o actores externos al individuo, con lo cual toma importancia el concepto de autonomía bajo los términos expuestos en el primer capítulo de esta investigación. Sin una noción más completa de autonomía, la alteridad agroalimentaria quedaría más cercana a la discursividad política de los Movimientos Agroalimentarios Alternativos (MMAs), que al ejercicio de diferenciación efectiva que exige la política de la diferencia de la alteridad agroalimentaria. Por todo ello, resulta relevante la responsabilidad en el cuidado de la salud y su relación con la responsabilidad social sobre el consumo agroalimentario.

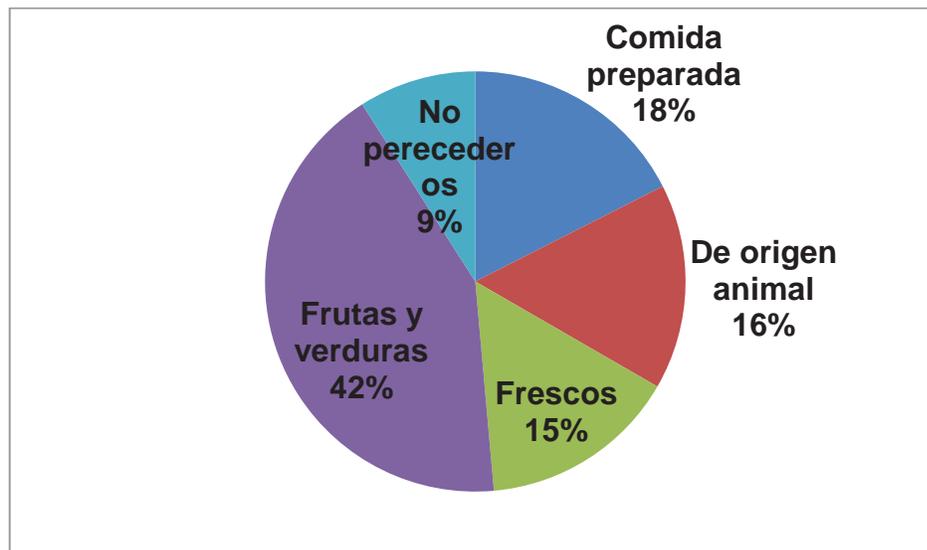


Figura 4. Composición de la Convención Cívica según tipos de consumo en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018

Ahora bien, la coordinación Cívica en el TOCh está presente en el consumo de todos los productos, entre ellos las frutas y verduras son la mayoría (42%), aunque también en el consumo de productos de origen animal (16%) y de frescos (15%). Empero, este tipo de consumidores –recordemos que son los más numerosos– además acuden a consumir comida preparada (18%), lo que

demuestra que al igual que otros actores que justifican su asistencia y/o pertenencia al TOCh resaltando otro tipo de sentidos y acuerdos, igualmente utilizan el espacio como un centro de convivencia y recreación, es decir en términos de coordinación Doméstica.

En este sentido, la consistencia en la construcción de la convención Doméstica para el caso TOCh, era también un elemento esperado –es la segunda Coordinación más importante en el Tianguis ya que el 26% justificó su asistencia o pertenencia al Tianguis por algún sentido “doméstico”– ya que a pesar de que la calidad orgánica es su principal eje de alteridad agroalimentaria, paralelamente promueve el consumo de productos agroalimentarios locales donde la amistad, la convivencia y el uso lúdico del espacio juegan un papel importante.

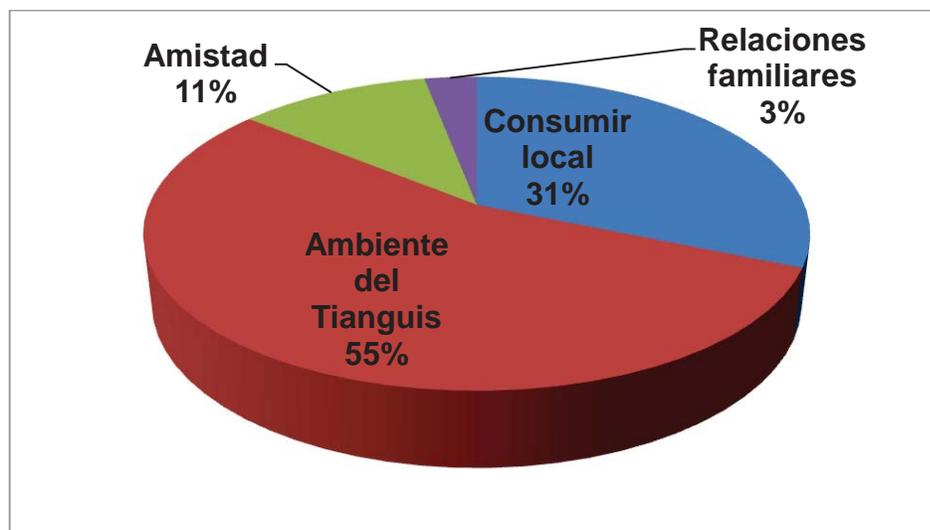


Figura 5. Sentidos que componen la Convención Doméstica en el Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018

Como se describió en apartados anteriores, aunque el Tianguis no excluye a productores externos al área inmediata a sus instalaciones, la mayoría de los productores-vendedores así como de los consumidores pertenecen a las inmediaciones del Oriente del Estado de México y del área metropolitana de la Ciudad de México. Esta característica es reconocida y valorada por los consumidores del Tianguis, lo que además demuestra una lectura de mayor

profundidad crítica sobre la realidad agroalimentaria contemporánea que tienda a separar a productores y consumidores por cientos o miles de kilómetros.

La composición de la convención Doméstica en cuanto a compra por productos se refiere, se obtuvo mediante el cruce de información entre los productos que se compran y la justificación o el sentido que lo actores arguyen para acudir o pertenecer al TOCh. Esta información permite identificar los tipos de productos agroalimentarios que patrocinan los consumidores que consideran importante consumir localmente, o bien que gustan del ambiente “doméstico”, de trato personal que brinda el Tianguis a sus asistentes. En este sentido, la gran mayoría de los actores que basan su asistencia o pertenencia al TOCh en algún sentido doméstico, acude al Tianguis para consumir comida preparada, aunque este consumo no es excluyente de otros, puede verse la ligazón entre los intereses gastronómicos y las disposiciones tendientes al interés por la convivencia y las relaciones personales entre productores y consumidores.

Este hecho confirma la tesis de que los actores de la alteridad agroalimentaria reconocen, valoran y contribuyen a crear espacios críticos donde la convivencia rebasa los aspectos puramente mercantiles. El gusto por un espacio crítico – sea este un mercado, un tianguis o una red sin un lugar establecido– es un elemento que merece ser subrayado, sobre todo porque el diseño de un espacio como el TOCh no es predeterminado por un estudio de mercado o el seguimiento de una moda estética sobre el diseño interior de un espacio de venta.

Por otro lado, resulta sugerente que a pesar de la historia del TOCh y de su reconocimiento entre los actores de la alteridad agroalimentaria en México, la convención de Notoriedad –donde se incluyen todas las argumentaciones que refieren al reconocimiento social o a la recomendación específica para asistir o comprar en un lugar determinado– sea un tanto más débil que otras como la convención Mercantil. Sólo el 5% de los encuestados justificó su asistencia o pertenencia al TOCh por su reconocimiento social. Ello quiere decir que a gran parte de los consumidores del TOCh, les resulta de mayor valor encontrar

productos de calidad orgánica a precios que consideran justos, antes que la sola “fama” o reconocimiento de un tianguis o mercado alternativo. Está característica, además de resaltar cierto éxito de la coordinación Mercantil en el TOCh, también refiere a una carencia en la promoción o estrategia de mercado por parte de los coordinadores del Tianguis. Sin embargo, entre los productores, el reconocimiento del TOCh entre posibles consumidores sí fue reconocido como un valor importante al momento de decidir integrarse al Tianguis y ajustarse a las reglas de Certificación Participativa.

Justamente la aceptación de las reglas de Certificación Participativa entre los productores y la confianza en el método que garantiza el origen y la calidad orgánica de los productos que se ofertan en el TOCh, demuestra la importancia de la coordinación Industrial. El 5% de los actores encuestados justificó su participación o asistencia al Tianguis por considerar que cumple con lo que podemos definir como los estándares de calidad como eficiencia y fiabilidad a partir de parámetros objetivos y medibles como la validación de los procesos de certificación orgánica. Aunque la gran mayoría confía en la calidad orgánica de los productos del TOCh, ya que por ello acude al Tianguis y paga un sobreprecio, sólo un pequeño porcentaje fue más explícito en cuanto la cuestión del proceso. Por ello, aunque es un porcentaje pequeño, es importante que se haya mencionado.

La coordinación Mercantil se encuentra aproximadamente en la misma situación, ya que sólo el 7% de los actores encuestados justificó su asistencia o pertenencia al TOCh por la relación precio-calidad. Sin embargo, no es irrelevante ya que el sentido de estas justificaciones expresó, explícitamente en ciertos casos, que el precio de los productos del Tianguis era menor al precio de los mismos productos en otros Tianguis o Mercados Alternativos u Orgánicos. Esto quiere decir que la convención Mercantil en el TOCh tiene un grado de importancia que podría ser aprovechado en términos de promoción. Empero, mejorar esta coordinación es todavía un reto importante, ya que fue

también en dicha coordinación donde se encontraron más percepciones negativas.

Las justificaciones que los actores encuestados dieron para explicar por qué no compraban algún producto en el Tianguis –o bien, qué elementos les gustaría modificar para mejorar el funcionamiento del TOCh– giraron alrededor de lo que podemos llamar debilidades en la coordinación Mercantil (52%). Éstas incluyen básicamente los argumentos que los actores dieron sobre el elevado precio de los productos agroalimentarios que allí se expiden. Algunas argumentaciones al respecto, incluyeron reclamos directos sobre la irresponsabilidad del TOCh de expedir productos agrícolas a elevados precios, cuando su responsabilidad es ofrecer productos accesibles para toda la población –considerando que es una organización que recibe presupuesto público a través de la UCh. Esta observación refuerza la importancia que la coordinación Cívica tiene entre los actores del TOCh, quienes tienden a observar la tarea del Tianguis como una extensión de las responsabilidades sociales de la institución universitaria.

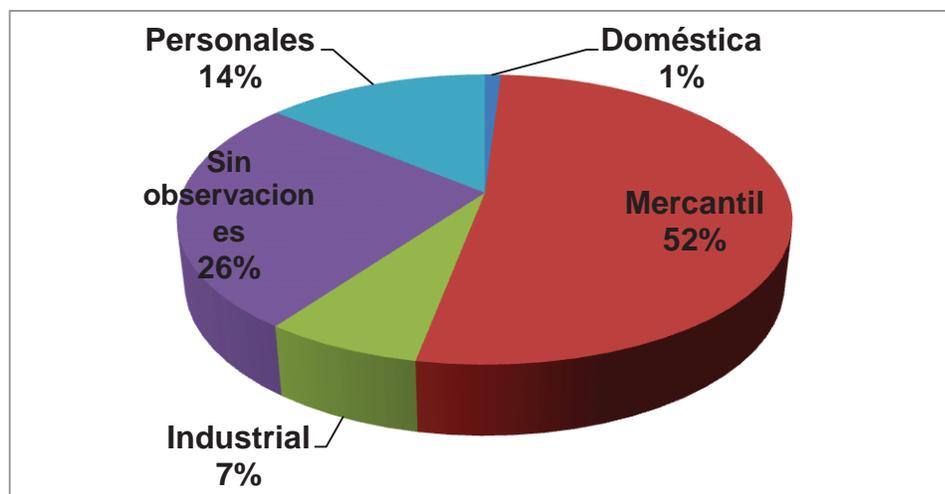


Figura 6. Inconsistencias en las Convenciones del Tianguis Orgánico Chapingo. Elaboración propia, 2018

Más allá de éstas percepciones cercanas a un posicionamiento político –y que se apoyan en argumentos que rebasan el ámbito de la alteridad agroalimentaria– es necesario subrayar la importancia de este reto para el TOCh, ya que mientras sólo el 5% de los actores encuestados dijo comprar en

el Tianguis por la relación calidad-precio, un 52% dijo no hacerlo por encontrar algunos productos demasiado caros. Ahora bien, esta percepción debe entenderse en el contexto socio-económico en el que el Tianguis surge y se desarrolla, además debe contrastarse con otros casos a fin de conocer el estado de la convención Mercantil en términos más amplios del consumo de productos orgánicos en medios no-convencionales como el TOCh.

Siguiendo con lo que he denominado como las debilidades de las Convenciones, otro de los elementos que más resalta son las justificaciones de orden estrictamente personal (14%) dentro de las cuales encontramos la falta de tiempo o el hecho de no necesitar ciertos productos. Además es igualmente importante resaltar que no se encontraron inconsistencias en las coordinaciones de Notoriedad ni en la Cívica. Ello, sin embargo, no quiere decir que no existan lo que sucede es que los modelos de competencia o justificaciones utilizadas para dar una opinión crítica del TOCh coinciden mayormente con los criterios de tipo industrial, como la falta de confianza en la calidad orgánica de los productos o en el hecho de que los productos ofertados no son locales (7%). Ahora bien, también es relevante la negativa a dar observaciones críticas sobre el Tianguis, ya que el 26% de los actores encuestados prefirieron no dar opinión alguna.

Respecto a esta característica, si bien podría valer sólo para evidenciar la percepción sobre un correcto funcionamiento del TOCh, de igual manera podría tratarse de un elemento de coacción indirecta. Por un lado, algunos actores parecían intentar argumentar para luego optar por omitir su opinión, ya fuera por considerar irrelevantes sus argumentos o por auto-identificar una carencia discursiva para exponer “adecuadamente” sus percepciones o lecturas sobre el Tianguis. En este caso podría tratarse de un elemento de autocensura del consumidor promedio ante la “autoridad” de un actor proveniente de un medio universitario. En efecto, aunque estos elementos no son exclusivos de las RAA, y mucho menos del caso TOCh, resulta importante subrayarlos en la medida en que evidencian la percepción de ciertos actores respecto a su desigualdad en

cuanto a capacidades críticas y argumentativas frente a un actor universitario supuestamente datado con mayores recursos discursivos y críticos. Este elemento sin duda debe impactar en otras áreas del proceso, que no obstante están veladas a un observador externo.

Reflexiones finales sobre el Tianguis Orgánico Chapingo

Uno de los problemas cotidianos en el caso TOCh, en cuanto a convenciones o acuerdos entre productores y consumidores se refiere, es el uso –o aprovechamiento– que productores-vendedores externos al Tianguis hacen del reconocimiento público y la tradición de este tianguis orgánico. Cada día sábado acuden a vender a las afueras de las instalaciones universitarias del TOCh, un gran número de vendedores-productores –no sólo de alimentos, sino de muchos otros productos– que sin ningún tipo de certificación ofertan sus productos como orgánicos. Al respecto, el Comité responsable del Tianguis, a menudo ha denunciado que estos productos no cumplen con la certificación debida y que por lo tanto, no deberían ofertarse como orgánicos. Por el contrario, los que allí ofrecen sus productos argumentan que no necesitan autorización alguna y que sus productos son –según una entrevista personal a un vendedor externo– efectivamente “naturales” (*sic*).

Esta situación, antes que la construcción de acuerdos o coordinaciones, responde a una problemática económica entre los productores de la región, quienes antes de preocuparse por la producción orgánica certificada, necesitan encontrar medio de subsistencia a través de los productos que tienen a la mano. La problemática no es sencilla, sin embargo el TOCh cuenta con un Comité de Certificación que, bajo diferentes mecanismos, ofrece transparencia y neutralidad en la certificación. Algunos vendedores externos empero, argumentan que no confían en dichos mecanismos y que prefieren seguir fuera del Tianguis. Estamos ante un caso en el que la teoría de las Convenciones se ve rebasada, ya que no existen las mínimas condiciones para la construcción de nuevos acuerdos al respecto, es decir, no se comparten aspiraciones, medios, ni dispositivos ideológicos o discursivos entre unos actores y otros.

Por otro lado, desde el punto de vista de la alteridad agroalimentaria, es posible concluir que el TOCh no es sólo un apéndice de la industria alimentaria orgánica, es decir, de las grandes empresas agroindustriales insertas de manera más o menos exitosa –en términos de nichos y penetración de mercado– en el Sistema Agroalimentario Global (SAG). Hasta ahora el TOCh cumple con el objetivo de enlazar a pequeños productores orgánicos con consumidores de poder adquisitivo medio y alto, además de que se promueve en la medida de lo posible, el consumo de productos locales aunque no exclusivamente²⁸. No obstante, una característica a considerar es la ausencia de discursividad ideológica en la cotidianidad del Tianguis, ya que no se escuchan referencias a conceptos como “soberanía alimentaria” o “seguridad alimentaria”, entre otros.

Respecto al análisis desde la teoría de las Convenciones, la coordinación o el campo Cívico es el más fuerte en términos generales, por lo que podría ser una plataforma para expandir tanto el número de productores, como la participación de nuevos consumidores sobre todo en el proceso de Certificación Participativa. Sin embargo, en la coordinación Mercantil existe una debilidad importante, ya que los consumidores de menores ingresos se perciben como excluidos del espacio por su bajo poder adquisitivo.

Por otra parte, la construcción de nuevos acuerdos para el fortalecimiento de la coordinación Doméstica, es una condición para la expansión del TOCh en su ámbito más inmediato. El desarrollo de la convención Doméstica encuentra su límite en el reconocimiento de las “dificultades” que los productores-vendedores locales conciben cuando piensan en un proceso de certificación, aunque sea éste un Sistema Participativo de Garantía (SPG) y de costo mucho menor a la certificación convencional por Agencias (Rodríguez, 2017). La solución no es sencilla, existen también reticencias para relacionarse con los actores que hemos llamado “universitarios” y con las técnicas agroecológicas. Sería

²⁸ Al respecto, Gómez Cruz argumenta: “a diferencia del sector orgánico convencional, los tianguis y mercados orgánicos están enfocados a la venta de productos que, además de ser orgánicos, se producen localmente por pequeños productores” (Gómez Cruz, 2007).

necesario un trabajo de mayor profundidad enfocado en el diseño de estrategias, no sólo del TOCh sino de la UACH en general, para trabajar de manera más cercana con los productores locales. Este diseño no puede ser sólo del TOCh, ya que la población local percibe a sus miembros como parte de la UACH y no como actores de un proceso independiente interesado en el aumento de la producción agroecológica y orgánica. En cuanto a los consumidores locales, el reto es menos complejo y se liga a la convención de Notoriedad.

La coordinación de Notoriedad es también un campo con muchas posibilidades de desarrollo para el fortalecimiento del TOCh tanto a nivel local como regional. El impulso de ésta coordinación, por fortuna, encuentra soluciones que buenas perspectivas en el corto y mediano plazo. La participación del TOCh en las redes sociales es una vía importante que ya ha comenzado a explorarse, no obstante la tarea es cotidiana dada la velocidad con que se mueve la información en dichos medios. Podría considerarse la profesionalización del manejo de redes sociales, lo que posicionaría mejor al TOCh en la búsqueda de nuevos consumidores alternativos o en transición.

A pesar de que el análisis del TOCh continúa hacia el final de este trabajo, por ahora abandonaremos en este punto la presentación del caso, en el entendido de que ya fueron expuestas las líneas generales. Ya que este no es un estudio exhaustivo sino un estudio comparativo, es necesario ahora conocer los otros dos casos, con todos los elementos será posible perfilar una visión de conjunto que posibilite el avance en cuanto a desarrollo de conceptos y perspectivas analíticas sobre los contenidos de la alteridad en las redes agroalimentarias alternativas contemporáneas.

CAPÍTULO 4.
Colectivo Zacahuitzco,
Ciudad de México

Introducción

El Colectivo de consumo-producción-intercambio Zacahuitzco, surge de la crítica al modelo económico neoliberal, la degradación de la vida social y como un proyecto que desde sus inicios –según una de sus fundadoras Liza Covantes– ha pretendido fortalecer el ejercicio de derechos humanos como la Alimentación adecuada, la Salud, el Medio Ambiente Sano, entre otros (Covantes, 2017). Aunque el Colectivo no es exclusivamente una red de producción y distribución agroalimentaria, puede considerarse como una red de consumo alternativo que prioriza la relación directa entre productores de alimentos sanos y locales con consumidores urbanos preocupados por la calidad de los alimentos que consumen y la calidad de vida de los campesinos en el medio rural. En este caso, la iniciativa de consumir productos agroalimentarios alejados de la producción convencional, es resultado de una crítica política más amplia y de la necesidad de ejercer mayor autonomía en términos prácticos, es decir, ejercer el poder de decidir qué comer, dónde adquirirlo y conocer la forma en que se produjo.

En el Colectivo ha sobresalido la preocupación constante por la alimentación pero siempre ligada a los problemas económicos, políticos y sociales que aquejan a su medio inmediato. Esta característica es resultado de la trayectoria que cada uno de los miembros tuvo antes de fundar o unirse al Colectivo Zacahuitzco, como la formación académica de quienes iniciaron el proyecto o la participación política de sus miembros fundadores, quienes tiempo atrás habían tenido participación en el Movimiento “Sin Maíz No Hay País” (D. Espinosa, comunicación personal, mayo de 2018) y la participación de Liza Covantes en la lucha por la aprobación de la Ley de Seguridad Alimentaria en la Cámara de Diputados –expedida en septiembre de 2011. Estas características – académicas y de militancia política– han marcado el rumbo y la profundidad con la que este Colectivo ha venido construyéndose desde sus inicios.

Los inicios formales del Colectivo Zacahuitzco se remontan a hace más de quince años (Covantes, 2017), cuando un grupo de mujeres comenzó un

trabajo de concientización sobre los problemas políticos, sociales, ecológicos y de salud que resultaban de las prácticas de agricultura convencional. Desde entonces la guía ideológica del Colectivo ha estado nutrida de conceptos como producción y consumo responsable, vínculo campo-ciudad, soberanía alimentaria, entre otros, nociones que comienzan a dar forma a un proyecto que estaría encaminado a rebasar el discurso para poner en marcha un modelo alternativo de consumo agroalimentario. En principio se comenzó por promover redes entre productores agrícolas, procesadores de alimentos sin certificaciones oficiales pero interesados en la producción de alimentos sin agroquímicos y consumidores interesados en temas afines (ídem). No obstante, la primera reunión del Colectivo se celebró el 7 de marzo de 2015,

“ese día participaron representantes de varios colectivos: el FIAN (*Food First Information and Action Network*) organización internacional de defensa del derecho a la alimentación (Daniela); la asociación Semilla de Vida con quien ya estaba en contacto con la campaña “Sin Maíz No Hay País” (Adriana), el representante de un grupo de consumidores de Ecatepec ya conformado desde hace varios años, los líderes de una unión de cooperativas poblanas “Jaguar” (Fernando y Noemi, hermanos), la Confederación Nacional para la emancipación social (Alejandro, profesor en la Universidad Obrera), un productor representante del grupo Promesan (Fausto, es una unión de cooperativas de producción de varios estados en un vecindario de la ciudad de México) y Greenpeace (Margarita) para citar algunas organizaciones. Además participaron consumidores a título más individual, no necesariamente vinculados en algún activismo” (Monachon, 2017, p. 133).

Desde que se decidió comenzar con las actividades de comercio e intercambio se unieron al Colectivo Zacahuiztco consumidores y productores tanto de la Ciudad de México como de los estados circunvecinos como Estado de México, Puebla, Tlaxcala y Morelos (ibíd., p. 134). De esta articulación, surgió la idea de generar un mecanismo de ahorro y préstamo solidario, bajo la lógica no del mercado capitalista sino de la economía popular. Por ello, aunque es posible enmarcarlo en el concepto de Red Agroalimentaria Alternativa (RAA), ya que es éste su principal centro de acción, funciona también más allá del ámbito agroalimentario.

Según una de sus fundadoras, Dulce Espinosa, el Colectivo Zacahuitzco inició un segundo momento con la apertura de un espacio de venta abierto (comunicación personal, mayo de 2018) , o “tienda solidaria” como la llama otro de sus miembros David Monachon (2017). Este espacio tiene por nombre “Centro de Distribución y Abasto de Alimentos, Mawí, para el Buen Vivir” (Covantes, 2017). Actualmente es el centro del Colectivo en cuanto a distribución agroalimentaria se refiere, con la característica de funcionar únicamente con trabajo voluntario.

Las prácticas del Colectivo y su adhesión a los principios de la economía solidaria, lo estructuran como una red de articulación entre productores y consumidores organizados que a pesar de contar con un espacio abierto al público para la comercialización de productos agroalimentarios –“tienda solidaria”– no ha llegado a constituirse como un tianguis o mercado alternativo, ni como una cadena corta. Sin embargo, en su calidad de colectivo militante, han logrado avanzar hasta la puesta en marcha de un modelo de Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC)²⁹, convirtiéndose con ello en una de las experiencias de RAA pioneras en cuanto al emprendimiento de un modelo agroalimentario de avanzada y efectivamente alternativo frente al Sistema Agroalimentario Global (SAG) que confina a los pequeños productores a la desvinculación total con quienes consumen los productos finales.

Como red de productores agroecológicos y consumidores críticos, el Colectivo Zacahuitzco es reconocido por sus miembros como un espacio de compra e intercambio, donde un grupo de personas, más allá de coincidir en un acto meramente mercantil, están interesadas en recrear un nuevo entorno social, repensando las necesidades comunes, alimenticias, de salud y de economía popular-familiar. Para ello ponen en marcha formas de coordinación que pueden entenderse a través de la mirada de la Teoría de la Convenciones, ya

²⁹ La Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC) es el acuerdo en el que un grupo de consumidores patrocina un ciclo agrícola de uno o varios agricultores, acordando con ellos o él tanto los productos a sembrar como el número de entregas que realizará una vez iniciado el periodo de cosecha, El tema se aborda con más detalle en los siguientes apartados.

que a pesar de sus orígenes militantes, han incorporado nuevos actores sociales que parten de valores y sentidos morales muy diversos, gracias a dichas coordinaciones han logrado articularse incluso en proyectos más ambiciosos como los proyectos de ARC.

Reconstrucción contextual del espacio crítico: la alteridad agroalimentaria en la Ciudad de México

Según estadísticas oficiales, el 70 por ciento de los alimentos frescos que se consumen en la Ciudad de México, pasan por la Central de Abastos³⁰. Este predominio de los grandes intermediarios, hace que los precios se eleven y que la inmensa mayoría de la población dependa de un reducido grupo de empresario para satisfacer sus necesidades cotidianas de alimentos frescos, lo que promueve una mayor inseguridad alimentaria en una de las urbes más pobladas del mundo.

Datos del Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI), la Zona Metropolitana de la Ciudad de México en el año 2000 comprendía las 16 delegaciones, más 27 municipios conurbados del Estado de México y el municipio de Tizayuca en el Estado de Hidalgo, con una población estimada de 17 millones de habitantes en dicha región. Empero, también existe otra demarcación y división administrativa llamada Zona Metropolitana del Valle de México (ZMVM), que es más amplia y abarca 59 municipios del Estado de México, 16 delegaciones de la Ciudad de México y el municipio de Tizayuca en el Estado de Hidalgo. Esta zona comprende hoy más de 22 millones de habitantes, cifra que se considera como la que efectivamente ilustra la hiperconcentración urbana en la región.

Como ya se dijo, la ZMVM es una de las más densamente pobladas del mundo con todas las problemáticas que ello implica, entre las cuales se encuentra la vulnerabilidad alimentaria. La urbanización descontrolada y la falta de agua son

³⁰ Cifras presentadas por Eduardo Quintanar, Consultor del Marco de Cooperación de las Naciones Unidas para el Desarrollo de México

algunos de los problemas más comunes en la mayor parte del territorio. Esta situación perjudica directamente tanto a la producción agroalimentaria como al propio acceso a los alimentos. Dadas las características de la ZMVM, la inserción de la Zona en el Sistema Agroalimentario Global (SAG) es, entre otras cosas, altamente riesgosa. Gran parte del abastecimiento depende de unos cuantos mediadores que, además de acaparar los mayores beneficios de la cadena, no podrían garantizar el abasto en un contexto de mayor riesgo económico, ecológico o de seguridad pública.

Mapa 2. Zona Metropolitana del Valle de México



Fuente: Wikimedia Commons, 2017. La Zona Metropolitana del Valle de México comprende las 16 Delegaciones de la Ciudad de México, 59 municipios del Estado de México y un municipio del Estado de Hidalgo.

En este contexto, los mercados alternativos, de productores o las cadenas cortas —es decir, las RAA— son manifestaciones de intercambio y comercio que a pesar de encontrarse en construcción son una necesidad imperante. La multiplicación de estos esfuerzos y la estabilización de los canales de consumo

alternativo que ya funcionan representan no sólo vías de transformación hacia nuevos sistemas agroalimentarios, sino espacios de reconstrucción social. En este sentido, los mercados alternativos como el Colectivo Zacahuitzco son a menudo manifestaciones de una racionalidad distinta a la racionalidad moderna-capitalista, parten de una ideología diferente y de objetivos totalmente opuestos a la lógica de la acumulación, con el objetivo de construir una economía solidaria.

Mercados y Tianguis alternativos en la Ciudad de México: el abandono del consumo popular

En la Ciudad de México han venido creciendo los Tianguis y Mercados alternativos durante la última década (García, 2015). Este crecimiento ha sido resultado de factores diversos. Los cambios en el consumo agroalimentario se han dado a raíz de las riesgos que el SAG acarrea, de la consciencia política y social de ciertos sectores, de la diferenciación constante entre las formas de consumo suntuarias, pero también como resultado de la exclusión de los pequeños y medianos productores de los grandes centros de distribución agroalimentaria en todo el mundo. Sin embargo, esta forma de comercialización se ha alejado de quienes cuentan con presupuestos familiares a penas ceñidos a las necesidades básicas. Los Mercados y Tianguis alternativos en la Ciudad de México, son una vía de sobrevivencia para los pequeños productores que logran insertarse en ese nicho, empero no tiene como objetivo construir un sistema agroalimentario efectivamente alternativo que incluya a los sectores urbano-populares. A pesar de ello, son un mecanismo agroalimentario no-convencional que ha venido ganando espacios en la Ciudad de México y por lo tanto es parte del panorama en el que se desarrolla este caso.

Se estima que en la Ciudad de México existen diez grandes tianguis o mercados alternativos que convocan semanalmente a 260 vendedores y 1,200 consumidores en promedio (Natividad, 2018, p. 43). El número de vendedores fluctúa entre 12 a 60, casi todos provenientes de las zonas rurales de Ciudad de México y el Estado de México, mientras los consumidores varían entre 50 y 250

por cada tianguis o mercado alternativo (ibíd., p. 44)³¹. No existen estudios sistemáticos sobre el poder adquisitivo de los asistentes, no obstante resulta sencillo reconocer que pocos de los consumidores que asisten a estos tianguis o mercados alternativos no pertenecen a los sectores populares de la Ciudad de México.

Cuadro 6. Mercados alternativos de la Ciudad de México

Delegación	Nombre del Tianguis o Mercado Alternativo
Cuauhtémoc	Mercado El 100
Álvaro Obregón	Mercado El 100
Benito Juárez	Tianguis Orgánico Bosque de Agua
Álvaro Obregón	Tianguis Orgánico Bosque de Agua
Tlalpan	Mercado Alternativo Tlalpan
Tlalpan	Mercado Alternativo Tlalpan
Benito Juárez	El Bonito Tianguis
Cuauhtémoc	Foro Tianguis Alternativo Ciudad de México
Benito Juárez	Mercado Alternativo Pequeño Productor
Miguel Hidalgo	El Buen Campo

Fuente: Elaboración propia a partir de (Natividad, 2018)

En estos números no están representadas las redes, cooperativas, grupos de consumo vecinal y de más experiencias micro-sociales, como la del Colectivo Zacahuitzco, donde el consumo alternativo popular efectivamente se desarrolla. Empero, el diagnóstico es similar en cuanto al aumento y origen de estas RAA, con la diferencia de que el consumo de las organizaciones de base –como colectivos, por ejemplo– no se funda en la opulencia del consumo sino en la necesidad de abrir otras vías tanto para el consumo cotidiano como para los productores. Ello no quiere decir que las RAA como el Colectivo Zacahuitzco

³¹ El estudio de M. Natividad del Colegio de Posgraduados, podría ampliarse aún sin aumentar el estudio empírico, en su modelo de encuesta se encuentra un gran número de elementos que la autora no resalta. Sería interesante ampliar su estudio aunque bajo un enfoque teórico bien definido, ausente en su estudio. Sin embargo, es una referencia para los interesados en el tema.

estén exentas de la búsqueda por mejor productos, sobre todo en cuanto al origen agroecológico de sus alimentos, sino que no buscan cubrir sus elecciones agroecológicas mediante caminos alternativos al SAG, donde la ideología solidaria, la ética y la búsqueda por la autonomía en las elecciones diarias guían sus estrategias de reproducción material. Una de esas vías, quizá la más desarrollada en la ZMVM es la economía social y solidaria, dentro de la cual se encuentra la experiencia del Colectivo Zacahuitzco.

Economía social y solidaria: las estrategias del consumo popular

Aunque las ciencias económicas a menudo han olvidado que los sujetos no siempre responden a las teorías económicas, existen otras ciencias económicas mucho más ligadas a las realidades efectivas de los agentes sociales, es decir, más cercanas a la sociología que al positivismo económico de las teorías neoclásicas. La economía neoclásica, como es bien sabido, es el fundamental que sustenta las prácticas neoliberales del capitalismo contemporáneo. En contraste, han emergido nuevas escuelas de economía que se alejan, discursiva y prácticamente, del paradigma dominante en las ciencias económicas. Una de ellas es la economía social, también conocida como economía solidaria o popular. Generalmente, este concepto comprende formas específicas de acción y organización como las cooperativas, sin embargo incluye además muchas otras formas de vida económica no-convencional, es decir, formas de vida socio-económica basadas en una racionalidad no-instrumental. Otro concepto asociado es el de socio-economía de la solidaridad (Guerra, 2014), con postulados teóricos muy similares.

La economía social además es considerada como el tercer sector, entendiendo que estas formas de organización no pertenecen ni al sector público ni al privado, por lo menos no en un sentido tradicional. Para el Foro Social Mundial, la economía social es la que se basa en valores de igualdad, cooperación, compromiso con el entorno territorial y solidaridad que permiten vislumbrar alternativas económicas, sociales y culturales a partir de iniciativas de comercio justo, finanzas éticas, entre otras (Razeto, 1999). Dentro de las diferentes

denominaciones de dichas prácticas económicas se encuentra la de economía popular, un concepto que ha llegado a permear incluso en la política social gubernamental en América Latina en países como Ecuador o Venezuela.

Aunque toda forma de economía es finalmente una economía social, dado que se construye sobre instituciones, comunidades y sujetos sociales, no es este el paradigma dominante en la lógica capitalista, sobre todo en su fase actual neoliberal. En términos gruesos podemos pensar que la economía social o popular es aquella que de diferentes maneras escapan a la lógica capitalista pero que tampoco pretenden una socialización total de la actividad económica moderna; es, así entendida, una forma de economía alternativa que comprende cooperativas, cajas de ahorro, mercados alternativos, organizaciones autogestionarias, entre otras (Bastidas-Delgado & Richer, 2001).

En el contexto actual, específicamente en el caso que aquí analizamos del sistema agroalimentario hegemónico-global, esta forma de economía se ha ido construyendo sobre ruinas, sobre la violencia y la exclusión de los pequeños y medianos productores agrícolas, pero también en positivo, sobre la decisión de consumidores que, por diferentes vías experienciales, buscan desincorporarse de las prácticas que consideran nocivas individual o socialmente. En América Latina esta explosión de experimentos de economía social son mayores, empero de igual manera están presentes en otros contextos, aunque con otras características acordes con los contextos en los que emerge.

Al otorgar prioridad al mercado convencional, como agente principal en la creación de riqueza social, se dejan de lado los mecanismos de compensación que típicamente sostenían al modelo de desarrollo capitalista de la posguerra. El abandono de estas formas de protección de los excluidos de los beneficios del modelo económico, está generando que sean los propios sujetos de la exclusión quienes generen sus mecanismos de sobrevivencia basados en formas de economía alternativa. Esta es una de las características principales de los mercados alternativos, sin este fundamento de economía solidaria no es

posible entender estas manifestaciones en contextos como la Ciudad de México.

Los mercados alternativos, como el Colectivo Zacahuitzco, deben analizarse como parte de las nuevas redes agroalimentarias sin olvidar que éstas se encuentran inmersas en procesos de reapropiación social de la naturaleza pero también de la economía. Retomar la gestión de la economía inmediata, sobre principios de mutua ayuda y solidaridad, es un acto individual con repercusiones sociales tan importantes como los resultados de transformar el modelo productivo agrícola hacia modelos agroecológicos. En este sentido, las propuestas de la economía social o popular acompañan a las propuestas que, desde el campo de la ecología política, dan forma a otras racionalidades. Las propuestas de la política del territorio y la diferencia, intentan construir otra racionalidad productiva (Leff, 1998), de igual forma que la economía solidaria hace nuevas formas de economía sobre nuevas racionalidades económicas (Razeto, 1999).

Ilustración 2. Instalaciones del Centro de Distribución y Abasto de Alimentos Mawí, para el Buen Vivir



Nota: Instalaciones de Centro de Distribución y Abasto de Alimentos “Mawí, para el buen vivir” (Covantes, 2017).

En el caso de la ciudad de México la producción agroecológica y la economía solidaria van de la mano necesariamente, los mercados alternativos, como el caso del Colectivo Zacahuitzco, es una muestra de este fenómeno de consumo alternativo en un contexto citadino es, en un sentido profundo, una red agroalimentaria auténticamente popular.

De esta forma, con prácticas alternativas enmarcadas en una racionalidad distinta a racionalidad económicas capitalista, se renueva la confianza en las economías locales y en la realidad de la autosuficiencia (*self-reliant local economies*) como bien señala M. Fonte (2013, p. 231). Empero, dicha renovación lleva consigo un largo proceso de aprendizaje en el que las capacidades y límites de los actores juegan un rol fundamental. En el siguiente apartado se muestran las características de los actores y procesos más relevantes en la construcción del espacio crítico en el que se despliegan las Convenciones que se analizarán más adelante, sin embargo, debe contemplarse en todo momento la relevancia que la ideología de la economía social y solidaria tiene para el Colectivo Zacahuitzco.

Actores y procesos relevantes en la conformación del Colectivo Zacahuitzco

Características de los productores y consumidores

Las entrevistas se realizaron el mes de agosto de 2017 en las instalaciones del local comercial que desde hacía un año el Colectivo ofrecía tanto ventas al público como la venta e intercambio entre miembros de la red. El local Centro de Distribución y Abasto de Alimentos, “Mawí, para el buen vivir”, se encuentra ubicado muy cerca de la Calzada de Tlalpan, al sur de la Ciudad de México. Al igual que en los otros casos, además de las entrevistas realizadas en esa oportunidad, fue importante también la observación. Las entrevistas se realizaron mientras los entrevistados realizaban sus actividades, por lo que en hubo repeticiones y se tocaron temas diferentes, no obstante el resultado es relevante. Adicionalmente se realizaron entrevistas a actores relevantes que

confirmaron datos o bien ofrecieron nuevas perspectivas. De igual manera fue posible incorporar información a partir de una investigación doctoral previa de uno de los miembros del Colectivo. A continuación se presentan la síntesis de los datos obtenidos.

Actualmente el Colectivo está compuesto por 35 familias urbanas representados por al menos un miembro. De estos miembros 24 son mujeres y 11 hombres. De ellos, sólo 7 miembros tienen un empleo fijo, 2 son pensionados, mientras otros 17 cuentan con ingresos aunque no de manera regular (algunos obtienen ingresos por la venta de sus productos a otros miembros del Colectivo, ofrecen servicios específicos, mientras otros dan clases o consultorías pero solo de manera eventual); el resto no cuenta con ingresos (Covantes, 2017).

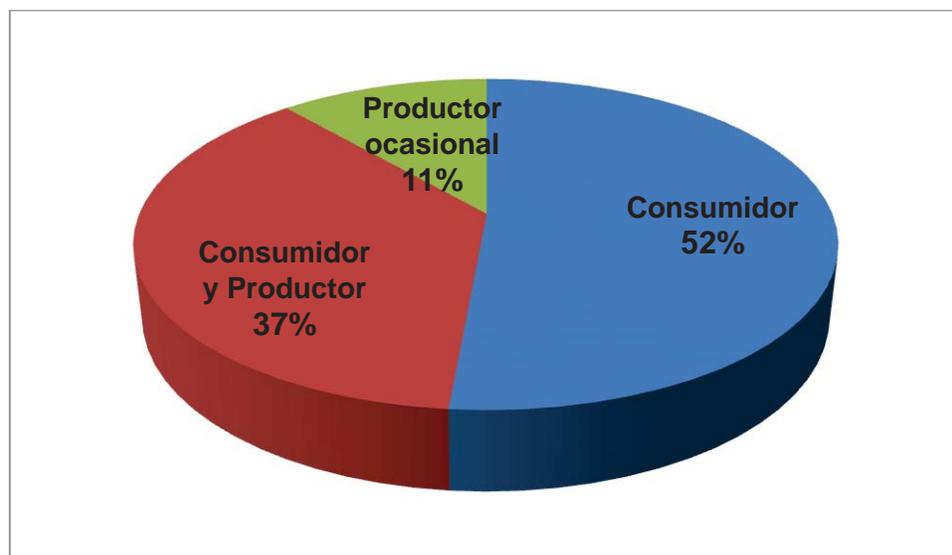


Figura 7. Participación por roles de los miembros del Colectivo Zacahuitzco. Elaboración propia con información de Covantes (2017)

El Colectivo Zacahuitzco cuenta con socios fundadores, los más activos en cuanto a la administración general del Colectivo se refiere, entre ellos la responsabilidad, la amistad e incluso un sentimiento de hermandad son los referentes a partir de los cuales dan sentido a su trabajo en la organización cotidiana de las tareas. El trabajo es voluntario y las tareas asignadas de acuerdo a las necesidades del Colectivo y la disponibilidad personal de sus

miembros. Las ganancias, cuando existen, son integradas para cubrir los gastos de operación, los cuales son cubiertos por mis socios fundadores cuando no hay fondos suficientes. La mayor parte de las tareas las llevan entre 6 y 7 personas (D. Espinosa, comunicación personal, mayo de 2018), sin embargo la gran mayoría de los socios tienen menor participación administrativa pero con un compromiso constante con el Colectivo. Por último también participan compradores que sin ser parte del Colectivo Zacahuitzco eventualmente adquieren algunos productos en el espacio de venta “Mawí, para el buen vivir”.

Según Liza Covantes, la clasificación por ejercicio de roles dentro de la estructura de cooperativa del Colectivo Zacahuitzco son: 18 miembros sólo consumidores (52%), 13 consumidores y productores (48%), y 4 productores eventuales (Covantes, 2017). Como se ha mencionado, en el caso del Colectivo Zacahuitzco el origen militante y académico de los socios fundadores ha sido determinante. De los 35 miembros, 27 cuentan con estudios de licenciatura, 1 es profesora normalista, 4 son estudiantes universitarios y otros 2 terminaron el bachillerato (ídem). Como puede observarse la formación académica es un elemento fundamental en la composición del Colectivo, con lo cual su posición política e ideológica puede explicarse como parte del capital cultural de sus miembros (Bourdieu, 1997).

Ahora bien, los productores del Colectivo Zacahuitzco son productores agrícolas y transformadores de alimentos. El más constante de los productores agrícolas ha sido productor con prácticas tradicionales desde hace más de cuarenta años. Desde hace aproximadamente ocho años comenzó a producir de manera orgánica, aunque no cuenta con ningún tipo de certificación. El resto de los actores que generan productos agroalimentarios para el Colectivo comenzaron a preparar sus productos durante el proceso de formación del grupo, hace alrededor de dos años.

Entre los productos frescos que comúnmente se encuentran en la “Tienda solidaria” del Colectivo están: coliflor, nopal, lechuga, acelga, maíz, verdolagas, espinacas, cilantro, calabaza, kale, chilacayote y brócoli. Sin embargo también

se ponen a la venta granos como el arroz y frijol de diferentes tipos. Además productos frescos como leches, quesos y huevos, así como comida preparada como salsas, moles, tamales sin manteca de cerdo, choco-pinole, galletas y otros postres de bollería, además de productos de herbolaria. En total los miembros del Colectivo dijeron contar con 120 productos, entre los que igualmente se encuentran productos orgánicos certificados de marcas comerciales, ello con el interés de cubrir una gama más amplia de productos. La venta de productos incluye igualmente productos no agroalimentarios como champús, desodorantes y otros productos de higiene personal preparados de manera artesanal por miembros del Colectivo.

Ilustración 3. Productos en exhibición en el “Mawí, para el Buen Vivir”



Fuente: Centro de Distribución y Abasto de Alimentos “Mawí, para el buen vivir” (Covantes, 2017).

El principal productor, quien cada semana acude a las instalaciones de “Mawí”, vive y produce en San Gregorio, Xochimilco, Ciudad de México. No obstante, el Colectivo tiene también relación con productores de los estados de Morelos,

Tlaxcala, Guerrero, Puebla, Estado de México y Jalisco, de dónde obtiene productos específicos para la venta (Covantes, 2017; D. Espinosa, comunicación personal, mayo de 2018). Desafortunadamente, los márgenes de ganancia para los productores son estrechos, en muchas ocasiones los volúmenes de producción y la necesidad de que los productores sean accesibles para todos los miembros del Colectivo hace que los ingresos sean, en ciertos casos, prácticamente simbólicos (Covantes, 2017). Por ello, los productores que participan con el Colectivo necesitan otras formas de comercialización para cubrir sus necesidades económicas familiares, por lo cual, además venden sus productos en los medios convencionales –cuando tienen un volumen de producción que se los permita– a pesar de que no pueden ganar un sobreprecio por sus productos de calidad agroecológica en los canales convencionales, como es el caso del productor de Xochimilco (Cazas, comunicación personal, diciembre de 2017), el más cercano al Colectivo.

Las experiencias de Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC)

La Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC)³² es una de las alternativas agroalimentarias más experimentales tanto para los pequeños productores, como para los consumidores, es una estrategia de entrelazamiento entre la nueva ética de consumo y la producción agroalimentaria no-convencional. En este sentido, se podría pensar como una forma evolucionada de la alteridad agroalimentaria. La ARC es una de las experiencias más avanzadas en cuanto a rompimiento con el sistema agroalimentario convencional, considerando lo que S. Gliessman ha expuesto como los niveles en el proceso de conversión agroecológica (Gliessman, 2016).

Según el planteamiento de Gliessman, los primeros tres niveles corresponden al orden individual de una unidad productiva, mientras los dos últimos son la inmersión de dicha unidad al entorno social dónde se desarrollan, incluyendo la

³² Dado que esta práctica se ha venido extendiendo, se han popularizado también los términos en inglés “*Community Supported Agriculture*” (CSA) y en francés “*Associations pour le Maintien d’ une Agriculture Paysanne*” (AMAP).

escala global. A pesar de lo ilustrativo del planteamiento, sería necesario agregar niveles intermedios dónde el Nivel 4 tendría quizá el mayor número de “subniveles”.

Cuadro 7. Niveles en el proceso de conversión agroecológica según S. Gliessman

Nivel 1	Aumentar la eficiencia de las prácticas industriales y convencionales para reducir el uso y el consumo de insumos costosos, escasos o dañinos para el medio ambiente.
Nivel 2	Sustitución de insumos y prácticas convencionales por prácticas alternativas.
Nivel 3	Rediseñar el agroecosistema para que funcione sobre la base de un nuevo conjunto de procesos ecológicos.
Nivel 4	Restablecer una conexión más directa entre quienes cultivan nuestros alimentos y quienes los consumen.
Nivel 5	Sobre la base creada por los agroecosistemas sostenibles a escala agrícola alcanzados en el Nivel 3, y las nuevas relaciones de sostenibilidad del Nivel 4, construir un nuevo sistema alimentario global, basado en la equidad, la participación, la democracia y la justicia, que no solo sea sostenible sino ayuda a restaurar y protege los sistemas de soporte vital de la tierra de los que todos dependemos.

Nota: Resumen de Gliessman (2016). Traducción propia.

Las RAA son, como ya se ha dicho, experiencias muy diversas con niveles de profundidad variable tanto en cuanto a conversión agroecológica de los sistemas agrícolas, como a escala de consumo alternativo. A pesar de ello, las experiencias de ARC pueden considerarse de mayor profundidad, ya que entrelazan la corresponsabilidad entre productores y consumidores más allá de las interacciones mercantiles al poner el acento en la confianza que significa dar por adelantado el o los pagos por productos que aún ni siquiera se han sembrado. De manera que el productor pueda realizar sus tareas con mayor libertad, en el entendido de que los consumidores finales confían en su trabajo y conocimientos, y que además son conscientes de los riesgos imprevistos en toda actividad agrícola o pecuaria.

La esencia de una ARC es que un grupo de consumidores patrocina un ciclo agrícola, acordando con el productor tanto los productos a sembrar como el número de entregas que realizará una vez iniciado el periodo de cosecha. Los antecedentes históricos de las experiencias de ARC se encuentra en los “*Teikei*” japoneses, originados en Japón durante la década de los setenta del siglo XX (García, 2015) luego de que ocurrieran varias muertes por envenenamiento por mercurio. Otra raíz es el movimiento “*Back to the Land*” (Retorno a la Tierra) desarrollado en Estados Unidos durante las décadas de los sesenta y los setenta. La filosofía de las ARC podría resumirse en que los participantes buscan “el mantenimiento de la agricultura a través del mantenimiento de un campesino determinado” (Weidknnet, 2011, p. 70, citado por Monachón, 2017).

En el caso del Colectivo Zacahuitzco las experiencias de ARC podrían considerarse como paradigmáticas en el contexto mexicano. La primera tuvo lugar en el año 2016, cuando acordaron la producción agroecológica de frijol y otros productos del sistema milpa con un productor del estado de Tlaxcala (Monachon, 2017, p. 136). Como primera medida se definió el número de kilogramos que sería adquirida obligatoriamente por el Colectivo (300), y el precio de éste calculando una tasa de ganancia para el productor. En esa ocasión participaron por parte del Colectivo Zacahuitzco cerca de veinte familias, quienes pagaron por adelantado el 50 por ciento del monto total acordado, con ello se adquirió la semilla y se comenzaron las labores agrícolas (Covantes, 2017). En ese acuerdo se incluyó también la necesidad de al menos una visita de campo por parte de las familias participantes, a fin de profundizar el trabajo de sensibilización con las familias del Colectivo.

Este acuerdo tuvo lugar en el marco del Encuentro Regional sobre Agroecología y Certificación en Tlaxcala celebrado en mayo de 2015, donde miembros del Colectivo Zacahuitzco y *Pakal*, un productor agroecológico de Tlaxcala, acordaron crear la ARC, iniciando con sólo un cuarto de hectárea (Monachón, 2017, p. 260). Cabe resaltar que a esta experiencia también se sumaron consumidores del Mercado Alternativo de Apizaco, quedado en el

Acuerdo un total de 40 familias. Los acuerdos se formalizaron por escrito y fueron firmados por ambas parte (ídem).

La visita al campo de producción, a la milpa del Rancho Paraíso, se realizó el mes de agosto. Los objetivos se cumplieron y las familias celebraron una comida junto con *Pakal*, quien en compañía de su familia era el responsable de la producción. Los resultados en términos de producción no fueron los esperados, no se obtuvieron ni 100 kilos (Covantes, 2017). Sin embargo, en términos de experiencia compartida entre productor y consumidores fue muy valiosa. Con lo obtenido se celebró un convivio y el resto se dividió entre la familia del productor y un apartado para la siembra el ciclo siguiente (Monachon, 2017, p. 262).

La segunda experiencia de ARC se realizó en octubre del mismo año, 2016, ahora entre el Colectivo Zacahuitzco y productores de las chinampas de San Gregorio Atlapulco, Xochimilco. Ésta ARC tuvo como objetivo abastecer a las familias del Colectivo de diversas hortalizas producidas bajo esquemas agroecológicos (Covantes, 2017). En esta experiencia participaron nueve familias quienes recibirían semanalmente lo que llamaron un “paquete verde”, compuesto por con cinco tipos de verdura, con algunas variaciones cada semana³³ durante un período total de ocho semanas. El prepago fue de 300 pesos por cada ciclo de ocho semanas, con la modificación de que en primavera se podrían obtener otros productos como: calabacita, ejote, jitomate, tomate, chile, apio, col de Bruselas, zanahoria, betabel, además de las obtenidas en el ciclo invernal. Al igual que en la primera experiencia algunas familias visitaron las chinampas y celebraron una convivencia con la familia productora.

A diferencia de la primera experiencia, la participación de las familias fue menor y sólo se sumaron al segundo ciclo tres familias más, con lo cual quedaron en doce. Los motivos argüidos para no participar giran alrededor de la

³³ Los “paquetes verdes” podían incluir: lechugas de cuatro variedades, espinacas, acelgas, col, kale o bersa, arúgula cilantro, rábano, hinojo, menta o verdolagas.

incertidumbre de si serán capaces de ir cada semana a recoger sus “paquetes verdes”, o de su preferencia sólo por cierto tipo de productos y no por todos los del paquete (Covantes, 2017). Como puede verse, cada experiencia de ARC aportó diferentes conocimientos al Colectivo, con los cuales podrán poner en marcha otras experiencias basadas ya no sólo en la necesidad y la voluntad de sus miembros sino en los conocimientos adquiridos durante los meses que las ARC han funcionado.

El esquema de RAA como ARC es, como se mencionó antes, uno de los métodos más interesantes en términos de construcción de alteridad agroalimentaria. En el caso del Colectivo Zacahuitzco la experiencia responde al origen militante de sus fundadores y a su nivel de información. Gracias al conocimiento de las experiencias europeas, japonesas y norteamericanas, los miembros más activos del Colectivo pudieron poner en marcha un experimento que en otras Redes o mercados alternativos no se ha planteado. Según Monachon, en este y otro contextos “los consumidores y/o productores que iniciaron una ARC explican que fue por razones políticas, ecológicas y sociales (2017, p. 143). En este sentido, es viable decir que las ARC tienen un inicio militante, es decir parten de una lectura crítica del entorno político y tienen una propuesta de futuro fundada en una adopción de lo que en la sociología pragmática de L. Boltanski se llama un sistema moral.

Al respecto, el Colectivo Zacahuitzco ha llevado ésta responsabilidad compartida hacia aspectos de solidaridad más amplia ante eventos inesperados. Luego del sismo de septiembre de 2017 que impactó enormemente a la Ciudad de México, las chinampas de San Gregorio Atlapulco, Xochimilco de donde el Colectivo obtiene gran parte de sus productos agroalimentarios, quedaron seriamente dañadas. Bajo la lógica de responsabilidad compartida, el Colectivo comenzó a trabajar para reconstruirlas y así apoyar al productor y a su familia. De una desgracia común, aunque con diferentes grados de afectación, el Colectivo ha logrado fortalecer sus lazos solidarios y cívicos. En este punto, es necesario ahora profundizar en la lectura

del sistema moral que da forma a estas prácticas bajo la mira de la Teoría de las Convenciones, a ello se dedica el siguiente apartado.

Las Convenciones en el Colectivo Zacahuitzco

El sistema de convenciones en el Colectivo Zacahuitzco se ha venido construyendo de manera paulatina, a diferencia de los mercados o tianguis alternativos, en su organización no han estado presentes siempre las formas de coordinación propias de una estructura de intercambio de mercancías. Sin embargo, existen elementos para confirmar que prácticamente en todas sus etapas, la principal forma de coordinación ha sido la que corresponde al campo cívico. Recordemos que como proponen Boltanski y Thévenot lo que nombran como la “Ciudad Cívica”, basada en “El Contrato Social” de J. J. Rousseau, lo que caracteriza a los actores cívicos es su capacidad para representar a los demás, de “encarnar lo colectivo y de servir a la expresión de la voluntad general” (Guerrero & Ramírez, 2011, p. 64). La militancia política, el sustrato académico y el compromiso ideológico de sus fundadores y más activos miembros, han dado pie a que el sentido cívico enmarque de igual manera su alteridad agroalimentaria.

Los miembros del Colectivo Zacahuitzco hacen frente a los problemas económicos y sociales de sus miembros a través de una reconstrucción de sus prácticas de consumo agroalimentario –aunque intenta también rebasar este ámbito– argumentando en favor de la agricultura no-tóxica, el valor de la diversidad agrícola y la corresponsabilidad entre consumidores y productores, en ello coinciden tanto productores, transformadores y consumidores del Colectivo. El cuidado de la salud, el impulso a los cambios en la lógica del consumo, el hacer frente al desempleo y al encarecimiento de los alimentos son algunos de los argumentos más recurrente en el Colectivo, por ello, en términos globales, la convención Cívica es la coordinación más representativa.

El predominio de la convención Cívica se funda también en el trasfondo ideológico de la economía solidaria que sustenta al Colectivo Zacahuitzco.

Como se describió antes, esta ideología enfatiza la cooperación por encima de la ganancia, el bienestar colectivo antes que la comodidad individual, entre otras, todas ellas características de la coordinación Cívica. Ya que el origen del Colectivo Zacahuitzco se remonta al desempleo de sus miembros fundadores, la búsqueda por nuevas formas de auto-empleo y de fortalecimiento de la autonomía frente a un sistema que excluye sistemáticamente, la responsabilidad social del Colectivo –civil, vale decir– sigue manteniéndose por encima de la lógica mercantil en que es fácil caer una vez emprendido un local con características prácticamente comerciales.

Por otro lado, aunque igualmente con un grado de importancia relevante, se encuentra la coordinación Doméstica. Al igual que el compromiso cívico, el sentido doméstico se encuentra en los orígenes del Colectivo Zacahuitzco, donde la amistad y más tarde el sentido de familiaridad –incluso se refiere al sentido de “hermandad”– mantienen y fortalecen tanto el intercambio comercial, como la búsqueda por nuevas y más profundas experiencias de alteridad agroalimentaria como las ARC. Sin esta convención el Colectivo quizá no habría podido sortear los problemas que suponen el abrir un espacio de venta basados únicamente en el trabajo voluntario. Sin duda el compromiso personal entre los miembros del Colectivo, es decir su coordinación Doméstica, mantiene e impulsa sus prácticas cotidianas.

A diferencia de los espacios de venta abiertos, el ambiente de la “Tienda Solidaria” (“Mawí, para el buen vivir”) no resulta relevante, sin embargo tiene un peso importante el “gusto por pertenecer” al Colectivo, con lo cual la convención Doméstica cobra un sentido similar al de los Mercados o Tianguis Alternativos donde el gusto por asistir y por la convivencia que allí se genera activan la coordinación Doméstica en las RAA. En el caso del Colectivo Zacahuitzco la interrelación entre las coordinaciones Doméstica y Civil es visible, por momentos se traslapan ya que el “gusto por pertenecer” al Colectivo y a sus prácticas se determina también por la ideología que se comparte y se promueve

tanto en las experiencias como las ARC como en la asistencia al espacio de venta.

Por otro lado, no se encontraron elementos de la convención de Notoriedad, ya que no se promueve la pertenencia al Colectivo a través de redes sociales y otros medios de mayor alcance. Empero, se hacen invitaciones personales que promueven la pertenencia a partir de resaltar la responsabilidad y las posibilidades de las prácticas del cooperativismo y la economía solidaria. De igual manera, tampoco existen procesos de certificación o calificación de los procesos de producción o transformación de alimentos, por lo que la coordinación Industrial es prácticamente inexistente en el Colectivo Zacahuitzco, ya que incluso las experiencias de ARC no consideraron una revisión sistemática de los procesos productivos, la base es siempre la confianza y la solidaridad con los productores y/o transformadores.

La convención Mercantil, por su parte, se encuentra activa en el Colectivo, aunque su importancia es menor que la coordinación Cívica e incluso la Doméstica. Algunos consumidores y el productor de hortalizas que participa cotidianamente con el Colectivo, dijeron ser buscar ahorrar dinero o bien obtener ganancias económicas. Prácticamente todos los participantes y miembros del Colectivo Zacahuitzco se sumaron al grupo para intentar construir otras formas de economía, por lo tanto, los sentidos de tipo Mercantil están presentes, aunque acompañados de formas que se acercan más a la coordinación Cívica: ahorrar o ganar dinero pero comiendo mejor y apoyándose mutuamente.

En cuanto a las debilidades en términos de convenciones, el campo Mercantil es el que más retos enfrenta en el Colectivo Zacahuitzco. Entre los más importantes se encuentran: tener más productos disponibles y abasto suficientes de los productos con los que actualmente ya se cuenta; contar con precios que parezcan más atractivos para que los miembros actuales permanezcan en la RAA así como para sumar más participantes tanto al espacio de venta “Mawí, para el buen vivir”, como a nuevas experiencias de

ARC. Otro reto para ésta coordinación es mejorar la administración económica del espacio de venta: buscar mecanismos para hacer más eficientes los procesos contables y construir métodos alternativos para la definición del precio de los productos, son dos retos ligados entre sí. Sin considerar adecuadamente los gastos y necesidad del espacio y del Colectivo en general, no es posible establecer precios más justos tanto para los productores como para los miembros que aportar su trabajo y tiempo de manera voluntaria.

Ahora bien, aunque la coordinación Cívica es la más fuerte e importante para el Colectivo, ha faltado participación por parte de los consumidores que sólo acuden al espacio de venta (52% del total) y no se involucran en ninguno de los procesos organizativos. Ésta carencia refleja una debilidad del campo Cívico al interior del Colectivo, ya que los miembros fundadores no han logrado extender la corresponsabilidad y la cooperación con los pequeños productores del campo hacia las tareas internas del Colectivo. Si bien no todas las familias cuentan con el tiempo necesario para encargarse semanalmente de una responsabilidad específica, podrían delegarse algunas tareas mensuales o bimensuales que podrían programarse con antelación, de manera que los miembros menos activos participen de alguna tarea para el mejoramiento interno del Colectivo Zacahuitzco.

Ligado a la coordinación Cívica al interior del Colectivo, la participación en las importantes y pioneras experiencias de ARC podrían generar también tareas para los miembros que ligen la organización interna del Colectivo con las responsabilidades de cooperación hacia el exterior, es decir con los pequeños productores agroecológicos. El reto no es simple, sin embargo sí los miembros fundadores, lo más activos en términos organizativos, logran extender la participación de los miembros que los identifican sólo como una fuente alternativa de alimentos –cabe decir, como un mercado alternativo– y no como un colectivo con fines más amplios, lograrán cumplir mejor con los objetivos de cooperación y ayuda mutua al impactar en la transformación efectiva de la ideología de sus miembros.

Aunque los mayores desafíos se ubican en las coordinaciones que atañen a las cuestiones internas, siendo esta una de las características de los Colectivos de corte más militante, es importante considerar la convención de Notoriedad, es decir, pensar en ampliar su base tanto de compradores alternativos como de miembros más afines con la ideología del cooperativismo y la economía solidaria a través de la promoción en redes sociales. Sin olvidar los riesgos que implican un manejo inadecuado de estos medios, es posible establecer canales de comunicación con un mayor número de personas interesadas en sumarse a experiencias de RAA o incluso de ARC.

La comunicación con otros colectivos y RAA similares también puede pensarse en términos de la coordinación de Notoriedad. Al tener mayor presencia pública las experiencias del Colectivo Zacahuitzco podrían ampliarse o incluso reproducirse en otros espacios de la ZMVM, donde a pesar de la distancia geográfica que podría existir, las condiciones y necesidades son similares en la mayor parte de los casos.

Por otro lado, respecto a la coordinación Industrial, el Colectivo Zacahuitzco podría comenzar a participar en algún proceso de Certificación Participativa, ya que con ello se reforzaría la posibilidad de sumar a más consumidores interesados en los productos orgánicos –reforzando en paralelo la coordinación Mercantil– al mismo tiempo que aumentarían la legitimidad pública y la autonomía del Colectivo como RAA. Los Sistemas Participativos de Garantía (SPG's) son una forma de generar mayor confianza entre nuevos consumidores, pero también una forma de reforzar la corresponsabilidad en los procesos de producción agroalimentaria alternativa, además son una forma de dar visibilidad a las capacidades autónomas tanto de los grupos como de los individuos interesados en la construcción de la alteridad agroalimentaria. Ligado a los procesos de certificación, se encuentra la necesidad de ofrecer un empaquetado que otorgue confianza e identidad a los miembros del Colectivo.

Reflexiones finales sobre el Colectivo Zacahuitzco

Los contenidos ideológico-políticos están muy presentes en el Colectivo Zacahuitzco, esta característica es una fortaleza ya que cohesiona a quienes participan en él. Como RAA el Colectivo es una forma de organización con una lectura crítica más amplia que la de un mercado o tianguis alternativo. Esta característica los ha impulsado al Colectivo a crear nuevas experiencias, lo que sumado al origen tanto militante como a los antecedentes académicos de sus miembros los coloca en una interesante posición frente a otras RAA.

Su particularidad frente a espacios más enfocados en la venta o la distribución alternativa de alimentos no convencionales, les permite estar abiertos nuevos experimentos, sin embargo esta misma característica les ha impedido fortalecer sus procesos internos de administración y división formal de tareas. A pesar de ello, sus experiencias de ARC y su particular distribución de alimentos, contienen más posibilidades de crecimiento y reproducción en otras áreas urbanas que los tianguis o mercados alternativos, para quienes la venta se convierte a través del tiempo en el objetivo central, insoslayable tanto para quienes venden sus productos como para quienes acuden solamente a comprar.

El Colectivo Zacahuitzco es pionero en la ZMVM y quizá en todo el país (Monachon, 2017) en poner en marcha varios experimentos de alteridad agroalimentaria, esta característica ha sido acompañada además por una militancia política que pugna por el respeto a los Derechos Humanos entre los que incluyen el derecho a una vida sana. Ello les coloca en posición de ventaja en la tarea de construir nuevos sistemas agroalimentarios, empero aún se encuentran en una fase donde dependen casi exclusivamente de los esfuerzos individuales, la transición hacia formas organizativas más estructuradas dependerá tanto de la capacidad de sus miembros como del contexto económico y político en el que se desarrolle durante los próximos años.

En el estudio comparativo se enfatizan algunos otros aspectos como la racionalidad del Colectivo que sólo a la luz de la comparación se ilustran mejor, por ahora cabe resaltar que el Colectivo Zacahuitzco está abriendo brecha, sería necesario seguir sistemáticamente esta experiencia a fin de contar con más elementos sobre la construcción de alteridad agroalimentaria en contextos híper-urbanizados como la ZMVM.

CAPÍTULO 5.

***Farmers´ Markets:* los mercados de productores en la Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá**

Introducción

El presente capítulo aborda el caso de los mercados de productores –*Farmers´ Markets*– de la Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá. Dichos mercados están organizados formalmente como una organización reconocida y apoyada por los distintos niveles de gobierno. En términos generales son una red de productores y consumidores preocupados tanto por la calidad de los alimentos como por la calidad de vida de los pequeños productores locales³⁴. El reconocimiento público de estos mercados es enorme como se mostrará en este capítulo, sin embargo los retos también son significativos.

Los *Farmers´ Markets* son establecimientos callejeros que funcionan regularmente una vez a la semana a las afueras de algún centro comunitario u oficina de gobierno. En ellos, prácticamente todos los productores son locales y producen de manera agroecológica, algunos con certificación orgánica (tanto de parte de agencias certificadoras como a través de Sistemas Participativos de Garantía (SPG´s), aunque también algunos operan sin certificación o bien con certificación caducas. A pesar de ello, como veremos en el caso de los mercados de productores vancouveritas este no es un problema importante. También son reconocidos por su variedad de productos *gourmet*, así como por la calidad de la comida preparada que también allí se oferta. Los defensores de estos mercados se han esforzado por mostrarlos como una opción importante para resolver los problemas agroalimentarios y de salud, así como un canal que permite sobrevivir dignamente a los productores locales tanto rurales como urbanos.

Canadá cuenta con una superficie de 918 millones de hectáreas, sin embargo sólo el 4.8% de ellas están en producción actualmente –es decir, 44.2 millones de hectáreas. Aproximadamente 20 millones de hectáreas adicionales se consideran potenciales para alguna forma de uso agrícola, empero la mayoría

³⁴ En los últimos diez años ha crecido el interés académicos por los mercados de productores, así lo demuestran una reciente investigación bibliométrica al respecto (Figueroa, Álvarez, Hernández & Schwentesius, 2018).

de ellas se encuentran en zonas climáticas poco favorables, siendo más adecuadas para la crianza animal. La provincia de la Columbia Británica, donde se ubica la zona metropolitana de Vancouver, tiene apenas el 0.8% de su territorio total de 95 millones de hectáreas en algún uso agrícola (Barrs, 2002, p. 13). Ante este panorama, las soluciones agroalimentarias en la provincia han sido la importación de alimentos y la aplicación de los métodos propios de las distintas oleadas de revolución verde: variedades mejoradas, métodos intensivos, mayor mecanización, cultivos genéticos, agroquímicos y biotecnología.

Esta situación ha generado los mismos problemas sociales, económicos, ecológicos y de salud humana que en otros contextos. En la provincia de la Columbia Británica, donde se ubica la Zona Metropolitana de Vancouver, más de la mitad de las muertes son por enfermedades cardiovasculares y cáncer. En lo económico el impacto también es alto, dadas las características económicas de la ciudad, la vivienda y la alimentación resultan excesivamente caras en comparación con otras ciudades de Norte América.

Por todo ello, no es trivial considerar las características de los mercados de productores locales ya que ligados a la producción agroecológica u orgánica, y en muchos casos a la agricultura urbana agroecológica, cuenta con elementos para aportar soluciones para la resolución de los problemas agroalimentarios y de salud que la organización del sistema agroalimentario global (SAG) está generando en las sociedades desarrolladas como la canadiense. Así lo han venido entendiendo los activistas de la agricultura urbana y los impulsores de los mercados de productores organizados desde hace años en redes de productores en movimiento, sumándose en los últimos años los distintos niveles de gobierno en la Zona Metropolitana de Vancouver, quienes impulsan el

fortalecimiento y la creación de más emprendimientos de comercialización local de alimentos a través de los *Farmers´ Markets*³⁵.

En este sentido, la liga entre *Farmers´ Markets* y la agricultura urbana es estrecha, desde noviembre de 2010 los agricultores y defensores urbanos de Vancouver se unieron en la Red de Agricultura Urbana. La Red fue concebida como un centro donde agricultores, consumidores, diseñadores de políticas y emprendedores pudieran aprender a actuar como aliados entre sí. La organización se formalizó como sociedad en 2012. Hasta la fecha, la Red de Agricultura Urbana cuenta con más de 30 miembros formales, entre empresarios, consumidores y responsables políticos (BC *Association of Farmers Markets*, 2015). Esta red es claramente un ejemplo de Movimiento Agroalimentario Alternativo (Renard, 2014), donde todos los participantes construyen, además de una red, una plataforma efectiva hacia la conformación de nuevos sistemas agroalimentarios.

Sin embargo es necesario reconocer que dichos mercados se encuentran alejados del consumo popular, su relación con los clientes y consumidores preocupados tanto por la calidad de sus alimentos como por la calidad de vida de los pequeños productores agrícolas locales, pocas veces rebasa la relación meramente comercial. El elevado precio de los productos que en ellos se oferta no permite que los sectores sociales de bajos ingresos, muchos de ellos inmigrantes de reciente llegada, se integren a estas redes. Como se muestra a lo largo de este capítulo, a pesar de sus fortalezas organizativas y del reconocimiento político y social, los retos que tienen los *Farmers´ Markets* en la Zona Metropolitana de Vancouver Canadá giran alrededor de la integración de

³⁵ Un ejemplo de este impulso político es la Estrategia Regional del Sistema Alimentario de Metro Vancouver (*Metro Vancouver Regional Food System Strategy*) (Metro Vancouver, 2016), instrumento que a partir del reconocimiento de las posibilidades de la agricultura urbana ha propuesto como sus objetivos: a) incrementar la capacidad para producir alimentos cerca del hogar; b) mejorar la viabilidad financiera del sector alimentario; c) promover la toma de decisiones alimentarias saludables y sustentable; d) garantizar el acceso a alimentos saludables, culturalmente diversos y asequibles; e) diseñar un sistema alimentario compatible con la salud ecológica.

más sectores de la población vancouverita. Mientras se mantengan en la lógica puramente mercantil, sus posibilidades como Red Agroalimentaria Alternativa (RAA) hacia la construcción de nuevos sistemas agroalimentarios quedarán muy limitadas. A continuación se presenta una descripción más detallada del contexto y los actores que conforman este proceso agroalimentario, ello nos permitirá comprender el despliegue de las convenciones a través de las cuales funcionan y se reproducen los mercados de productores vancouveritas.

Reconstrucción contextual del espacio crítico

En este apartado se presentan las características generales de la Zona Metropolitana de Vancouver (Metro Vancouver), Canadá, lugar donde toman lugar los mercados de productores que es posible identificar como una Red Agroalimentaria Alternativa (RAA), en la cual se despliegan una serie de acuerdos que pueden ser entendidos como formas de coordinación o convenciones, y donde también se ponen en práctica otras formas de racionalidad diferentes a la racionalidad instrumental dominante en el Sistema Agroalimentario Global (SAG). A pesar de la descripción de que se presenta en el siguiente sub-apartado, tratándose de un área bastante amplia –no sólo de una región como en los casos anteriores del Tianguis Orgánico Chapingo y el área de influencia del Colectivo Zacahuitzco– el lector debe entender que existe una diversidad mayor a la descrita. Las diferentes zonas de Metro Vancouver tienen sus propias características, a pesar de la fuerte homogeneización de la sociedad canadiense, diferenciándose en su composición social, cultural y económica en mayor medida de lo que es posible observar desde el exterior.

Ahora bien, siendo una sociedad diferente a la mexicana, desde la cual se analizan los otros dos casos que componen este estudio comparativo, vale la pena considerar las siguientes generalidades como características globales del caso vancouverita. No obstante, ésta reconstrucción general del espacio crítico de Metro Vancouver no debe aplicarse a otras regiones canadienses, por lo

cual el estudio comparativo considerará la comparación entre tres espacios con características propias sin intentar en ningún momento ser un estudio comparativo entre dos países.

Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá

La ciudad de Vancouver se encuentra en la Costa Pacífica de Canadá, es la ciudad principal de la provincia de la Columbia Británica –aunque la capital política es la ciudad de Victoria– es la tercera urbe más poblada en el país. En términos coloquiales, Metro Vancouver es el nombre con el que se conoce a todo el Distrito Regional del Gran Vancouver. Su población actual es de menos de 3 millones de habitantes: 2.463.431 habitantes según el censo de 2016 (Statistics-Canada, 2016), concentrando en su territorio a más de la mitad de la población de toda la provincia.

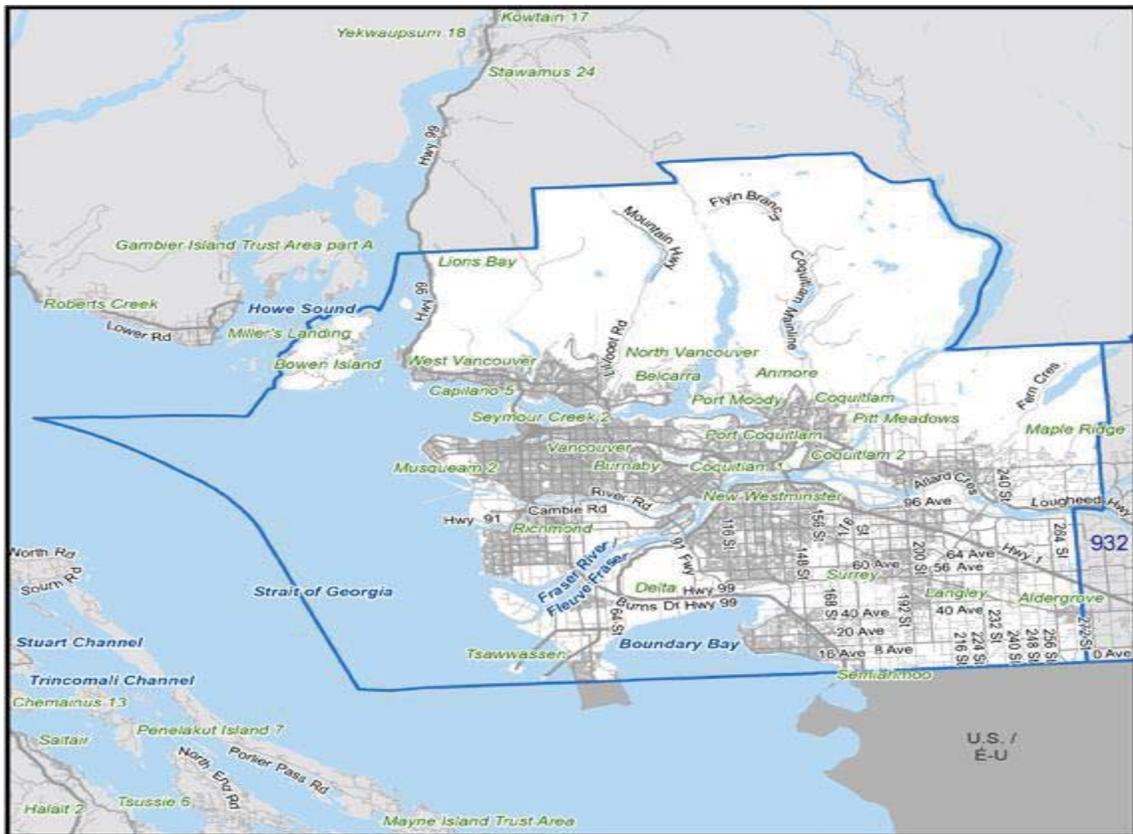
La fundación de la Ciudad data de finales del siglo XIX. Es considerada como una de las ciudades con mejor calidad de vida en el mundo³⁶ y con los índices de desempleo más bajos en el país (junto a ciudad de Quebec); en 2013 se consideró como la ciudad más cara en todo Norteamérica. La región depende principalmente de las actividades del sector primario, las portuarias y de servicios; en años recientes se ha reconocido a la ciudad como centro de producción cinematográfica. Sin embargo, la mayor característica de la ciudad es la diversidad sociocultural de su población con migración proveniente de Asia (China, India, Japón, Filipinas, entre los principales), Europa (Reino Unido, Alemania, Polonia, repúblicas de la antigua URSS) y en menor medida de América Latina y África, conformado todos ellos lo que se conoce como las Minorías visibles. La distribución de la población de Metro Vancouver es la siguiente:

- Minorías visibles: 48.9%
- Canadienses de origen europeo (*European Canadian*): 48.6%
- Indígenas (*Aboriginal group*): 2.5%

³⁶ Según refiere la BBC News (2014).

Con una gran infraestructura de parques, rodeados de lagos y ríos, sumados a las características climáticas de la región –con inviernos menos fríos y abundantes lluvias la mayor parte del año– han hecho de Vancouver una de las ciudades más “verdes” del mundo. Según el discurso oficial aspira a mantenerse como una de las ciudades de mayor riqueza natural urbana en las próximas décadas. El clima y la organización de la ciudad, con un estilo arquitectónico pendiente de los espacios abiertos y amplios jardines, han generado que la agricultura urbana sea una práctica muy común³⁷.

Mapa 3. Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá



Fuente: Statistics-Canada (2016)

³⁷ Se han hecho estudios sobre la agricultura urbana, específicamente en la ciudad de Toronto, Ontario, donde los autores concluyen que esta práctica ha contribuido a mejorar la calidad de las dietas familiares (Kortright & Wakefield, 2011) independientemente de la clase social de pertenencia. Además de los estudios sobre agricultura urbana, se identificó un estudio previo sobre la cuestión agroalimentaria en Canadá y su inserción en cadenas cortas de distribución, sin embargo se trata de un estudio centrado en las estrategias de los agricultores en la provincia de Ontario (Hall & Mogyorody, 2001), contexto diferente al de la Costa Pacífica (Díaz Méndez & García Espejo, 2014, p. 25).

La Zona Metropolitana de Vancouver está compuesta por 23 autoridades locales: 21 municipalidades, un distrito electoral y una zona bajo gobierno indígena (*Treaty First Nation*, TFN). A continuación se enumeran las 23 localidades:

Cuadro 8. Localidades que componen el área de Metro Vancouver

Miembro	Subdivisión	Miembro	Subdivisión
Vancouver	Ciudad	West Vancouver	Municipio de Distrito
Surrey	Ciudad	Port Moody	Ciudad
Burnaby	Ciudad	White Rock	Ciudad
Richmond	Ciudad	Pitt Meadows	Ciudad
Coquitlam	Ciudad	Área Electoral A	Área Electoral
Langley	Municipio de Distrito	Bowen Island	Municipalidad de Isla
Langley	Ciudad	Anmore	Villa
Delta	Ciudad	Lions Bay	Villa
North Vancouver	Municipio de Distrito	Tsawwassen	Reserva
North Vancouver	Ciudad	Belcarra	Villa
Maple Ridge	Ciudad	Port Coquitlam	Ciudad
New Westminster	Ciudad		

Nota: Elaboración propia, 2018 con datos de *Statistics-Canada* (2016)

Formalmente las localidades de Metro Vancouver están agrupadas a fin de administrar recursos y servicios comunes a toda el área metropolitana, tales como: agua, residuos líquidos, desechos sólidos, servicios de vivienda, planeación regional, calidad de aire, parques regionales y federación regional. Sin embargo, para fines de esta investigación se considera a Metro Vancouver

no como una organización institucional sino como una zona geográfica con características similares y dónde los *Farmers' Markets* tienen presencia.

Dadas las características de la zona metropolitana de Vancouver –precios de vivienda, comida, servicios, combustibles– por encima de la media canadiense– es una ciudad con una mayoría de población con poder adquisitivo medio y alto, aunque también existe una población marginada del consumo promedio que recibe subsidios directos que intentan subsanar esta situación. Sin embargo, gran parte de la población decide permanecer en Metro Vancouver por razones principalmente laborales, aunque el clima benigno es también bastante valorado. En síntesis, puede caracterizarse a Metro Vancouver como una ciudad con predominio de una clase media urbana y peri-urbana, aunque en las inmediaciones del Metro Vancouver también están presentes las zonas rurales en las que los pequeños y medianos productores agrícolas a menudo producen los alimentos que ofrecen en los mercados de productores locales³⁸.

Por otro lado, algunos analistas estiman que anualmente seis mil personas se trasladan a Vancouver desde otros lugares de Canadá y del mundo, situación que está causando un aumento en la densidad de población, lo que también causará mayor tensión en el sistema alimentario local (Bentley, 2005; Hild, 2009, citado por Williams, 2011, p. 2). Actualmente, aproximadamente el 25% de las emisiones de carbono de las ciudades de Metro Vancouver provienen de la producción y distribución convencional de alimentos (*Greenest City Action Plan*, 2011, citado por Williams, 2011).

La evidencia de la expansión de prácticas agrícolas alternativas incluye el aumento en el número de jardines comunitarios y parcelas en la Ciudad, que en menos de tres años aumentó en más del doble según el número registrado en

³⁸ “Vancouver cuenta con una clase media urbana educada que impulsa la reputación de la ciudad como un paraíso para el medio ambiente, y contiene una concentración de individuos y grupos dedicados a la política progresista de la producción de alimentos socialmente sostenible y el consumo. (...) Sin embargo, la división de ingresos dentro de la ciudad es más mixta, con sólo algunas áreas de bajos ingresos, superpuesta con la condición de minoría visible” (Seto, 2011, pp. 5, 11).

el Consejo de Política Alimentaria de Vancouver (Williams, 2011, p. 1); sumado al aumento de la agricultura de la ciudad como medio de vida –agricultura empresarial de granjas urbanas– (Stolhandske, 2011). Sin embargo, a pesar de este impulso, las cifras muestran que los canales convencionales de producción y distribución de alimentos siguen siendo los más relevantes en términos globales. A continuación se presentan una breve semblanza de los canales de distribución agroalimentaria en la zona Metropolitana de Vancouver, Canadá.

Canales de distribución agroalimentaria en Metro Vancouver

Los canales de distribución de los productos agroalimentario en Canadá son bastante típicos, responden en general a la lógica del Sistema Agroalimentario Global (SAG). A continuación se presentan los principales grupos así como los nombres de las principales cadenas de cada sector:

- Gran distribución (*Mass-Merchandisers*): *Real Canadian Super Store, Canada Safeway, Dollarama Stores, Walmart Canada Corporation, Canadian Tire Corporation, Giant Tiger Stores, Dollar Tree Canada*, entre los principales.
- Mayoristas (*Cash&Carry*): *Costco, A1, MVR, Wholesale Club, FKK Wholesale, Real Canadian Wholesale Club, Vending Products of Canada, National Grocers, Bestway, SKOR*, entre otros.
- Minoristas (*Convenience store*): *7-Eleven, Mac's, J&J Market, Shoppers Drug Mart, London Drugs*, entre los que cuentan con más sucursales.
- Tiendas especializadas: Tiendas gourmet, Expendios de frutas y verduras convencionales (aunque la mayoría cuenta con productos orgánicos) y *Farmers' Markets*, principalmente.

Como hábito transversal al consumo alimentario, es necesario resaltar que el consumidor vancouverita busca adquirir productos locales, aunque por ello no siempre entienda los mismos conceptos. Prácticamente todas las cadenas ofrecen productos locales, es decir: del país, de la provincia o definitivamente

de la región inmediata³⁹. Esta suerte de “localismo” alimentario es parte de una cultura alimentaria temerosa de las prácticas agroalimentarias extranjeras, sobre todo en cuanto al manejo animal. Incluso las cadenas de comida rápida estadounidenses como *McDonald’s* o *Burger King* informan en sus promocionales la proveniencia canadiense de sus productos cárnicos. Según una lógica ya bien establecida: lo local es más confiable y seguro. Sin embargo, durante los meses invernales la mayor parte de las frutas y verduras convencionales provienen de países tropicales.

Por otro lado, a pesar del panorama general favorable para los mercados alternativos de diferente tipo, al mismo tiempo la mayoría de la población sigue comúnmente hábitos alimentarios que encajan muy bien con la lógica de la comida industrializada. Según estudios de mercado (Gil Blanco, 2013), el consumidor promedio canadiense prioriza en sus elecciones alimenticias una presentación atractiva, envasado fácil, cómodo y ecológico; al mismo tiempo, hay una suerte de cultura generalizada de comprar comida pre-cocida o congelada. En contraste, aunque no necesariamente en contra de las prácticas convencionales de la industria alimentaria, también se busca que el producto envasado contenga la mayor información nutricional y del origen de los productos tanto en inglés como en francés (lo que además es obligatorio); además de un interés creciente y sostenido por los productos orgánicos y libres de gluten⁴⁰.

Actores y procesos relevantes en la conformación de los *Farmers’ Markets*

Existen casi treinta mercados de productores que funcionan semanalmente en la zona metropolitana de Vancouver, considerando que la población es menor a

³⁹ Según un estudio anterior (Williams, 2011), el 77% de los encuestados canadienses consideró importante comer alimentos cultivados localmente.

⁴⁰ En general, hay confianza en las certificaciones y los etiquetados. Podría decirse como agregado que, al igual que en otros países del capitalismo central, o países desarrollados, “el consumidor es más confiado en los países en los que el estado está más implicado en la regulación del sistema agroalimentario” (Díaz Méndez & García Espejo, 2014, p. 23).

los tres millones de habitantes, no resulta difícil imaginar que existe un contacto social mayor con esta posibilidad de compra que en el mercado mexicano, por ejemplo. Por su parte, para los productores-vendedores los *Farmers' Market* son siempre una opción que, dependiendo de sus productos, pueden considerar como un canal de comercialización, sobre todo en los meses de cosecha: verano y otoño. A continuación se enlistan los *Farmers' Markets* que funcionan en Metro Vancouver.

Cuadro 9. Mercados de productores de la Zona Metropolitana de Vancouver, Canadá

Ciudad o Distrito de Municipalidad	Nombre del <i>Farmers' Market</i>
Bowen Island	Bowen Farmers' Market
Burnaby	Burnaby Artisan Farmers' Market
Coquitlam	Poirier Street Farmers' Market
Delta	North Delta Farmers' Market
	Tsawwassen Farmers' Market
	Ladner Village Market
Langley	Aldergrove Farmers' Market
	Fort Langley Village
	Langley Farmers' Market (Kwantlen University)
	Langley Farmers' Market
Maple Ridge	Haney Farmers' Market
Mission	Mission City
New Westminister	Royal City Farmers' Market
North Vancouver	Lonsdale Artisan
Port Coquitlam	Port Coquitlam Farmers' Market
Richmond	Kwantlen Street Market
	Stevenson Farmers & Artisans Market
Surrey	Surrey Urban Farmers' Market
Vancouver	Downtown Market
	Granville Island Farmers' Market

	Italian Market
	Kitsilano
	Main Street Station
	Mount Pleasant
	Riley Park
	Trout Lake
	UBC Farm Market
West Vancouver	Ambleside Artisan Farmers' Market
White Rock	White Rock Farmers' Market

Fuente: Elaboración propia, 2018

Ahora bien, como puede verse, algunas ciudades o distritos de municipalidad cuentan con varios *Farmers' Market*, mientras otras sólo tienen uno. Ello responden tanto a las características geográficas de cada ciudad, por ejemplo la ciudad de Delta es la más grande en kilómetros cuadrados, empero gran parte de su territorio es bosque de reserva ecológica. Otras ciudades, por su parte, tienen más *Farmers' Market* dado que concentran a más población, el mejor ejemplo es la ciudad de Vancouver con 631,486 habitantes. Otras ciudades como Surrey, aunque cuentan con un número de población similar (517,887 habitantes), sólo tienen un *Farmers' Market*. Esta ciudad es una de las que recibe una mayor cantidad de migrantes recién llegados (*newcomers*) y una de las zonas de Metro Vancouver con mayores niveles de pobreza y delincuencia (Statics-Canada, 2016). Volveré a subrayar esta situación más adelante, antes se presenta una descripción más detallada de los actores y procesos que tiene mayor relevancia en el caso de los *Farmers' Market* vancouveritas.

Los productores-vendedores de los Farmers' Markets

Los productores que venden en los *Farmers' Markets* de la zona metropolitana de Vancouver, Canadá, son productores locales que tienen sus unidades de producción dentro de alguna de las ciudades o distritos de municipalidad que componen Metro Vancouver. Entre las más mencionadas por los productores entrevistados se encuentran: *South Burnaby, Langley, Surrey, Richmond, Delta*

y la *UBC Farm* (granja productora de la Universidad de la Columbia Británica) entre otros; aunque también acuden productores de áreas cercanas como *Comox Valley* (distrito ubicado en la Isla de Vancouver), o de mayor lejanía como *Whistler* o *Abbotsford*⁴¹. Sin embargo no acuden productores-vendedores de otras provincias, toda la producción proviene de la Colombia Británica, por lo que se considera de origen local.

Cuadro 10. Productos a la venta en Farmers Markets de Vancouver, Canadá

Frutas y legumbres	Manzanas, peras, remolachas, zanahorias, col, cariño, acelga, coles, hinojo, ajo, kale, kiwi, puerros, cebollas, chirivías, rábanos, nabos suecos, chayotes, espinacas, sunchokes, nabos, calabazas.
Carnes y pescados	Carne de vaca, bisonte, halibut, cerdo, pato, salmón, pavo, pollo, bacalao.
Frescos	Quesos, huevos, frutas secas, bayas y verduras congeladas, miel, jugos, leche, conservas, yogurt
Comida preparada	Opciones vegetarianas, veganas, cervezas artesanales y licores destilados localmente.

Fuente: Elaboración propia, 2017

El rango de tiempo por el cual han estado produciendo de manera orgánica los productores-vendedores de estos mercados de productores va desde algunos pocos meses hasta más de treinta años. En conjunto, según los datos obtenidos en campo, el promedio es de 9 años produciendo de manera agroecológica. De ellos, aproximadamente la mitad produce frutas o verduras, menos del 16 por ciento productos lácteos, carnes o huevos –siendo estos últimos uno de los productos más buscados por la mayoría de los consumidores– mientras un tercio de los vendedores-productores de los mercados ofertan comida preparada lista para el consumo.

⁴¹ En Metro Vancouver hay seis municipios que contienen el 95% de las tierras agrícolas de la región (Delta, Langley Township, Maple Ridge, Pitt Meadows, Richmond y Surrey). Para efectos de política pública, estos municipios se denominan “municipios agrícolas”. Aunque otros municipios también son administradores de la Reserva de Tierras Agrícolas (incluidas en el territorio de Metro Vancouver, la mayoría de las tierras restantes están ubicadas dentro de la Límite de Confinamiento Urbano (Metro Vancouver, 2016, p. 5).

Como se ha mencionado a lo largo del capítulo, los *Farmers' Markets* son una referencia para el consumidor promedio, aunque en realidad pocos son los vancouveritas que satisfacen sus necesidades alimentarias diarias únicamente de este tipo de comercio. A pesar de ello, tienen una presencia importante y sin duda pueden considerarse como la manifestación más estructurada social, política y económicamente de una RAA en Metro Vancouver.

Ilustración 4. Mercado de productores en Vancouver, Canadá.



Fuente: *West End Farmers' Market* (Arnette, 2013). Mercado de productores de verano.

Características de los consumidores vancouveritas

A continuación se presentan los datos obtenidos en campo por medio de dos ciclos de encuestas entre los consumidores de los *Farmers' Markets* en Metro Vancouver. La primera encuesta se realizó por internet con el método de autoselección, es decir, se invitó de manera genérica a participar en la encuesta entre usuarios de redes sociales afines a intereses de publicaciones con temas de familia: en foros de intercambio de información sobre crianza y paternidad, grupos de discusión sobre programas sociales para familias con niños menores,

comunidades de salud y recreación infantil, entre otros. Cabe resaltar que dichas redes sociales, foros y grupos son de uso generalizado en todos los estratos económicos y sociales canadienses. También contestaron la encuesta físicamente personas que acudieron a los *Farmers' Markets* durante invierno y verano.

En el Cuadro 11 se presentan los datos encontrados en el primer ciclo de encuestas en Metro Vancouver. Es importante subrayar que para tener una muestra más representativa estadísticamente, sería necesario aplicar la misma encuesta entre usuarios de redes sociales, foros y grupos con otros intereses o temas no familiares, por ejemplo. No obstante, los datos son representativos y se corresponden con los perfiles sociales observados en las encuestas aplicadas directamente en campo, es decir, con los perfiles efectivamente hallados entre los consumidores más asiduos de los mercados de productores vancouveritas.

Cuadro 11. Perfil general de los consumidores de los Farmers' Markets

Ocupación	Porcentajes
Amas de casa	14%
Profesionistas	37%
Empleados	33%
Empresarios	7%
Estudiantes	7%
Edad	Porcentajes
18-29	11%
30-45	66%
46-60	18%
61-80	3%
Sexo	Porcentaje
Hombres	14%
Mujeres	86%

Nivel de estudios	Porcentaje
Menor a bachillerato	4%
Bachillerato	14%
<i>College / Certification</i>	22%
Licenciatura	44%
Posgrado	15%

Nota: Elaboración propia, 2017

Con los datos obtenidos se pudo establecer un panorama general del consumo alimentario de los vancouveritas. Los datos permiten confirmar que el consumidor es dado a seguir los canales de distribución estándar mencionados antes: el 63% de los encuestados dijo comprar las frutas y verduras que usualmente consume en algún súper mercado. Ello no quiere decir que dichos consumidores no compren también regularmente en tiendas especializadas (mercados de frutas y verduras o tiendas gourmet), pero en un porcentaje menor (30%) –en este porcentaje también se incluyen las respuestas que dijeron comprar en los mercados de productores. Algunos encuestados dijeron adquirir sus productos frescos en tiendas mayoristas como *Costco* (7.4%), donde el precio se presume menor que en los súper mercados de la *Gran distribución*.

Ahora bien, las respuestas encontradas muestran el enorme reconocimiento de los *Farmers´ Markets* entre la población vancouverita. El resultado es evidente, el cien por ciento de los encuestados dijo haber visitado alguna vez un mercado de productores. Para confirmar el gran reconocimiento de los mercados de productores entre la población vancouverita, sólo un 18 por ciento dijo no haber comprado producto alguno durante el último año, mientras más del 80 por ciento afirmó haber comprado algún producto en el mismo periodo.

En contraparte, en cuanto a frecuencia de consumo, a pesar del gran reconocimiento social el 60 por ciento dijo comprar sólo ocasionalmente en los *Farmers´ Markets*. Empero, un 17.5 por ciento dijo comprar una vez a la semana en algún mercado de productores de Metro Vancouver, lo que

evidencia que la asiduidad de los consumidores cautivos de estos mercados se encuentra alrededor del 20 por ciento de la población de la zona metropolitana.

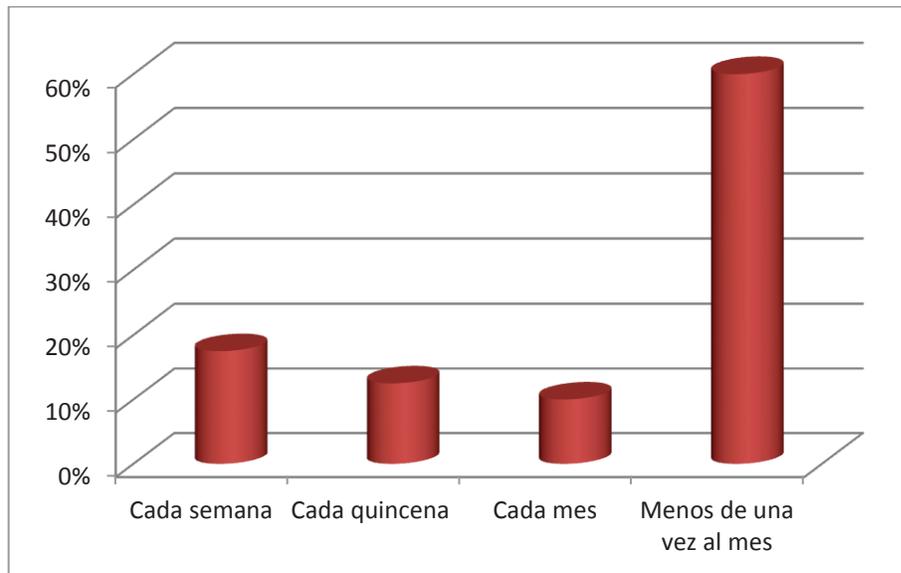


Figura 8. Frecuencia de asistencia a los Farmers' Markets. Elaboración propia, 2017-2018

Como se desglosará en el siguiente apartado, el motivo principal por la que los vancouveritas asisten a los *Farmers' Markets* es porque valoran adquirir productos locales (45%). Ello se corresponde con lo que se mencionó antes, sobre la importancia que el canadiense promedio otorga a los alimentos locales, ya sea por ideología o por desconfianza en el manejo extranjero. El origen de clase también resulta importante, ya que este porcentaje se equipara a los encuestados con ingresos medios y altos, según su nivel de estudios y ocupación actual, lo que quiere decir que pueden pagar más por productos locales, a pesar de tener opciones más económicas por productos similares no locales.

Otra característica encontrada es que los mercados de productores en la zona metropolitana de Vancouver atraen no solo a público interesado en la alimentación orgánica o alternativa, ya sea por causas ideológicas o de salud. Más del 70 por ciento de los encuestados vancouveritas dijo no seguir algún régimen alimenticio diferente al común, no obstante conocen y han asistido a

los *Farmers' Market* para adquirir algún producto. En cuanto a otras prácticas agroalimentarias alternativas, el 40 por ciento afirmó cultivar algún cultivo o huerto de traspatio en su domicilio, característica que subraya nuevamente la muy difundida práctica de la agricultura urbana en Metro Vancouver, así como una medianamente extendida consciencia de la necesidad de construir nuevos sistemas agroalimentarios. En este sentido, lo que he llamado la alteridad agroalimentaria se manifiesta, al menos en un tercio de la población analizada de la zona metropolitana de Vancouver tanto en su apoyo a los mercados de productores, a través de su asistencia y compra, como en la auto-producción agroalimentaria urbana.

Las Convenciones en los *Farmers' Markets*

A fin de complementar la información sobre el estado de los *Farmers' Markets* en la zona metropolitana de Vancouver, además de la observación en campo, se realizó una encuesta entre los consumidores que asistieron a los mercados de productores tanto en invierno como en verano. Cabe aclarar que el objetivo no era obtener datos para un manejo estadístico que permitirán realizar generalizaciones, o comprobar hipótesis para extrapolar conclusiones de una muestra representativa hacia toda la población vancouverita. El objetivo era contar con información de primera mano que contribuyera a un primer estudio exploratorio sobre las generalidades de este tipo de mercados en el contexto vancouverita desde el enfoque de la teoría de las Convenciones y de las racionalidades alternativas a la racionalidad instrumental dominante.

En términos de coordinaciones, los asistentes a los mercados de productores vancouveritas asumieron mayoritariamente que la característica que mejor los define es que los productos que ofrecen son de origen local (45%) mientras el 24 por ciento consideró que lo que busca en estos mercados es que los productos sean orgánicos. Estas características son parte de la coordinación cívica ya que los consumidores toman como una tarea de responsabilidad social tanto el apoyo a los productores locales, como la práctica de evitar consumir productos que se producen a cientos o miles de kilómetros, con la

gran contaminación que ello implica. En general, ambas características componen la coordinación cívica en los mercados de productores vancouveritas, la más importante de las convenciones con un 69 por ciento. El panorama general de las convenciones en los *Farmers' Markets* se organizaría como lo muestra el Figura 9.

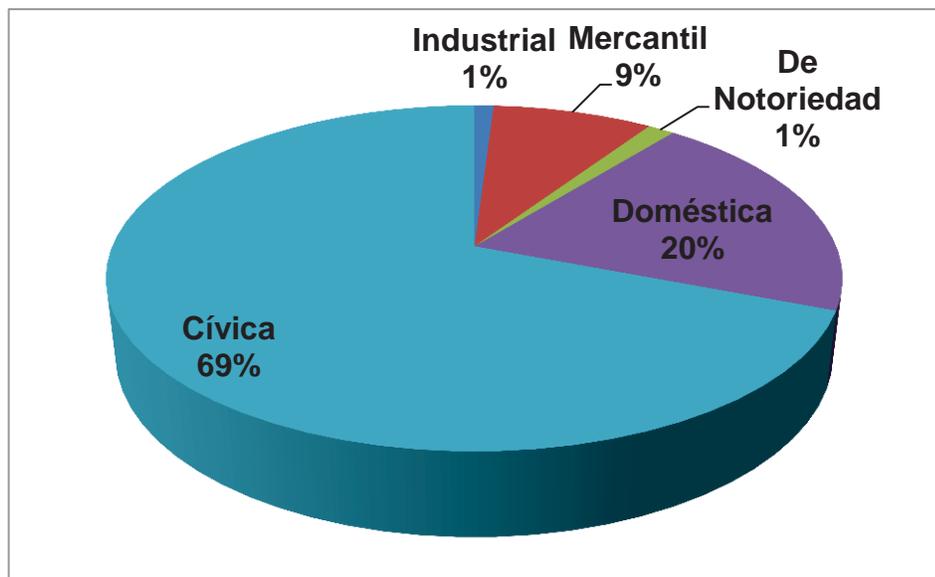


Figura 9. Panorama General de las Convenciones de los Farmers' Markets. Elaboración propia, 2018

Ahora bien, aunque el porcentaje de los consumidores que dijeron asistir a los mercados de productores porque buscan productos de calidad orgánica puede parecer menor (24%), en realidad lo que ocurre es que la gran mayoría de los vancouveritas asumen que los productos de los *Farmers' Markets* son orgánicos por antonomasia, por la misma razón tampoco tiene una relevancia importante que los productos cuenten con una certificación oficial. En términos de coordinación, ello quiere decir que la convención Industrial no tiene relevancia para el caso analizado, sólo el 1.4 por ciento dijo comprar en estos mercados por ser lugares certificados.

Más o menos en la misma situación se encuentra la coordinación de Notoriedad, ya que dado el enorme reconocimiento social de los mercados de productores en la Zona Metropolitana de Vancouver, las referencias personales

pierden peso. Sólo el 1 por ciento dijo asistir a estos mercados por buenas referencias. Los anuncios publicitarios de los *Farmers' Markets* en Centros Comunitarios, Centros Recreativos, bibliotecas públicas y redes sociales, entre otros, no tiene por objeto dar a conocer a los mercados, sino recordar las fechas y los lugares donde se ubicarán una vez iniciado el cambio de estación.

En situación diferente se encuentra la coordinación doméstica, este tipo de convención resulta de mayor relevancia ya que los mercados de productores son también espacios de recreación en lo que se encuentra comida preparada ofertada en vehículos adaptados (*Food Trucks*) que han llegado a caracterizar a la ciudad de Vancouver frente a otras ciudades de la provincia. Aunque dichos vehículos no son exclusivos de los *Farmers' Markets* es característico encontrarlos en todos ellos, ofertando comida más elaborada que la comida rápida que comúnmente ofrecen estos puestos móviles. El 20 por ciento de los encuestados dijo asistir a los mercados de productores porque les gusta el ambiente que allí se desarrolla, o bien el trato cara a cara con los productores.

Por su parte, la convención Mercantil tuvo una relevancia menor que la coordinación Doméstica, aunque es la tercera con mayor relevancia para el caso de los mercados de productores vancouveritas. El 9 por ciento dijo encontrar una buena relación entre el precio y la calidad de los alimentos que adquiere en los *Farmers' Markets*. El porcentaje es importante únicamente porque en este caso dos coordinaciones –de Notoriedad e Industrial– resultaron prácticamente irrelevantes, sin embargo son pocos los consumidores que consideran relevante la relación precio-calidad que esta coordinación implica. En realidad los mercados de productores son considerados como lugares caros en general, por ello el campo mercantil resultó ser más bien una debilidad, un reto importante.

El motivo principal por el cual los encuestados vancouveritas deciden no comprar algún producto en los *Farmers' Markets* es porque les resulta caro (68%), mientras un 3 por ciento dijo que faltaban productos, con lo cual la convención Mercantil es, con el 71 por ciento, la coordinación que más retos

tiene en para el caso de los *Farmers' Markets*. Esta característica afecta no sólo a quienes acuden a los mercados sino que determina incluso su composición. El elevado valor de los productos agroalimentarios que se ofertan en los mercados de productores dicta los perfiles de quienes asisten y de quienes, a pesar de reconocerlos, nunca adquiere productos agroalimentarios allí.

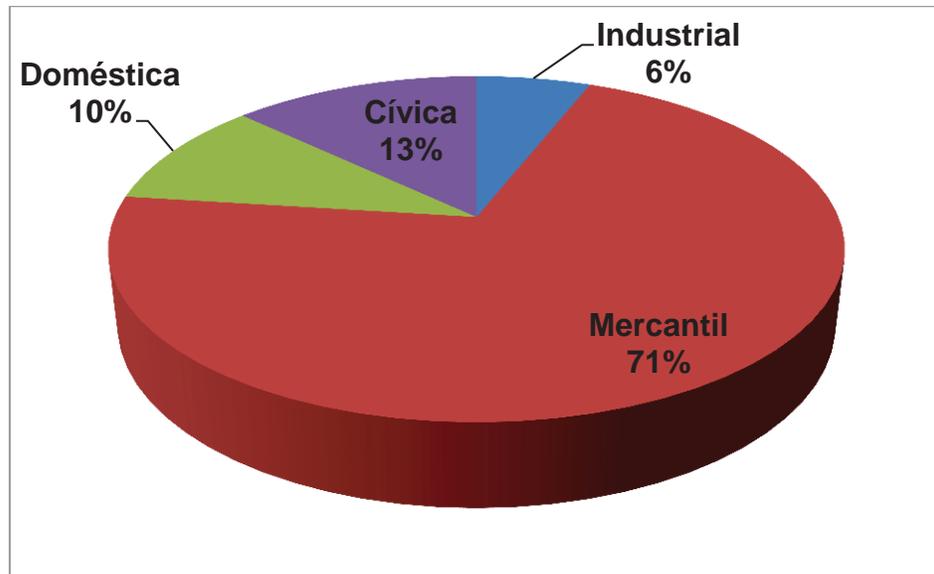


Figura 10. Debilidades en las Convenciones de los Farmers' Markets.
Elaboración propia, 2018

El elevado precio de sus productos, más el costo de vida en la ciudad, hacen que el público que consume allí de manera constante sea el de mayor capital cultural (Bourdieu, 1999) pero también el de mayor poder adquisitivo. Como es sabido, las diferencias de consumo y los distintos patrones alimentarios dependen tanto del capital social de los individuos como de la cultura a la que pertenecen, no obstante la economía es la que marca de manera más determinante las diferencias en el consumo alimentario en las sociedades modernas-capitalistas, donde la sociedad vancouverita no es la excepción. Ello crea lo que podemos considerar una paradoja en las RRA: mientras en los *Farmers' Markets* se revaloriza el trabajo del pequeño productor agroecológico u orgánico local y se reconoce su exclusión del sistema agroalimentario global, lo que otorga fortaleza a la convención Cívica, al mismo tiempo, los productos

se dirigen principalmente a los sectores con mayor poder adquisitivo por lo que, más que redes alternativas, terminan siendo a menudo nichos de mercado insertos en la lógica convencional.

Esta situación genera que la alteridad agroalimentaria se vea disminuida en estas redes de productores y consumidores. Los sectores de menores ingresos, a menudo nuevos inmigrantes (*newcomers*), se ven cotidianamente relegados de estas formas de organización agroalimentaria. El hecho antes subrayado de que en grandes áreas de la Zona Metropolitana de Vancouver como la ciudad de Surrey tenga únicamente un *Farmers' Market* es ilustrativo, en esa ciudad se han concentrado históricamente las minorías del sureste asiático, de África y a últimos años de América Latina. También allí se ubica la población canadiense de origen europeo (*European Canadian*) de menores ingresos, e incluso algunos campamentos de personas sin hogar (*homeless*) que durante el invierno pasan la noche en centros de asistencia.

El reto es enorme, empero los mercados de productores tiene una fuerza mayor en términos de apoyo político que cualquier de los otros dos casos analizados. Para capitalizar sus fortalezas políticas y organizativas la organización de mercados de productores de Metro Vancouver podría enfocarse en abrir espacios más incluyentes en espacio que ahora relegan dada la poca capacidad de compra de ciertos sectores de la población. Al mismo tiempo, fortalecerían así su coordinación Cívica, descentrando su visión crítica de la calidad de los alimentos avanzando hacia la responsabilidad social con sectores de bajos ingresos dónde el consumo de alimentos procesados, como enlatados y congelados, es enorme. Asimismo, sin llegar a construir un discurso altamente politizado, podrían encaminarse también a fortalecer su alteridad agroalimentaria a través de la construcción de una racionalidad productiva menos mercantil y más centrada en el desarrollo rural y urbano alternativo, a la manera en que lo hace la tradición de RAA europeo (Di Masso, 2012, p. 97).

En cuanto a la coordinación Industrial, entendida en términos de certificación, no es un problema importante para el caso de los mercados de productores.

Sólo el 6 por ciento dijo no comprar algún producto por dudar de su calidad orgánica, como se había enunciado, el público en general tiene confianza en las convenciones establecidas en estas redes de productores y consumidores. De cualquier manera no resulta menor que exista esa inquietud entre algunos consumidores, por lo cual es también un área de oportunidad para fortalecer a estos mercados, aunque ciertamente no es la más importante.

En caso similar se ubica la convención Cívica, donde un 13 por ciento argumentó no comprar algún producto por considerar que no son locales. En términos de convenciones, podemos decir que la coordinación Cívica aquí corresponde a la responsabilidad social que implica preferir productos locales. Esta práctica de consumo tan difundida en el medio canadiense es, sin embargo, ambigua dada la amplitud de su concepto. Ello más allá de beneficiar a las RRA como los *Farmers' Markets* hace que no siempre se entienda a cabalidad el rol social de consumir productos agroalimentarios locales.

Al respecto, es necesario partir de que más allá de la lógica de los capitales del agronegocio global, los consumidores actuales en el medio canadiense están rodeados de comida y tienen información muy diversa que no siempre empata con la organización de la vida cotidiana de la población promedio. Esta información, a menudo juega con el concepto de producto "local", confundiendo al público incauto y despojando de sentido a quienes, con los mismos argumentos de localidad, ofertan un producto más caro y de calidad orgánica. No obstante, en términos generales, la convención Cívica tampoco es un problema a solucionar en los mercados de productores vancouveritas, sobre todo porque el concepto de producto local no depende exclusivamente de ellos.

Reflexiones finales sobre los *Farmers' Markets*

Quienes conforman los *Farmers' Markets* en la Zona Metropolitana de Vancouver, han logrado colocar a los mercados en el imaginario de prácticamente todos los vancouveritas, sin embargo, no han logrado establecerlas como una red de productores y consumidores con capacidad para

reestructurar el consumo masivo inserto en el modelo agroindustrial dominante. En este sentido, sin minimizar las posibilidades del consumo alternativo en el futuro, se debe reconocer que en el caso vancouverita todavía no se conforman RRA que representen una solución para los problemas que genera el sistema agroalimentario global.

Las estrategias organizativas de los *Farmers' Markets*, tanto de producción como de consumo, no alcanzan para detener la hiperconcentración de los poderes empresariales, sobre todo en la cuestión de la Gran distribución (súper mercados). Ello quizá no es diferente a los otros casos analizados en esta investigación, la diferencia es que los mercados de productores vancouveritas han dejado de plantearse ese problema social para enfocarse en las estrategias de mercado.

Dado el poder de consumo en la zona metropolitana de Vancouver, los vancouveritas podrían tener mayor impacto en una reorganización integral del sistema agroalimentario canadiense, en esa tarea las organizaciones de consumo alternativo tienen una tarea tan importante como quienes han venido pugnando por la reconversión ecológica en la producción agrícola. Lo relevante del caso es que esta reorganización ya cuenta con una estructura formal, a pesar de los retos, los mercados de productores locales podrían conformarse como la base de la pirámide en la construcción de un sistema agroalimentario local con mayor resiliencia pero también más inclusivo con los sectores de menores ingresos.

Por otro lado, queda pendiente en este análisis, el papel de las instituciones en la conformación de este tipo de consumo en la Zona Metropolitana de Vancouver, sería necesario profundizar en un análisis del poder como relación social y de las prácticas políticas específicas, lo que requeriría un abordaje diferente y mucho más amplio. De igual manera, también es necesario contar con una perspectiva más detallada de las prácticas específicas de los productores de manera que se pudieran reconocer los límites y las posibilidades de los *Farmers' Markets* vancouveritas desde los problemas específicamente

agrícolas, sin embargo estos elementos rebasan el ámbito de esta investigación. En el siguiente capítulo se desarrolla el estudio comparativo de las tres RAA, en él se presentarán algunos otros elementos del caso de los mercados de productores vancouveritas abordados en este capítulo.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 6.

**Estudio comparativo de tres Redes Agroalimentarias
Alternativas: Tianguis Orgánico Chapingo, Colectivo
Zacahuitzco y *Farmers´ Markets***

Introducción

En este capítulo se desarrolla el estudio comparativo de los casos de estudio considerados en los tres capítulos anteriores, partiendo de la hipótesis de que a partir de la comparación de casos disímiles –aunque definidos todos como espacios críticos– es posible establecer regularidades que permiten mostrar la relación entre el tipo de racionalidad social puesto en competencia en términos generales por la alteridad agroalimentaria y la consistencia de los dispositivos utilizados –convenciones o coordinaciones– en cada caso particular.

Ahora bien, antes de iniciar el ejercicio comparativo es necesario reconocer con mayor detalle los contenidos de alteridad de estas prácticas agroalimentarias frente a la lógica dominante del Sistema Agroalimentario Global (SAG). Como se ha mostrado en la exposición de los casos de estudio considerados en esta investigación, analizar las formas de distribución y consumo de alimentos está ligado a la indagación sobre las formas alternativas de producción y sobre sus posibilidades para construir una racionalidad agrícola alternativa. No obstante, resulta imposible reflexionar sobre estos aspectos sin considerar las formas en que dichos productores sobreviven. Una de las formas más comunes es la venta en medios alternativos como los mercados y tianguis que se han analizado en esta investigación.

Siguiendo las líneas teóricas trazadas al inicio de este trabajo, la pregunta que sigue –una vez apreciada la efectividad de estos espacios para fungir como estrategias de sobrevivencia de pequeños y medianos productores agroecológicos– es si estas prácticas tienen potencial para conformar una matriz productiva y de consumo alternativa al régimen de racionalidad productivista que se funda en la lógica instrumental hegemónica en la modernidad-capitalista, misma que ha llevado a la humanidad a la actual crisis ecológica y civilizatoria. Para intentar responder esta interrogante, en este capítulo se consideraran los elementos empíricos expuestos a lo largo de la segunda parte de esta investigación para compararlos a la luz de las

consideraciones teóricas y conceptuales desarrolladas en los primeros dos capítulos.

El proceso de construcción de la alteridad agroalimentaria en las Redes Agroalimentarias Alternativas

Aunque es posible analizar la efectividad de las alternativas bajo los términos que propone Jean M. Servet (2010, citado por Monachón, 2017) –1) dimensión económica; 2) construcción del precio de manera alternativa; 3) implicación y participación de los consumidores– con esta propuesta no alcanzaríamos a considerar gran parte de la riqueza de estas prácticas sociales, sobre todo en lo que respecta a su forma de organización y a su discursividad ideológica, todos elementos que conforman lo que se ha venido definiendo en este trabajo como alteridad agroalimentaria.

Una forma de solventar esta carencia es recurrir, como se ha hecho en esta investigación, a la teoría de las Convenciones. Ello nos ha permitido identificar y analizar las prácticas específicas que dan forma y sentido a las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) analizadas en esta investigación. Este análisis continúa en el siguiente apartado de este capítulo. Sin embargo, en lo que respecta a la ideología de estas redes, el problema sigue siendo la escasa discursividad política en estas formas de producción, distribución y consumo alternativo de alimentos.

En este sentido, la propuesta bien podría consistir en analizar aquello que por la vía de los hechos critican a pesar de que no exista un discurso altamente estructurado y explícito como en otros grupos de los Movimientos Agroalimentarios Alternativos (MAA). El resultado sin embargo, no estaría exento de cierta ambigüedad, por ejemplo los tres casos de los que se ocupa esta investigación critican por la vía de los hechos tanto la industrialización de la agricultura, la distancia entre los productos y el consumidor final como la estandarización del consumo agroalimentario, a pesar de ello no existe un programa de lucha o un manifiesto al respecto, es decir un elemento que

permitiera demostrar al investigador que tal identificación no es sólo una extrapolación de lo que podrían ser sus propios compromisos ideológicos.

Otro método podría consistir en evaluar el nivel de autonomía que estas redes van construyendo a través del tiempo frente al SAG, para ello se debería considerar la historia de cada red –desde el momento en que se cuestiona al sistema dominante hasta la fase en que se experimenta con prácticas cada vez más alejadas de la lógica hegemónica– en lo que se incluiría tanto las formas en que se certifican los procesos productivos como los grado de corresponsabilidad entre productores y consumidores. Este método de reconocimiento de la alteridad agroalimentaria permite observar la forma que regularmente siguen las RAA, al tiempo que evidenciaría la no-linealidad de los procesos sociales, ya que a pesar de que regularmente el proceso de construcción de alteridad va graduándose, en ciertos momentos se presentan rupturas de mayor radicalidad dependiendo de la historia de cada red y de las características de los actores que las componen. Esta evaluación se muestra en el siguiente cuadro.

Cuadro 12. Identificación del proceso de construcción de la alteridad agroalimentaria por nivel de independencia del SAG

Criterio	TOCh	Colectivo Zacahuizco	<i>Farmers´ Markets</i>
Sistema alternativo de producción	✓	✓	✓
Modelo alternativo de intercambio	✓	✓	✓
Certificación por Terceros (Agencias)	✓	--	✓
Sistema Participativo de Garantía (SPG)	✓	--	--
Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC)	--	✓	--

Nota: Elaboración propia, 2018

Aunque el método anterior permite ubicar aspectos importantes, en todas éstas propuestas está ausente la indagación sobre las lógicas en que se organizan y

fundan las prácticas de las RAA desde su origen hasta su cotidianeidad, es decir las racionalidades de la alteridad agroalimentaria entendida como “los sistemas de reglas de pensamiento y de acción que se establecen dentro de esferas económicas, políticas e ideológicas, legitimando acciones y confiriendo un sentido a la organización” (Leff, 2004, pp. 202, 203). Por ello, para conocer los contenidos de alteridad de estas prácticas agroalimentarias, propongo en adelante un ejercicio de síntesis.

La alteridad agroalimentaria debe entenderse como una síntesis entre tres elementos: la renovación de los sentidos éticos, la reconstrucción de sus sistemas de reglas de pensamiento y acción, y el despliegue de su crítica a los excesos del SAG. Como se enunció al inicio de esta investigación, este concepto es una propuesta que pretende definir y analizar un fenómeno que rebasa el ámbito de las RAA y que incluye una gran variedad de manifestaciones empíricas que van desde la forma en que se producen los alimentos (vegetales y animales) hasta las distintas formas de alimentarse, pasando por la multiplicidad de formas en que los consumidores finales adquieren sus alimentos fuera de los circuitos masivos y globales de la distribución de alimentos. Por ello, aunque esta propuesta conceptual es preliminar, intentaré demostrar que tiene capacidad para identificar y aglutinar factores particulares que de otra forma pasarían inadvertidos.

La renovación de los sentidos éticos de las RAA se desarrolla a través de la sociología de la moral que se encuentra en la teoría de las Convenciones⁴². Como se mostrará con más detalle en este capítulo, los sentidos éticos desplegados a través de formas de coordinación Cívica, son en gran medida los que originan dan forma y sostienen a las distintas redes, mercados, tianguis y

⁴² La sociología de la moral incluye tanto el estudio y descripción del sistema morales en términos de arreglos institucionales –convenciones– como el estudio de las razones que justifican la adopción de tal sistema moral (Boltanski & Chiapello, 2005; Boltanski & Thévenot, 1999).

colectivos que funcionan alrededor de la producción, distribución y el consumo no-convencional de alimentos.

Ahora bien, para pensar la reconstrucción de los sistemas de reglas de pensamiento y acción, es necesario adentrarse en un análisis de las matrices de racionalidad en que se basan las RAA consideradas en este estudio. Para ello se recurre a la descripción de dos criterios: racionalidad productiva y racionalidad de consumo. Considerando que a partir de ellos, es posible identificar tanto su alejamiento de la racionalidad instrumental hegemónica en la modernidad, como su nivel de construcción de una nueva racionalidad agroalimentaria. Por su parte, el despliegue de la crítica al SAG se aborda desde el enfoque de la Ecología Política, entendiendo que desde esa óptica es posible identificar la lectura que cada RAA tiene sobre la lucha por la colonización y la dominación de la naturaleza, el antagonismo entre los proyectos civilizatorios, la construcción de la autonomía y la valorización del territorio.

Análisis comparativo de las tres RAA desde la teoría de las Convenciones

En este apartado se analizan los casos estudiados –Tianguis Orgánico Chapingo, Colectivo Zacahuitzco y *Farmers' Markets*– a partir de las formas de coordinación o Convenciones descritas en los capítulos precedentes. Partiendo de estas características, se evalúa la renovación de los sentidos éticos de estas redes, uno de los componentes que constituyen lo que he denominado como la alteridad agroalimentaria. Antes, sin embargo, se presenta una breve caracterización de cada caso, a fin de brindar un panorama general de los tres casos.

La característica del Tianguis Orgánico Chapingo (TOCh) es la Certificación Participativa, el Sistema Participativo de Garantía (SPG) que se encarga de construir la coordinación alrededor de la calidad orgánica de los alimentos. Su principal forma de coordinación en términos de la teoría de las Convenciones es en su conjunto la convención Cívica, seguida por la coordinación Doméstica

aunque ambas formas se articulan de manera constante: consumo a productores locales, pero en un ambiente de relaciones domésticas donde las referencias personales son altamente valoradas.

El Colectivo Zacahuitzco, por su parte, se caracteriza por su adherencia a la economía solidaria y por ser pionera en las prácticas de Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC). Una de las tareas del Colectivo ha sido establecer relaciones constantes y de corresponsabilidad entre consumidores urbanos de la Ciudad de México y los productores agroecológicos de la región centro del país. Sus principales formas de coordinación son tanto la convención Cívica como la convención Doméstica, en este caso igualmente ambas se entrelazan y fomentan mutuamente. La ideología de la economía solidaria y la responsabilidad común fomentan y sostienen las relaciones personales que dan vida y continuidad al Colectivo.

Los mercados de productores canadienses –*Farmers' Markets*– encuentran su principal característica en que entrelazan a los productores locales agroecológicos –tanto urbanos como rurales– con los consumidores urbanos de la Zona Metropolitana de Vancouver, con lo cual toman forma como una cadena corta⁴³. Su forma principal de coordinación es la convención Cívica seguida de la convención Doméstica, al igual que en caso del Tianguis Orgánico Chapingo, los diferentes actores que los componen articulan sus preocupaciones de orden Cívico con sus gustos personales y con la construcción de relaciones directas entre productores y consumidores.

A continuación se presenta un cuadro comparativo en el que se analizan las cinco formas de Convención utilizadas en esta investigación –Doméstica, de Notoriedad, Cívica, Mercantil e Industrial–. Primero se analizan en cuanto a fortalezas para después presentar un cuadro comparativo en términos de inconsistencias o retos de las RAA en cuanto a Convenciones se refiere.

⁴³ Resulta de mayor utilidad emplear el término de Red Agroalimentaria Alternativa que el de Cadena Corta ya que éste permite analizar el compromiso social, político y ecológico más allá del aspecto de intercambio puramente comercial.

Cuadro 13. Funcionamiento de las Convenciones en los tres casos de estudio

Convención	TOCh	Colectivo Zacahuiztco	Farmers´ Markets
Doméstica	<p>La segunda coordinación más importante en el Tianguis, tanto los productores como los consumidores valoran el ambiente del local. Al mismo tiempo, se valora en gran medida la posibilidad de consumir directamente a productores locales –parte de la coordinación Cívica– aunque siempre ligada a la posibilidad que brinda el Tianguis de construir relaciones cara a cara.</p>	<p>A diferencia de un espacio abierto, el ambiente de la “Tienda Solidaria” no es relevante. Sin embargo, existe amistad e incluso un sentimiento de hermandad entre los miembros que sostienen al Colectivo incluso con trabajo voluntario, lo que en realidad es una forma de coordinación Doméstica. En paralelo con la coordinación Cívica, éstas son las convenciones más importantes.</p>	<p>La segunda forma de coordinación más importante para los mercados de productores vancouveritas, ya que un número importante de asistentes acuden a estos mercados porque les gusta el ambiente y el trato cara a cara con los productores.</p>
Notoriedad	<p>De menor relevancia, en paralelo con la coordinación Industrial, la convención de Notoriedad no tiene demasiada importancia para el TOCh, no obstante con el uso de redes sociales está situación podría cambiar en el mediano plazo, ya que las referencias positivas por estos medios contribuye a la asistencia de nuevos</p>	<p>No se hace propaganda sobre “Mawí, para el buen vivir”, sin embargo se invita personalmente a participar en el Colectivo. A pesar de ello, no se encontraron elementos que evidenciaran una forma de coordinación basada en la Notoriedad.</p>	<p>En paralelo con la coordinación Industrial, la convención de Notoriedad no resultó de relevancia para los mercados de productores. Dado el enorme reconocimiento de estos mercados, las referencias personales o de redes sociales han perdido peso en la Zona Metropolitana de Vancouver.</p>

	consumidores.		
Cívica	La forma de coordinación más importante: se valora la calidad orgánica de los productos, ligado al apoyo a los productores, el cuidado de la salud y el cuidado ecológico. En el mismo sentido, el cuidado de la salud individual y familiar resultó importante tanto entre productores como consumidores.	La Convención más relevante para el Colectivo: se enfatiza la cooperación, la construcción del bienestar colectivo, la responsabilidad mutua pero también la calidad de los alimentos para el cuidado de la salud individual y familiar. Junto a la coordinación Doméstica, son las convenciones más importantes.	La coordinación más importante en los <i>Farmers' Markets</i> . El elemento más valorado es el consumo de productos locales, seguido por la calidad orgánica de los productos. Sin embargo, el valor que se le otorga a los productos orgánicos no se hace siempre explícito porque se da por hecho que los mercados de productores son siempre orgánicos.
Mercantil	La tercera coordinación con más relevancia en el TOCh, sin embargo su importancia es realmente poca, en porcentaje está cerca de las de menor relevancia para el caso. Muy pocos consumidores acuden al Tianguis por considerar que existe una buena relación entre el precio y la calidad de los alimentos. Por otro lado, para los productores el TOCh representa una forma de comercialización inigualable, en este sentido puede considerarse una	Dado que se pretende construir formas alternativas de economía, la coordinación Mercantil tiene relevancia, aunque en menor medida que las convenciones Cívica y Doméstica. Tanto los productores como los consumidores consideran que al pertenecer al Colectivo pueden ahorrar dinero y/o obtener algún beneficio económico.	La tercera forma de coordinación con mayor relevancia para los mercados de productores, sólo un pequeño número de consumidores encuentran la relación calidad-precio como un elemento atractivo para acudir a estos mercados. Por otro lado, los productores valoran estos espacios de venta porque pueden llegar a un número mayor de consumidores interesados en pagar un precio mayor por un mejor producto.

	Convención importante.		
Industrial	De menor relevancia, junto a la coordinación de Notoriedad. Gran parte de los consumidores dan por sentado que al comprar en el TOCh están garantizando que sus alimentos son de calidad orgánica, por lo tanto es posible afirmar que confían en ésta forma de coordinación, aunque el proceso de certificación no es el principal motivo de asistencia.	La forma de coordinación Industrial es prácticamente inexistente, el Colectivo no cuenta con procesos de certificación o calificación de los procesos de producción o preparación de alimentos de ningún tipo.	La forma de coordinación de menor relevancia, ello está ligado a que se da por sentado que los mercados de productores ofrecen siempre productos orgánicos, dándole poca importancia a los procesos de certificación.

Cuadro 14. Inconsistencias de las Convenciones en los tres casos de estudio

Convención	TOCh	Colectivo Zacahuiztco	Farmers´ Markets
Doméstica	No se registra alguna inconsistencia importante en esta forma de coordinación. Empero, de manera indirecta el TOCh tiene el reto de vincularse con más productores a fin de aumentar el número de emprendimientos agrícolas orgánicos o agroecológicos en su zona geográfica más inmediata. Este reto, sin embargo, no es una responsabilidad directa del TOCh sino de las UACH como institución.	No se encontraron inconsistencias en este tipo de coordinación para el caso del Colectivo Zacahuiztco.	Las formas de coordinación Doméstica son las que menos retos enfrentan, sólo por encima de la convención de Notoriedad que para el caso de los mercados de productores no tiene relevancia. Lo más referido al respecto es que para algunas personas no son tan cercanos a su domicilio o bien que definitivamente no les gusta el ambiente que hay en los mercados. Estas inconsistencias, aunque menores, confirman la exclusión que algunos vancouveritas perciben respecto a los <i>Farmers´ Markets</i> .
Notoriedad	No se encontraron elementos que evidenciarán alguna inconsistencia importante en esta forma de coordinación, no obstante es sin duda un área de oportunidad, a través de	La tercera forma de coordinación que tiene mayores retos para el Colectivo Zacahuiztco, entre las más importantes se encuentran: ampliar su base de consumidores cotidianos y aumentar el número de	No se encontraron elementos que evidenciarán alguna inconsistencia en esta forma de coordinación. En general los mercados de productores son muy reconocidos.

		<p>más y mejores referencias el TOCh podría fortalecerse en más de un sentido.</p>	<p>participantes en las experiencias de Agricultura Compartida (ARC). De igual manera, falta comunicación y coordinación con otros Colectivos similares.</p>	
		<p>No se hallaron elementos que mostrarán alguna inconsistencia importante en esta forma de coordinación. Sin embargo, hubo casos en los que se pedía una mayor responsabilidad del TOCh con la sociedad que paga por la educación y la investigación universitaria, ello al considerar que el Tianguis es una extensión de una universidad pública: la UACh.</p>	<p>La segunda forma de coordinación que tiene mayor debilidad, aunque sólo al interior de la organización. Los miembros fundadores no han logrado extender la ideología de la corresponsabilidad y la cooperación hacia las tareas internas del Colectivo. A pesar de la fortaleza de esta convención hacia los productores y la comunidad en general, en cuanto a las responsabilidades cotidianas del grupo existen que impactan en el fortalecimiento del Colectivo.</p>	<p>Aunque muy lejos de los retos del campo Mercantil, los mercados de productores también tienen algunas inconsistencias en las formas de coordinación Cívica. Entre las más importantes se encuentran: algunos productos no son de origen local, por lo cual pierden sentido, por lo menos para algunos consumidores, el mayor argumento de los mercados de productores. A pesar de ello, cabe aclarar que el problema se encuentra en el concepto que cada vancouverita tiene de "producto local". Por otro lado, los mercados de productores han dejado de lado su responsabilidad social con los sectores de menores ingresos.</p>
	Cívica			

<p>Mercantil</p>	<p>La forma de coordinación que tiene el mayor reto, un número importante de los consumidores del TOCh manifestaron no comprar más productos por encontrarlos demasiado caros, es decir porque no identifican una relación legítima entre el precio y la calidad de los productos. Por otro lado, los consumidores también insistieron en que es necesaria una mayor diversidad de productos, lo que exige aumentar el número de productores que venden sus productos en el Tianguis.</p>	<p>La convención que más retos tiene para el Colectivo Zacahuitzco, entre los principales se encuentran: contar con más productos disponibles y abasto suficientes, además de ofrecer mejores precios. Al mismo tiempo, es necesario hacer más eficientes los procesos contables y administrativos.</p>	<p>Los elementos que componen la coordinación Mercantil son los que más retos enfrentan en el caso de los <i>Farmers' Markets</i>, el más relevante es que la mayor parte de la población vancouverita considera que estos mercados son demasiado caros. Los retos podrían dividirse en dos: disminuir los precios de los productos y construir otros mecanismos de venta para ofrecer sus productos a los sectores de menores ingresos.</p>
<p>Industrial</p>	<p>Un pequeño porcentaje de los consumidores del TOCh no confía en el proceso de Certificación Participativa, por lo cual duda de que los productos sean efectivamente orgánicos. Por ello, aunque el porcentaje es menor, el TOCh debe considerar el fortalecimiento de sus procesos de certificación y</p>	<p>El Colectivo no cuenta con procesos de certificación o calificación de los procesos de producción o preparación de alimentos de ninguna clase (ni participativos ni por agencia). El reto para el Colectivo es generar procesos de certificación (posiblemente bajo el esquema de Sistemas Participativos de Garantía,</p>	<p>Los elementos de la coordinación Industrial son los que menos retos enfrentan. Sólo un pequeño porcentaje de los consumidores dijo no confiar en el proceso de certificación de los mercados de productores. En general no es un problema a solucionar, sin embargo parece ir creciendo la inquietud por conocer con</p>

	<p>la forma en que hace públicos e incluye a más consumidores en estos procesos.</p>	<p>SPG) que sin aumentar los costos genere mayor confianza entre los consumidores actuales y futuros.</p>	<p>mayor detalle los procesos de certificación orgánica.</p>
--	--	---	--

Coincidencia y disidencias: la renovación de los sentidos éticos

Como se muestra en el cuadro anterior, en los tres casos analizados las formas de coordinación siguieron el mismo patrón: la coordinación Cívica es la más importante, seguida o acompañada por los elementos de campo Doméstico, mientras las coordinaciones Industrial y de Notoriedad fueron siempre menos relevantes. Las coincidencias son relevantes y nos permiten pensar en la posibilidad de construir generalidades que rebasen los casos estudiados hacia formas más abstractas respecto a la organización de las Redes Agroalimentarias Alternativas. Sin embargo, las inconsistencias fueron mucho más diversas, por ello es necesario desglosarlas con mayor detalle.

En cuanto a inconsistencias en las formas de coordinación, el Tianguis Orgánico Chapingo tiene los retos más grandes en las formas de coordinación Mercantil, entre los que destacan la relación precio-calidad, aunque la necesidad de contar con una mayor variedad de productos también resultó importante. En segundo lugar se encontraron algunas inconsistencias en la convención Industrial referente a la confianza en el proceso de certificación orgánica. Las inconsistencias en ambos campos se debilitan mutuamente ya que sin la confianza en la calidad orgánica de los productos, el precio no se justifica en sentido alguno.

Por su parte, las formas de coordinación del Colectivo Zacahuitzco tienen sus mayores retos en la convención Mercantil, donde la insuficiencia de abasto inciden en el resto de las coordinaciones. En este caso, la coordinación Cívica, a pesar de ser la de mayor importancia, también tiene inconsistencias relevantes en el sentido interno, ya que los miembros fundadores no ha logrado extender la solidaridad, cooperación y corresponsabilidad para dividir las tareas cotidianas de Colectivo, lo que en definitiva le daría más profundidad como colectivo y lo alejaría más de la lógica meramente comercial.

Los mercados de productores –*Farmers' Markets*– tienen igualmente las mayores inconsistencias en el campo Mercantil, donde nuevamente la relación

precio-calidad es la más importante. En segundo lugar se encuentran los retos que presenta la coordinación Cívica, donde la definición común de “producto local” tiene una disputa interna que más allá de las certificaciones, está inserta en la responsabilidad con la comunidad inmediata, lo que incluye una búsqueda por eliminar los costos ambientales de la transportación de alimentos, o bien, la solidaridad con la economía más amplia de toda la provincia de la Colombia Británica.

Aunque existen algunas diferencias, en general es posible afirmar que las coincidencias son igualmente mayores que las diferencias entre los tres casos estudiados. La renovación de los sentidos éticos en las RAA analizadas se basa en su autoimpuesta responsabilidad cívica principalmente, aunque también tienen otras prácticas de coordinación que difieren de la moral individualista del mercado. Esta característica es la que les dota de sentido en cuanto a redes “alternativas”, pero también los confiere valor en cuanto a su contenido de alteridad agroalimentaria, que como se ha planteado tiene además otros elementos a considerar, por ejemplo de qué manera desafían las estructuras de poder propias del SAG –es decir de qué manera despliegan su crítica en términos de emancipación– además de si efectivamente estas redes reconstruyen sus sistemas de reglas de pensamiento y acción. Para ello, a continuación se presentan estos análisis desde la perspectiva de las racionalidades y de la ecología política respectivamente.

Análisis comparativo del proceso de construcción de racionalidades alternativas en las RAA

El punto de encuentro entre los sistemas de producción agroecológica y las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) frente al Sistema Agroalimentario Global (SAG) es su descentramiento de la racionalidad instrumental hegemónica en la modernidad, lo que se manifiesta tanto en sus formas de pensamiento como en sus prácticas. Por ello, las redes de producción agroecológica, distribución y consumo alternativo deben ser analizadas desde

sus sistemas de reglas de pensamiento y de acción, es decir desde sus racionalidades específicas.

Aunque dicho descentramiento es en realidad diferente entre los sistemas de producción agroecológica y los modelos alternativos de distribución y consumo de alimentos, al establecerse como una sola red se entrelazan la racionalidad campesina de sobrevivencia a través del tiempo por encima de la ganancia inmediata –modo de vida de los pueblos en las zonas rurales, por ejemplo (López & Marañón, 2013)– con la racionalidad de los consumidores que, preocupados ya sea por su salud individual o familiar, el cuidado ecológico o la solidaridad comunitaria, están dispuestos a modificar en algo sus hábitos.

Por ello, la referencia a la racionalidad no es gratuita, como ha descrito la sociología desde Max Weber, la racionalidad es el principio que guía la reproducción de los grupos humanos en el planeta, por ello no existe otra forma de pensar en la reorganización de la reproducción material sobre los principios de la sustentabilidad –resiliencia, etcétera– sin referirse a la composición de la racionalidad productiva. La reconstrucción de los sistemas de reglas de pensamiento y acción son al mismo tiempo la fundación de nuevos paradigmas productivos y de consumo. Así, la necesidad de investigar sobre las racionalidades alternativas tiene que ver con la necesidad de construir, sobre bases efectivas y viables, nuevos paradigmas civilizatorios más allá de meras especulaciones. Analizar las racionalidades es poner sobre sus pies a las manifestaciones “alternativas”: describir qué hacen y cómo lo hacen más allá de los discursos que construyen.

A continuación se presenta una matriz de las racionalidades de las RAA analizadas en esta investigación, considerando dos criterios: racionalidad productiva y racionalidad de consumo, con los componentes de ésta matriz, se contará con más elementos para considerar los contenidos efectivos de alteridad agroalimentaria en dichas redes.

Cuadro 15. Matriz de racionalidades de las tres Redes Agroalimentarias Alternativas

Criterio I			
Racionalidad productiva (rediseño del agroecosistema): conjunto de reglas que orientan los procesos, prácticas y acciones sociales hacia los fines de la producción agrícola sujetándose a las condiciones ecológicas.			
Variable	TOCh	Colectivo Zacahuizco	Farmers´ Markets
Epistemología agrícola alternativa que articule valores, significados y sentidos a los conocimientos sobre la naturaleza.	Existe una noción alternativa de naturaleza que incorpora los valores, significados y sentidos a los conocimientos tanto tradicionales como científicos. Esta noción proviene de la conceptualización que el movimiento orgánico ha heredado de la agroecología. Sin embargo no hay elementos explícitos que evidencien una epistemología de la naturaleza que cuestione su dominación como condición para la reproducción humana.	El Colectivo tiene poca presencia en las actividades y prácticas agrícolas, su relación con los productores ha venido creciendo desde las experiencias de Agricultura Responsabilidad Compartida (ARC), empero de manera indirecta sus críticas al Sistema Agroalimentario Global (SAG) sí incluyen una crítica discursiva a la forma hegemónica de relación con la naturaleza.	Existe una noción alternativa de naturaleza entre los productores que forman los mercados de productores vancouveritas, sobre todo entre los más activos promotores de la agricultura urbana y de la agroecología. No obstante, en los mercados mismos no se encuentra referencias a una construcción alternativa de conocimiento sobre la naturaleza.

<p>Sustitución de insumos y prácticas convencionales por prácticas productivas alternativas.</p>	<p>Tanto los interesados en formar parte del Tianguis como los productores que ya participan en él tienen prácticas productivas alternativas. Además el TOCh colabora con los productores que, sin seguir prácticas específicamente orgánicas, están interesados en transitar hacia una producción agroecológica.</p> <p>Empero, entre las formas de producción orgánica, su apego a la lógica mercantil, hace que la práctica del monocultivo sea una de las prácticas productivas más recurrentes.</p>	<p>Los productores que forman parte del Colectivo, o bien que colaboran con él, han transitado hacia la sustitución de insumos y prácticas convencionales. Tanto los productores más constantes como aquellos que han participado en las experiencias de ARC tienen prácticas productivas alternativas.</p>	<p>Todos los participantes en los mercados de productores vancouveritas tienen de hecho prácticas productivas alternativas, los riesgos se encuentran en que los productores con mayores capacidades tienden a practicar el monocultivo.</p>
<p>Producción agrícola sujeta a los principios ecológicos para el diseño y manejo de sistemas agrícolas sustentables y de conservación de recursos.</p>	<p>Los productores-vendedores del Tianguis cultivan productos que conocen y que pertenecen a las condiciones del medio en el que viven y cultivan. En la medida en que cumplen con los principios agroecológicos,</p>	<p>Los productores con los que se asocia el Colectivo pretenden sujetarse a los principios ecológicos, practican el sistema milpa, en Tlaxcala por ejemplo, y la producción en chinampas en Xochimilco. De cualquier manera, esta</p>	<p>Los productores locales de los mercados de productores cultivan lo que las condiciones ecológicas de su medio les permiten, sin embargo dada la lógica mercantil que predomina, no es una prioridad sujetarse a los principios</p>

	rebasando las especificaciones técnicas de la producción orgánica, diseñan y manejan de manera más sustentable sus sistemas agrícolas, conservando sus recursos.	es todavía un área con retos importantes.	ecológicos más amplios, sino a las reglas técnicas de la producción orgánica.
Criterio clave II			
Racionalidad de consumo: reorganización del sistema de distribución y consumo de alimentos con base en criterios ecológicos, económicos y socioculturales.			
Variable	TOCh	Colectivo Zacahuizco	Farmers´ Markets
Sistema de precios: incorporación de los procesos naturales, culturales, científicos, tecnológicos y de trabajo a la construcción del valor de los productos agroalimentarios.	El precio de los productos lo determina el mercado, aunque se considera que el valor de los productos orgánicos incluye los elementos ecológicos, científicos, tecnológicos y de trabajo.	La construcción de un sistema de precios justos, como lo llama Altieri (2001), es uno de los objetivos del Colectivo. Hasta ahora han logrado establecer precios considerando tanto el trabajo de ambos lados de la cadena agroalimentaria como los procesos naturales, culturales y tecnológicos, sobre todo en las experiencias de Agricultura de Responsabilidad	El sistema de precios es dictado por el mercado de productos orgánicos. Como es sabido ese precio lo determinan principalmente elementos de orden económico.

<p>Restablecimiento de las relaciones directas, o más cercanas, entre productores y consumidores.</p>	<p>Este es uno de los principales objetivos del Tianguis, además de la calidad orgánica de sus productos.</p>	<p>Compartida (ARC). Sin embargo el Colectivo no cuenta con un sistema específico para la asignación de precios, por lo que en la mayoría de los casos el precio lo determina el mercado.</p>	<p>Los mercados de productores encuentran su principal sentido en este restablecimiento.</p>
<p>Establecimiento de relaciones comerciales y de intercambio de productos agroalimentarios basados en valores no exclusivamente económicos.</p>	<p>La predominancia de los valores económicos es alta, sin embargo en los talleres que se llevan a cabo los días de venta en las instalaciones del TOCh, también se hace referencia a los valores del cuidado de la naturaleza, la promoción de la agricultura orgánica y el valor del cuidado de la salud humana a través de mejores prácticas dietéticas.</p>	<p>El Colectivo pretende resolver problemas económicos, sin embargo el establecimiento de relaciones comerciales ha sido una consecuencia de valores como la solidaridad y la responsabilidad tanto con la comunidad inmediata como con los productores rurales.</p>	<p>El valor económico es el que determina en mayor medida la existencia de los mercados de productores vancouveritas, empero se hace referencia indirecta a la importancia que tiene el valor del cuidado ecológico en el intercambio directo entre productores locales y consumidores urbanos.</p>

En general es posible afirmar que las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) tienen una racionalidad alternativa, diferente a la racionalidad instrumental de la economía capitalista. Empero, no es posible referirse a las formas de pensamiento y acción de estas redes como racionalidades plenamente alternativas, como estrategias de productores agroecológicos y consumidores críticos del sistema agroalimentario convencional articulan prácticas que difieren de la lógica instrumental dominante, sin embargo en algunas de sus prácticas cotidianas reincorporan la racionalidad instrumental. Esta situación, sin embargo, no depende de las RAA sino de su pertenencia al orden capitalista.

El panorama general de las racionalidades de las RAA es que los aspectos relacionados a la racionalidad productiva alternativa tienen mayores implicancias que los contenidos de la racionalidad de consumo, aunque la predominancia de los valores exclusivamente económicos es, nuevamente, el reto más grande en la construcción de un nuevo sistema agroalimentario. Incluso las contradicciones en la racionalidad productiva están ligadas a dicha sobrevaloración mercantil, ya que los principios agroecológicos –fundamentales en la construcción de una nueva racionalidad agrícola– se dejan de lado en función de cumplir con los principios instrumentales de mayor eficiencia y productividad.

No obstante, la constante reincorporación de la racionalidad instrumental en los procesos de construcción de alternativas es una regla de las que las RAA no son la excepción. Mientras los sujetos sociales que despliegan estas prácticas e intentan modificar sus sistemas de valores, con mayores o menos avances, tengan que cubrir sus necesidades materiales por las vías que el capitalismo ha trazado, las formas de pensamiento y acción tendientes a la lógica instrumental tenderán a prevalecer. Ello no exime a los actores de que desarrollen una crítica más o menos estructurada que los inserte en los procesos de sobrevivencia con mayores contenidos antagónicos –y por lo tanto con una

mayor alteridad agroalimentaria en el caso de las RAA— ésta será abordada desde la perspectiva de la ecología política.

Análisis comparativo de las RAA desde la Ecología Política

Desde la perspectiva de la Ecología Política es posible intentar responder si las estrategias agroecológicas de apropiación de la naturaleza acompañadas de formas alternativas de consumo de alimentos son generadas por valoraciones antagónicas al proyecto civilizatorio moderno-colonial-capitalista, es decir si pueden ser pensadas como francas luchas civilizatorias tal como las ha definido la ecología política latinoamericana (Escobar, 2010; Leff, 2001, 2006b; Porto Gonçalves, 2006, 2009).

Cabe resaltar que la perspectiva ecopolítica a la que hace referencia está investigación rebasa los ámbitos que comúnmente se le otorga a éste marco analítico, entendido como un estudio de las relaciones de poder relacionadas con el uso o aprovechamiento de la naturaleza o los sistemas ecológicos. Tampoco se refiere a los conflictos ecológico-distributivos referidos por los trabajos de Martínez Alier (2006), ya que, a pesar de que ambas perspectivas han resultado de gran utilidad para analizar por ejemplo, la capacidad de ciertos grupos ligados a la defensa de sus territorios de vida para transformar las relaciones de poder, o cómo han introducido con sus luchas nuevas formas de ciudadanía o mayores contenidos democráticos, poco ayudan cuando la tarea es analizar los problemas de la apropiación social de la naturaleza en términos onto-epistemológicos.

La referencia a las luchas civilizatorias no es una extrapolación de elementos del conflicto con fines ideológicos, las luchas civilizatorias son un marco analítico que pretende entrelazar los estudios epistemológicos con el despliegue de los antagonismos por la defensa de un territorio o un proyecto de vida frente a la apropiación de la naturaleza para la reproducción del capital. Por ello, las referencias onto-epistemológicas ligadas a conceptos como autonomía son la forma que conceptualmente toma este tipo de análisis. A

continuación se presenta una aproximación a un análisis ecopolítico comparativo de las luchas civilizatorias en las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA).

Cuadro 16. Despliegue de la crítica: las Redes Agroalimentarias Alternativas desde la Ecología Política

Criterio	TOCh	Colectivo Zacahuizco	Farmers´ Markets
<p>Abordaje sobre la lucha por los significados de la reapropiación social de la naturaleza para la construcción de otras formas de producir, distribuir y consumir alimentos.</p>	<p>El mayor grado de significación se le otorga a las prácticas productivas que, en este caso, se pretende que sean exclusivamente orgánicas. Existe un paradigma de apropiación social de la naturaleza en el que se valora su “cuidado” a través de la eliminación de las prácticas agrícolas basadas en insumos químicos, lo cual, dada la hegemonía de la Sistema Agroalimentario Global (SAG), es una práctica antagónica, aunque tendiente a la convencionalización. En paralelo, el TOCh construye cotidianamente una forma alternativa de distribución agroalimentaria como una lucha contra la distribución masiva de alimentos. Sin embargo, al no existir un</p>	<p>En el Colectivo Zacahuizco existe un abordaje al respecto, ya que los miembros del Colectivo Zacahuizco consideran que sus prácticas son una forma de lucha que parte de significados y formas sociales de apropiación de la naturaleza alternativas a los significados de la apropiación del Sistema Agroalimentario Global (SAG) así como a la forma en que se distribuyen y consumen los alimentos.</p>	<p>Aunque no existe una posición explícita al respecto, se valora la producción orgánica y local, ambos valores contienen significados y formas sociales de apropiación de la naturaleza que no se corresponden con las significaciones dominantes del Sistema Agroalimentario Global (SAG). Sus prácticas tanto productivas como de distribución y consumo de alimentos son una forma de lucha, aunque por sus características mercantiles, muy apegadas a la lógica convencional, los contenidos de antagonismo se difuminan en la práctica cotidiana.</p>

	posicionamiento explícito sobre las significaciones de esta práctica, su alteridad frente a la forma dominante de distribución y consumo agroalimentario podría ser mayor.		
Reconocimiento de las relaciones de dominación y explotación en las que se encuentra el campo agroalimentario.	Tanto productores como consumidores del TOCh manifestaron elementos que permiten identificarlos como un reconocimiento general de que las relaciones sociopolíticas y ambientales de la producción, la distribución y el consumo agroalimentario se desenvuelven en medio de relaciones de dominación y explotación.	De hecho, este reconocimiento es el que posibilitó la creación del Colectivo Zacahuizco y el que lo mantiene como proyecto en construcción. Existen elementos tanto discursivos como prácticos, que se relacionan como experiencias individuales y colectivas de exclusión económica y explotación en los que se puede identificar dicho reconocimiento.	Existe un reconocimiento generalizado de las relaciones de dominación y explotación en las que se encuentra el campo agroalimentario tanto entre productores como entre los consumidores de los mercados de productores vancouveritas. A pesar de ello, dicho reconocimiento no se refleja en práctica alguna.
Construcción de autonomía: pretensión de reproducción de la vida social y económica más allá de los causes de los poderes políticos y económicos.	No existen elementos que permitan afirmar que el Tianguis Orgánico Chapingo pretenda construir alguna forma de autonomía frente a los poderes políticos, aunque de hecho pretende fortalecer a los pequeños productores orgánicos	El Colectivo Zacahuizco pretende construir un espacio de intercambio agroalimentario que posibilite la reproducción de la vida social de sus miembros y de la comunidad más allá de los intereses de los poderes políticos y económicos.	No existen elementos sobre la construcción de autonomía frente a los poderes políticos ni económicos, aunque se busca fortalecer el poder de decisión sobre lo que se consume. En este sentido, se busca construir una forma de

	<p>frente a los poderes empresariales agroalimentarios. Al mismo tiempo, se rechaza la imposición del consumo de alimentos considerados como tóxicos, lo cual puede entenderse como una salida de las imposiciones del SAG.</p>	<p>Elo no equivale a una toma de posición anti-estatal, en realidad los miembros fundadores del Colectivo han sido muy activos en fortalecer el marco legal agroalimentario a favor de los derechos tanto de consumidores como de los pequeños productores, por ejemplo. Además su adhesión a la economía solidaria los ubica en la construcción de autonomía tal como se conceptualiza en este este trabajo.</p>	<p>autonomía del consumo agroalimentario aunque no es una prioridad identificable en los mercados de productores.</p>
<p>Apropiación del territorio: apropiación objetiva y subjetiva de un espacio. Una territorialidad que responde a significaciones simbólicas y materiales que no contemplan exclusivamente la reproducción del capital.</p>	<p>Existe una territorialidad alternativa en la que se valora el territorio y se despliega un proyecto de apropiación objetiva y subjetiva del espacio para la producción orgánica. En este sentido, se pretenden producir alimentos “limpios” a través del cuidado de la ecología, aunque sin olvidar las necesidades económicas.</p>	<p>Se revaloriza el territorio de los productores, reconociendo una territorialidad campesina y agroecológica. También se construye una territorialidad urbana que concibe al espacio como una construcción comunitaria que busca fortalecer y complementar la territorialidad rural.</p>	<p>Se valora el territorio local como un espacio común que debe ser cuidado y respetado. Sin embargo, el mayor peso se le otorga a la apropiación objetiva del espacio con fines mercantiles.</p>

Principales retos de las RAA

En conclusión, las prácticas de las Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) tienen potencial para construir una nueva racionalidad agroalimentaria, alternativa al régimen de racionalidad instrumental hegemónico en la modernidad-capitalista en que se basa la lógica productivista del Sistema Agroalimentario Global (SAG). Sin embargo, dado que cubrir las necesidades materiales de los actores que las conforman es la prioridad que más se impone en la práctica, este potencial queda bastante limitado. A pesar de ello, las RAA están abriendo una brecha fundamental para la conformación de nuevos sistemas agroalimentarios, este derrotero tiene retos importantes a partir de los cuales presentes y futuros actores de la alteridad agroalimentaria deben aprender.

En este sentido, la probada importancia de las Convenciones que se despliegan en las RAA no exime a dichas redes de tener prácticas que poco tienen que ver con el sentido en que se funda su emergencia. Entre los principales retos que enfrentan las RRA se encuentran: i) una marcada tendencia a la mercantilización –la prevalencia de la racionalidad instrumental en detrimento de otras formas de pensamiento y acción que en principio les dieron origen–; ii) ligado al primer elemento, aunque diferente, su alejamiento de los sectores sociales de menores ingresos; iii) una débil o ausente proceso de certificación que garantice la calidad de los productos que ofertan, y; iv) mantener constancia en la variedad de sus productos.

La salida de la lógica mercantil en la que tienden a caer las RAA dependerá del fortalecimiento de sus sentidos éticos y de la puesta en práctica de experiencias que los coloque en posibilidad de desplegar otras formas pensamiento y acción, es decir otras racionalidades. Ello les permitirá integrar los principios agroecológicos con los principios de la economía solidaria, de ese entrelazamiento de sentidos, racionalidades e ideología depende el fortalecimiento de éstas redes para la construcción de nuevos sistemas

agroalimentarios. En ello radica también la posibilidad de encontrarse con otros “excluidos” del sistema económico hegemónico.

Por otro lado, aunque en el caso de los mercados de productores vancouveritas no existe una preocupación generalizada por prácticas deshonestas en la producción agroalimentaria, en los casos mexicanos este parece ser un problema constante. En las redes emergentes existen formas de distribución que se presentan como locales, agroecológicas o de comercio justo que en realidad intentan engañar al consumidor. La ausencia de certificación institucional y los distintos acuerdos *ah doc* entre productores interesados en vender sus productos agroalimentarios, generan problemas que no tienen una salida fácil. La proliferación de mercados o *tianguis* orgánicos alejados del sistema de certificaciones no pueden garantizar nunca el total de sus productos.

Esta situación es preocupante en dos sentidos: en cuanto a su alteridad agroalimentaria y en el propio campo mercantil. Primero, ya que en los procesos de Certificación Participativa (o Sistemas Participativos de Garantía) están presentes elementos de un profundo rompimiento con la lógica de la racionalidad económica instrumental que hoy domina el proceso civilizatorio occidental –ya que en estos procesos existe una búsqueda por la construcción de cierto nivel de autonomía frente a las instituciones políticas y el poder de las grandes empresas del sector– su ausencia debilita la auto-percepción de los actores de las RAA como portadores de un proyecto “diferente”⁴⁴. Segundo, al no contar con ningún proceso que garantice el origen agroalimentario de los productos, las RAA tienden a detener su crecimiento, ya que los consumidores potenciales no siempre están dispuestos a pagar un sobreprecio basándose únicamente en la confianza. Aunque existen otras posibles complejidades, estos dos elementos son por los que vale la pena profundizar en los sentidos que originan los procesos de Certificación Participativa, por lo tanto es deseable

⁴⁴ En el sentido de la “política de la diferencia”, concepto utilizado principalmente por la Ecología Política, específicamente por A. Escobar (2010)

que se promueva entre las RAA el crecimiento tanto cualitativo como cuantitativo de nuevos Sistemas Participativos de Garantía.

En contraparte, ya que el sistema hegemónico de producción, distribución y consumo de alimentos hoy globalizado tiende a reincorporar las prácticas alternativas como nuevos nichos de mercado, es fundamental que los pequeños productores agroecológicos que transitan a modelos alternativos de venta de sus productos, se mantengan pendientes de que los sistemas de certificaciones no los excluya nuevamente de la toma de decisiones sobre sus prácticas productivas.

Ahora bien, la falta de variedad de productos en las RAA es resultado tanto de la falta de capacitación sistemática de los productores agroecológicos que participan en estas redes como de los sistemas de incorporación de nuevos productores que cumplan con los procesos de certificación. Ambas sin embargo, están ligadas a la falta de capacidad económica y política de los propios mercados, tianguis o colectivos. Para solventar este reto, sería necesario fortalecer el trabajo en red con otras organizaciones y establecer vínculos con las facultades y universidades agrícolas, de manera que se reduzcan los costos tanto de capacitación como de certificación participativa. Otros empero, han encontrado que constituirse como asociaciones civiles les permite contar con una plataforma de acceso a recursos tanto públicos como privados, empero ello conlleva una pérdida de autonomía que podría convertirse en un fortalecimiento de la lógica mercantil.

Estas son algunos de los principales retos, sin embargo gran parte de los problemas que presentan las RAA son más amplios y rebasan sus campos de acción. Ello es así porque dichas redes se construyen en paralelo al proceso de globalización ligado al despliegue de las estrategias neoliberales en todo el mundo. En el epílogo de este trabajo se presentan algunos de estos retos y su ligazón con los problemas del capitalismo contemporáneo, lo cual, como podrá verse, abren al mismo tiempo nuevas líneas de investigación.

EPÍLOGO

Conclusiones generales

El objetivo del estudio comparativo fue ubicar los puntos de encuentro y diferencia entre cada iniciativa para contar con elementos que permitieran generalizar tanto sus cualidades como procesos sociales emergentes como su implicancias para generar nuevos modelos agroalimentarios frente a la hegemonía del Sistema Agroalimentario Global (SAG). Las conclusiones del análisis comparativo ya han sido expuestas en la última parte del capítulo 6 de esta investigación. En adelante se presentan algunas reflexiones más amplias sobre el fenómeno de tales redes, ligándolas a problemas más amplios del SAG. Hasta ahora estos procesos sociales han sido nombrados como Redes Agroalimentarias Alternativas (RAA) o Redes Alimentarias Alternativas, sin embargo el término todavía no alcanza para definir el fenómeno.

Al respecto, es necesario confirmar que el término “alternativo” es quizá demasiado amplio y por lo tanto no ayuda a definir las experiencias de organización que están emergiendo alrededor del campo agroalimentario. Una opción es explorar el término Redes Agroalimentarias Agroecológicas, ya que ésta incluye elementos menos vagos y ofrecen una ubicación sobre las prácticas que estas redes comparten. Otra diferenciación podría ser dividir las entre Redes Agroalimentarias Alternativas fuertes y débiles como propone (Di Masso, 2012), no obstante habría que agregar los criterios utilizados en el cuadro de análisis ecopolítico en el capítulo 6 de esta investigación, dependiendo de cuáles son los puntos que, desde un análisis sistémico⁴⁵, les permitiría ser más susceptibles de asimilación por parte del SAG o bien, de mayor antagonismo. En el mismo sentido se ha propuesto la idea de redes agroalimentarias en posición “Radical” o de “Transición” (Holt Giménez & Shattuck, 2011, citado por Monachon, 2017).

Frente a las propuestas anteriores esta investigación ha venido construyendo el concepto de “alteridad agroalimentaria” la cual tiene capacidad para identificar

⁴⁵ Es decir si contribuyen a la transformación del sistema en el que se inscriben, considerando fases, dimensiones e impactos, entre otros.

procesos tanto epistémicos y de racionalidad como prácticos –desplegados en términos de convenciones o coordinación– ligándolo siempre al análisis político, un elemento indisociable en el contexto actual de apropiación-reapropiación de la naturaleza. Como se enunció al inicio de este trabajo, la noción de alteridad agroalimentaria es una propuesta para intentar pensar en el fenómeno de construcción de alternativas sobre la producción, distribución y consumo de alimentos desde una perspectiva que rebase los enfoques empíricos tan diversos. Este trabajo de investigación abordó sólo una parte de esta alteridad, considerando que las redes agroalimentarias que funcionan al margen del sistema hegemónico de producción, distribución y consumo de los alimentos, son una de las formas más extendidas de dicha alteridad en la actualidad.

Al respecto es posible identificar las siguientes generalidades:

- La mayor parte de las RAA no han logrado salir de la lógica economicista, el predominio de la coordinación mercantil es indiscutible así como la prevalencia de la racionalidad instrumental. Sin embargo, las RAA han logrado comenzar un proceso de democratización sobre las decisiones agroalimentarias que influye en los consumidores más informados y con mayores ingresos, empero, dado su énfasis en los aspectos mercantiles no han logrado influir de igual manera entre los consumidores promedio.
- Las RAA han construido y fortalecido valores como la ética, la solidaridad y el cuidado ecológico, sistemas de valores indispensables en la construcción de “Otros” sistemas agroalimentarios. El reto actual es extender estos nuevos valores del campo agroalimentario hacia mayores sectores sociales.
- Tanto el análisis comparativo como los estudios de caso individuales, permiten a esta investigación confirmar junto a otros varios autores (Di Masso, 2012; López-Velázquez, Zapata_Martelo, Vázquez-García, Garza-Bueno & Schwentesius, 2012; García, 2015) que las RAA no satisfacen hasta ahora el rol que pueden jugar en un cambio social, ni en los aspectos más relacionados con la alimentación humana, ni aspectos

más amplios que conciernen a la lógica del SAG inserto en el sistemas capitalista contemporáneo.

- Hace falta una apropiación más efectiva de los principios y valores de la economía social y solidaria que, al mismo tiempo, no olvide el compromiso agroecológico. Una vía es ampliar el número de grupos que practiquen la Agricultura de Responsabilidad Compartida (ARC) ya que ésta práctica es una de las que más favorece el fortalecimiento de la alteridad agroalimentaria por contar con más elementos de racionalidad no-instrumental al basarse en una forma de coordinación cívica que reconstruye los lazos entre productores y consumidores más allá del acto de compra-venta.
- Las RAA corren el riesgo de ser asimiladas por el SAG y reinstaladas en la lógica de reproducción del capital de no fortalecer su lectura crítica al sistema agroalimentario contemporáneo, dicha crítica debe incluir aspectos que vayan desde los elementos productivos hasta las formas en que se consumen alimentos en todo el mundo. En particular, es muy importante que consideren los elementos de construcción objetiva y subjetiva de su territorialidad y sus contenidos de autonomía frente al SAG.
- Las RAA son una base importante de transformación del SAG, sin embargo para una transformación profunda del sistema agroalimentario no basta ni su sola existencia ni el cambio en las prácticas de consumo, el impacto depende tanto de la transformación de hábitos individuales, como de la movilización de una parte significativa de la sociedad. La transformación de sistema capitalista, o de cualquier otro de sus subsistemas incluyendo al SAG, depende tanto de aspectos macro a nivel social, político, cultural, económico y ambiental, como de la ética y la solidaridad en los espacios micro de la vida cotidiana. Siguiendo a Magdoff et al. (2000 citado por Di Masso, 2012, p. 151) podemos decir que una transformación completa de la agricultura y el sistema

alimentario requiere, efectivamente, una transformación completa de la sociedad.

- La reorganización de la producción, distribución y consumo de alimentos es una avalancha que rebasa los ámbitos del “consumo responsable” o “consciente” porque el modelo de consumo masivo de alimentos está ligado a cuestiones como la organización espacio-temporal de la producción en todas sus escalas, la precariedad económica de la clase trabajadora y la alienación mediática de las clases medias enfocadas en gastar más en productos diferentes a los relacionados con la alimentación cotidiana.
- En contraste, a la luz de los hallazgos de ésta investigación sobre las RAA, no es asequible esperar que dichas redes tomen una posición política, de construcción de autonomía y de antagonismo a través de un despliegue de la política de la diferencia. En síntesis, las RAA son estrategias de sobrevivencia que, aunque se basan en valores diferentes a los estrictamente económicos, no son una forma efectiva de antagonismo frente al SAG. Sin embargo, son fenómenos sociales sustentados por sujetos sociales que parten de una racionalidad y valoraciones diferentes a las dominantes en el capitalismo contemporáneo, por ello, son una primera plataforma de aprendizaje para la construcción de nuevos sistemas agroalimentarios.

Líneas de investigación abiertas

En un sentido profundo, la construcción de nuevos sistemas agroalimentarios busca encontrar las condiciones a satisfacer para que las capacidades de los seres humanos se realicen plenamente con el menor impacto posible sobre los sistemas naturales en los que tal proceso se despliega. Más aún, desde mi punto de vista, tal construcción busca la integración metabólica de los sistemas humanos con los sistemas ecológicos para su mutua complementación y evolución sostenida a través del tiempo. No obstante, está construcción no se da en un orden preestablecido, al contrario, el medio se construye a la par y

está plagado de intereses antagónicos que van determinando el curso del proceso.

Por ello, sería necesario analizar en estudios futuros, los aspectos en que el desarrollo de la alteridad agroalimentaria, manifiesta en las RAA, complementa o difiere de los procesos más amplios que han emergido de las luchas socioambientales contra la “acumulación por desposesión”, descritas y analizadas en trabajos anteriores (Hernández, 2014). Dichos movimientos ecopolíticos, compuestos por luchas radicalizadas práctica e ideológicamente por la conflictividad y la violencia del despojo contemporáneos, parten de una antropología y una filosofía de la historia que debería ser analizada a la luz de los modelos de competencia descritos por L. Boltanski. Con ello, se conocería la posible coincidencia de los sistemas morales y éticos que, a pesar de no desplegarse como convenciones, organizan también las luchas socioambientales más antagónicas.

En el caso de las RAA, estos procesos están ligados a una antropología de tipo escatológica, revitalizada con una actualización de la ética frente al nihilismo reinante en el capitalismo contemporáneo. A modo de hipótesis podríamos enunciar que las RAA parten de un enfoque escatológico que “supone apoyarse en una antropología que especifica las capacidades de los seres humanos y que, de ese modo, abre el camino a una reflexión sobre las condiciones a satisfacer para que su humanidad se realice plenamente” (Boltanski, 1990, p. 69), del mismo modo que lo han venido haciendo los movimientos sociales de corte marxista desde el siglo XIX. Un análisis desde la analítica de las antropologías, abre vías para el cuestionamiento de las ideologías del “fin de la historia y de los meta-relatos” propuestos por los filósofos posmodernos. Sin duda, la sociología tiene todavía pendiente saldar ese debate, emprenderlo desde los procesos agroalimentarios podría resultar muy ilustrador.

Por otro lado, otra forma de alteridad agroalimentaria fundamental en el contexto actual, que resultaría de gran importancia para la sociología de la agricultura y la alimentación, es el estudio de la adopción de diferentes

corrientes dietéticas en el capitalismo contemporáneo. Esta corriente de análisis ya se encuentra en marcha, sin embargo ésta investigación no consideró estas líneas exploratorias a fin de no desviar la obtención de datos y el análisis más holístico de este trabajo. Desde mi punto de vista, empero, el análisis de este fenómeno es fundamental para entender la “otra cara” del consumo agroalimentario alternativo.

LITERATURA CITADA

- Alimonda, H. (compilador). (2011). *La naturaleza colonizada. Ecología política y minería en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Allen, P., Fitzsimmons, M., Goodman, M., & Warner, K. (2003). Shifting Plates in the Agrifood Landscape: the Tectonics of Alternative Agrifood Initiatives in California. *Journal of Rural Studies*, 19(1), 61–75.
- Altieri, M. A. (2001a). Agroecología: principios y estrategias para diseñar sistemas agrarios sustentables, 27–34.
- Altieri, M. A. (2001b). Agroecología: principios y estrategias para una agricultura sustentable en la América Latina del siglo XXI. In *Agroecología: principios y estrategias para diseñar una agricultura que conserva recursos naturales y asegura la soberanía alimentaria*. California: California Univ., Berkeley.
- Barbera, F., Corsi, A., Dansero, E., Giaccaria, P., Peano, C., & Puttilli, M. (2014). What is alternative about Alternative Agri-Food Networks? A research agenda towards an interdisciplinary assessment. *Scienze Del Territorio*, (2), 45–54.
- Barrs, R. (2002). Sustainable Urban Food Production in the City of Vancouver: An Analytical and Strategy Framework for Planners and Decision-Makers. *City Farmer, Canada's Office of Urban Agriculture*.
- Bastidas-Delgado, O., & Richer, M. (2001). Economía social y economía solidaria: intento de definición. *Cayapa. Revista Venezolana de Economía Social*, 1, 1–27.
- BBC, Redacción (2014). Las mejores ciudades para vivir alrededor del mundo. London: BBC.
- BC Association of Farmers Markets. (2015). Annual Report 2015. Vancouver: AFM.
- Beck, U. (1998). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. España: Paidós.
- Boltanski, L. (2000). *El amor y la justicia como competencias. Tres ensayos de sociología de la acción*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Boltanski, L., & Chiapello, E. (2005). *The New Spirit of Capitalism*. London: Verso.
- Boltanski, L., & Thévenot, L. (1991). *On justification: Economies of worth*. Princeton: Princeton University Press.
- Boltanski, L., & Thévenot, L. (1999). The Sociology of Critical Capacity. *European Journal of Social Theory*, 2(3), 359–377.
- Bonanno, A. (2003). La globalización agro-alimentaria: sus características y perspectivas futuras. *Sociologías, Porto Alegre*, 5(10), 190–218.
- Bourdieu, P. (1997). *Capital cultural, escuela y espacio social*. Madrid: Siglo

XXI.

- Bourdieu, P. (1999). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (compilador). (1979). *La fotografía: un arte intermedio*. México: Editorial Nueva Imagen.
- Busch, L. (2000). The moral economy of grades and standards. *Journal of Rural Studies*, 16, 273–283.
- Busch, L., & Bain, C. (2004). New! Improved? The Transformation of the Global Agrifood System. *Rural Sociology*, 69(3), 321–346.
- Calle, Á., Gallar, D., & Candón, J. (2013). Agroecología política: La transición social hacia sistemas agroalimentarios sustentables. *Revista de Economía Crítica*, 16, 244–277.
- Calle Collado, Á., Vara, I., & Cuéllar, M. (2011). La Transición social Agroecológica. In *Soberanía Alimentaria*. Córdoba: ISEC, Universidad de Córdoba.
- Cámara de Diputados. (2006). *Ley de Productos Orgánicos*. México: H. Congreso de la Unión.
- Chapingo, T. O. (2015). *Reglamento de Certificación Participativa del Tianguis Orgánico Chapingo*. Chapingo, Edo. de México: TOCh.
- Chomsky, N. (1999). *Estructuras sintácticas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Collin, L. (2014). *Economía Solidaria, local y diversa*. Tlaxcala: Colegio de Tlaxcala.
- Constance, D., Friedland, W., Renard, M.-C., & Rivera-Fere, M. (2014). The Discourse on Alternativa Agrifood Movements. In *Alternative Agrifood Movements. Research in Rural Sociology and Development Movements. Research in Rural Sociology and Development* (pp. 3–46). UK: Emerald Group Publishing Limited.
- Correa Palacios, E. (2016). Campo, ciudad, campo: Los jóvenes y los circuitos cortos de comercialización. *La Jornada Del Campo*, 106.
- Covantes, L. (2017). *Colectivo Zacahuitzco: alternativa de alimentación sana para el buen vivir*. México: Ponencia.
- De la Cruz, R. (2012). *Agricultura Orgánica y Gestión de Bienes Comunes: El caso de la Reserva de la Biosfera “El Triunfo”, Chiapas*. Universidad Autónoma Chapingo.
- Delgado, C. L., Rosegrant, M., Steinfeld, H., Ehui, S., & Courbois, C. (1999). *Livestock to 2020: The Next Food Revolution*. Washington: International Food Policy Research Institute.
- Delgado Ramos, G. C. (compilador). (2013). *Ecología política del extractivismo en América Latina: casos de resistencia y justicia socio-ambiental*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

- Descola, P. (1996). *La selva culta. Simbolismo y praxis en la ecología de los Achuar*. Quito: Ediciones Abya Yala.
- Descola, P., & Pálsson, G. (2001). *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI.
- Desmarais, A., Rivera, M., & Gasco, B. (2013). Building alliances for food sovereignty: La Vía Campesina, NGOs and social movements.
- Deverre, C., & Lamine, C. (2010). Les systèmes agroalimentaires alternatifs. Une revue de travaux anglophones en sciences sociales. *Économie Rurale*, 317.
- Di Masso, M. (2012). *Redes alimentarias alternativas y soberanía alimentaria. Posibilidades para la transformación del sistema agroalimentario dominante*. Barcelona: Universitat Autònoma de Barcelona.
- Díaz Méndez, C., & García Espejo, I. (2014). La mirada sociológica hacia la alimentación: análisis crítico del desarrollo de la investigación en el campo alimentario. *Política y Sociedad*, 51(1), 15–49.
- Dubuisson-Quellier, S., Lamine, C., & Le Velly, R. (2011). Citizenship and consumption: Mobilisation in alternative food system in France. *Sociologia Ruralis*, 51(3), 304–323.
- Eder, K. (1996). *The social construction of nature*. London: Sage.
- Entrena, F. (1997). La construcción social del consumo alimentario en España. De la satisfacción de una necesidad biológica a la constitución de la identidad social. *Estudios Sociológicos XV*, XV(44), 577–594.
- Escobar, A. (2006). Ecologías Políticas Postconstructivistas. *International Handbook of Environmental Sociology*, 80 (Biersack).
- Escobar, A. (2010). *Territorios de diferencia: Lugar, movimientos, vida, redes*. Popayán: Samava Impresiones.
- Eymard-Duvernay, F. (1992). Economía de las convenciones y su aplicación al estudio de las empresas y los mercados. *Programa de Investigaciones Económicas Sobre Tecnología, Trabajo y Empleo, Documento*.
- FAO. (2015). *El estado mundial de la agricultura y la alimentación. La innovación en la agricultura familiar*. Roma: Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura.
- FAO. (2016). *FAO en Sudamérica. Desafíos en agricultura y alimentación*. Roma.
- Figueroa, K., Álvarez, M. del C., Hernández, F., & Schwentesius, R. (2018). Una investigación bibliométrica de los mercados de productores. México: En proceso de publicación.
- Fonte, M. (2002). Food systems, consumption models and risk perception in late modernity. *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, 10(1), 13–21.

- Fonte, M. (2013). Food consumption as social practice: Solidarity Purchasing Groups in Rome, Italy. *Journal of Rural Studies*, 32, 230–239.
- Foster, J. B., & Clark, B. (2004). Imperialismo ecológico: la maldición del capitalismo. In *Socialist Register 2004* (pp. 231–250). Buenos Aires: CLACSO.
- Foucault, M. (1968). *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Foucault, M. (1992). *Microfísica del poder*. Goya. Madrid: Ediciones La Piqueta.
- Foucault, M. (2008). *La verdad y las formas jurídicas*. Buenos Aires: Gedisa.
- Freitas Caetano, S. (2015). Prácticas productivas empresariales, convenciones y desarrollo territorial rural: el caso de la Denominación de Origen vitivinícola española Méntrida. *Cuadernos Geográficos*, 54(2), 98–123.
- Friedmann, H., & McMichael, P. (1989). Agriculture and the state system. *Sociologia Ruralis*, 29(2), 93–117.
- García, R. (1996). Jean Piaget: epistemólogo y filósofo de la ciencia. *Boletín de La Academia de La Investigación Científica*, 28, 5–9.
- García, R. (2013). Tianguis orgánicos, alternativa a la crisis alimentaria. *La Jornada Del Campo*, 66.
- García, R. (2015). *Tianguis alternativos locales en México, como puntos de encuentro micropolítico: en la búsqueda de posibilidades de vida en el presente*. Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- Gil Blanco, A. (2013). El mercado de la alimentación en Canadá. *Estudios de Mercado*. Toronto: Oficina Económica y Comercial de la Embajada de España en Toronto.
- Giménez, G. (2009). *Identidades sociales*. México: CNCA/Instituto Mexiquense de Cultura.
- Gliessman, S. (2007). *Agroecology: The Ecology of Sustainable Food Systems*. Boca Ratón, CRC Press.
- Gliessman, S. (2016). Transforming food systems with agroecology. *Agroecology and Sustainable Food Systems*, 40(3), 187–189.
- Gómez, C. M. ., Gómez, T. L., Lobato, G. A. J., Schwentesius, R., & Mérza, A. M. (2003). *Producción, comercialización y certificación de la agricultura orgánica en América Latina*. Chapingo, Edo. de México: CIESTAAM-Asociación para Unión de Nuestra América, Universidad Autónoma Chapingo.
- Gómez Cruz, M. (2007). *La agricultura orgánica en México. Producción, comercialización y certificación de la agricultura orgánica en América Latina*. Chapingo, Edo. de México: CIESTAAM-UACH.
- Gómez, T. (2016). *Apuntes de la materia de Mercados Agroecológicos. Formación de Mercados Locales en México: Articulando la Producción y el*

- Consumo de Productos Agroecológicos*. Chapingo, Edo. de México: Departamento de Agroecología-UACH.
- González Casanova, P. (2008). El capitalismo organizado. *Desacatos*, 28, 165-172.
- Goodman, D. (2003). The quality “turn” and alternative food practices: reflections and agenda. *Journal of Rural Studies*, 19, 1–7.
- Goodman, D., Sorj, B., & Wilkinson, J. (1987). *From farming to biotechnology*. Oxford: Blackwell.
- Gudynas, E. (2011). Naturaleza en serio. Respuestas y aportes desde la ecología política. In *La Naturaleza con Derechos. De la filosofía a la política*. (pp. 239–258). Ecuador: Abya Yala, Universidad Politécnica Salesiana.
- Guerra, P. (2014). *Socioeconomía de la solidaridad: una teoría para dar cuenta de las experiencias sociales y económicas alternativas*. Bogotá: Editorial de la Universidad Cooperativa de Colombia.
- Guerrero B., J., & Ramírez A., H. (2011). La justicia, la crítica y la justificación. Un análisis desde la perspectiva de la sociología pragmática. *Revista Colombiana de Sociología*, 34(1), 41–73.
- Hall, A., & Mogyorody, V. (2001). Organic farmers in Ontario: An examination of the conventionalization argument. *Sociologia Ruralis*, 41.
- Harvey, D. (2004). *El nuevo imperialismo*. Madrid: Ediciones Akal.
- Hatanaka, M., & Busch, L. (2008). Third-party certification in the global agrifood system: An objective or social mediated governance mechanism? *Sociologia Ruralis*, 48(1), 73–91.
- Hernández M., C. (2014). *Minería y sobreexplotación de la naturaleza en América Latina: caracterización de la minería contemporánea a partir del caso mexicano. Un análisis sobre la insustentabilidad del extractivismo minero desde la perspectiva teórica de la racionalidad ambiental*. (Tesis de Maestría, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, México).
- Hernández M., M., & Villaseñor, A. (2014). La calidad en el sistema agroalimentario globalizado. *Revista Mexicana de Sociología*, 76(4), 557–582.
- Holt-Gimenez, E., & Patel, R. (2012). *¡Rebeliones alimentarias! La crisis y el hambre por la justicia*. Zacatecas: Universidad Autónoma de Zacatecas, Miguel Ángel Porrúa.
- IFAD. (2011). *Informe sobre la agricultura*. Roma: IFAD
- IFOAM. (2014). Definition of Organic Agriculture. *International Federation of Organic Agriculture Movements*.
- Juarez, N. (2010). *Del sentido del valor a la construcción del precio*. La

gobernanza entre productores, intermediarios y consumidores de alimentos orgánicos de Juanacatlán y de Guadalajara. Centro de Investigación y Estudios Superiores en Antropología Social Occidente.

- Kirman, J. (2006). The interpersonal world of direct marketing: examining conventions of quality at UK farmers' markets. *Journal of Rural Studies*, 22, 301–312.
- Kortright, R., & Wakefield, S. (2011). Edible backyards: a qualitative study of household food growing and its contributions to food security. *Agriculture and Human Values*, 28(1), 39–53.
- Lee, R. (2000). Shelter from the storm? Geographies of regard in the worlds of horticultural consumption and production. *Geoforum*, 31, 137–157.
- Leff, E. (1998). *Ecología y capital. Racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable.* México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2001). El Camino de los Seringueiros. Movimientos sociales, territorialidad y sustentabilidad. In *Geografías, Movimientos Sociales, Territorialidad y Sustentabilidad* (pp. 1–5). México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2002). *Saber ambiental: sustentabilidad, racionalidad, complejidad, poder.* México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2004). *Racionalidad ambiental. La reapropiación social de la naturaleza.* México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2006a). *Aventuras de la epistemología ambiental: de la articulación de ciencias al diálogo de saberes.* México: Siglo XXI.
- Leff, E. (2006b). La Ecología Política en América Latina. Un campo en construcción. In *Los tormentos de la materia. Aportes para una ecología política latinoamericana.* (pp. 21–40). Buenos Aires: CLACSO.
- Leff, E. (2007). La complejidad ambiental. *Gaia Scientia*, 1(1), 47–52.
- Leff, E. (2010). Imaginarios sociales y sustentabilidad. *Cultura y Representaciones Sociales*, 9, 42–121.
- Lohmann, L. (2012). *Mercados de carbono. La neoliberalización del clima.* Quito: Abya Yala, Universidad Politécnica Salesiana.
- López-Velázquez, L., Zapata-Martelo, E., Vázquez-García, V., Garza-Bueno, L., & Schwentesius, R. (2012). *Mujeres y tianguis orgánicos en México.* México: SEMARNAT.
- López, D. (2012). Tejer agroecología. Las metodologías participativas en la construcción de circuitos cortos de comercialización para la agricultura ecológica. *IV Congreso Internacional de Agroecología y Agricultura Ecológica.*
- López, D., & Marañón, B. (2013). *La economía solidaria en México.* México: Instituto de Investigaciones Económicas/ UNAM.
- Marsas, M., Cap, G., De Luca, L., Pérez, M., & Pérez, R. (2012). *El camino de*

- la transición agroecológica*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Ediciones INTA, Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria.
- Martínez Alier, J. (2006). Conflictos ecológicos distributivos en América Latina. *Anales de La Educación Común*, 52–58.
- McMichael, P. (2007). Reframing development: global peasant movements and the new agrarian question. *Revista Nera*, 10(10), 57–71.
- Metro Vancouver. (2016). Regional Food System Action Plan. Vancouver
- Monachon, D. (2016). Redes Alimentarias Alternativas: institucionalización de la agroecología y procesos de garantía. In *Mercados y desarrollo local sustentable* (pp. 317–336). México: Red de Sistemas Agroalimentarios Localizados (Red Sial-México), Colofón.
- Monachon, D. (2017). *Redes alimentarias alternativas. Nuevos compromisos políticos y sociales. Un estudio comparativo franco-mexicano*. (Tesis de Doctorado, Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ciudad de México, México). Consultada en: <https://ciesas.repositorioinstitucional.mx/jspui/bitstream/1015/651/1/TE%20M.%202017%20David%20Sebastien%20Monachon.pdf>
- Moreno-Sánchez, E. (2012). Caracterización social urbana y territorial de la región oriente del Estado de México. *Quivera*, 14(1), 2–19.
- Murdoch, J., Marsden, T., & Banks, J. (2000). Quality, Nature and Embeddedness: some theoretical considerations in the context of the food sector. *Economic Geography*, 76, 107–125.
- Murdoch, J., & Miele, M. (1999). “Back to Nature”: Changing “Worlds of Production” in the Food Sector. *Sociologia Ruralis*, 39(4), 465–483.
- Natividad, M. (2018). *Organización y funcionamiento de los tianguis y mercados alternativos en Ciudad de México*. Colegio de Postgraduados.
- Navarro, M. L. (2012). *Luchas por lo común. Antagonismo social contra el renovado cercamiento y despojo capitalista de los bienes naturales en México*. (Tesis de Doctorado, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla, Puebla).
- Navarro, M. L., & Pineda, E. (2011). Luchas socioambientales en América Latina y México: En defensa de la tierra, el territorio y los bienes naturales. Saarbrücken: Editorial Académica Española.
- Nigh, R. (1999). Agriculture In The Information Age: The Transnational Ecology Of Corporate Versus Smallholder Farming. *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic*, 28(3–4), 253–298.
- O’Connor, J. (2001). *Causas naturales. Ensayos de marxismo ecológico*. México: Siglo XXI.
- Ochoa, R. (2010). *Agricultura orgánica*. Universidad Autónoma Agraria Antonio Narro.

- Oxfam. (2013). *Tras la marca: el papel de las grandes empresas de alimentación y bebida en el sector alimentario*.
- Patel, R. (2012). *Stuffed and starved: the hidden battle for the World Food System* (2nd ed.). New York: Melville House Paperback.
- Polanyi, K. (2003). *La gran transformación: los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo*. México: FCE.
- Ponte, S. (2009). Governing through quality: Conventions and supply relations in the value chain for South African wine. *Sociologia Ruralis*, 49(3), 236–257.
- Ponte, S. (2016). Convention theory in the Anglophone agro-food literature: Past, present and future. *Journal of Rural Studies*, 44, 12–23.
- Porto Gonçalves, C. W. (2001). *Geografías: movimientos sociales, nuevas territorialidades y sustentabilidad*. México: Siglo XXI.
- Porto Gonçalves, C. W. (2006). *El desafío ambiental*. México: Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente.
- Porto Gonçalves, C. W. (2009). De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana. *Polis, Revista de La Universidad Bolivariana*, 8(22), 121–136.
- Razeto, L. (1999). La economía solidaria: concepto, realidad y proyecto. *Persona y Sociedad*, XIII(2).
- Renard (coord.), M.-C. (2016). *Mercados y desarrollo local sustentable*. México: Red de Sistemas Agroalimentarios Localizados (Red Sial-México), Colofón.
- Renard, M.-C. (1999a). *Los intersticios de la globalización: un label “Max Havelaar” para los pequeños productores de café*. México: Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos.
- Renard, M.-C. (1999b). The interstices of globalisation: the example of Fair Coffee. *Sociologia Ruralis*, 39, 484–500.
- Renard, M.-C. (2003). Fair Trade: Quality, Market and Conventions. *Journal of Rural Studies*, 19, 87–96.
- Renard, M.-C. (2014). Alternative Agrifood Movements and Social Change. In M. G. R.-F. (ed. . Douglas H. Constance , Marie-Christine Renard (Ed.), *Alternative Agrifood Movements. Research in Rural Sociology and Development* (pp. 69–85). UK: Emerald Group Publishing Limited.
- Ríos, S. (2012). *El modelo ganadero español y la ganadería ecológica en Andalucía como estrategia de (re)adaptación productiva: un análisis desde la perspectiva agroecológica*. Universidad de Córdoba.
- Rodríguez, R. (2017). *La certificación participativa del Tianguis Orgánico Chapingo, Texcoco; Edo. de México: análisis y propuestas para su mejoramiento*. Universidad Autónoma Chapingo.
- Rubio, B. (2004). *El sector agropecuario mexicano frente al nuevo milenio*. México: Plaza y Valdés, UNAM.

- Ruiz, E., Castelló, A., Climent, E., Escalona, A., Hernández, M., Loscertales, B., & Frutos, L. (2013). La calidad del vino a la luz de la teoría de las convenciones: aplicación a las denominaciones de origen aragonesas. *Estudios Geográficos*, 274, 231–254.
- Sacher, W., & Acosta, A. (2012). *Minería a gran escala en el Ecuador. Análisis y datos estadísticos sobre la minería industrial en el Ecuador*. Quito: Abya-Yala.
- Sage, C. (2003). Social embeddedness and relations of regard: alternative “good-food” networks in south-west Ireland. *Journal of Rural Studies*, 19, 47–60.
- Salais, R., & Storper, M. (1992). The four “Worlds” of contemporary industry. *Cambridge Journal of Economics*, 16(2), 169–193.
- Saltijeral, J., & Luque, M. L. (2016). Entre cadenas largas y cadenas cortas: estrategias de acceso a mercado para productores de pequeña escala. *La Jornada Del Campo*, 106. Consultado en: <http://www.jornada.com.mx/2016/07/16/cam-mercado.html>
- Sánchez, J. L. (2009). Redes Alimentarias Alternativas: concepto, tipología y adecuación a la realidad española. *Boletín de Al A.G.E.*, 49.
- Sarandón, S., & Flores, C. (2014). *Agroecología: bases teóricas para el diseño y manejo de Agroecosistemas sustentables*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Schwentesius, R. (2008). Desarrollo del mercado mexicano de productos orgánicos. *Revista Vinculando*.
- Schwentesius, R. (2016). Historia, logros y retos del Tianguis Organico Chapingo. México: UACH.
- Schwentesius, R., Gómez Cruz, M., & Gómez, T. (2015). La Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos, Renovando sistemas de abasto de bienes de primera necesidad para pequeños productores y muchos consumidores. In C. Grande, T. Nahed, S. Ledesma, P. Delgadillo, & M. Díaz (Eds.), *Los Alimentos Orgánicos en la Salud: Mitos, Realidades y Perspectivas* (pp. 103–105). México: Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán.
- Schwentesius, R., Gómez Cruz, M., & Nelson, E. (2013). La Red Mexicana de Tianguis y Mercados Orgánicos - México. Renovando sistemas de abasto de bienes de primera necesidad para pequeños productores y mucho consumidores. In IFOAM (Ed.), *Sistemas Participativos de Garantía. Estudios de caso en América Latina. Brasil, Colombia, México, Perú*. Alemania: IFOAM.
- Seto, D. (2011). *Diversity and Engagement in Alternative Food Practice: Community Gardens in Vancouver, B.C.* University of British Columbia.
- Sevilla Guzmán, E. (2006). *De la sociología rural a la agroecología*. Barcelona:

Icaria.

- SOAAN, S. O. A. A. N. (2013). *Best Practice Guideline for Agriculture and Value Chains*. Bonn.
- Statistics-Canada. (2016). *2016 Census of Population*. Canada.
- Stolhandske, S. (2011). *Urban Farming in Vancouver. North*. Simon Fraser University.
- Svampa, M. (2009). La disputa por el desarrollo: conflictos socioambientales, territorio y lenguajes de valoración. Consultado en: <http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo43.pdf>
- Thévenot, L. (1995). La grande transformation de l'agriculture: lectures conventionnalistes et régulationnistes. In G. Allaire & R. Boyer (Eds.), *Des marchés aux normes* (pp. 33–51). Paris: INRA-Economica.
- Toledo, V., & Barrera-Bassols, N. (2008). *La memoria biocultural. La importancia ecológica de las sabidurías tradicionales*. Barcelona: Icaria.
- Van Der Ploeg, J. D. (2014). *Les paysans du XXIème siècle: Mouvement de repaysanisation dans l'Europe d'aujourd'hui*. Paris: Charles Léopold Mayer.
- Weber, M. (2014). *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Williams, M. (2011). *An Investigation of Urban Agriculture on Residential Blocks in Vancouver*, Vancouver: University of British Columbia.
- Zamilpa, J., Ayala, D., & Schwentesius, R. (2015). *Desafíos y prioridades del sector orgánico en México mirando a la Unión Europea*. México: Cámara de diputados, LXII Legislatura. Consultado en: https://www.researchgate.net/publication/292137129_Desafios_y_prioridades_de_la_Agricultura_organica_en_Mexico_mirando_a_la_Union_Europea